

PULSAR 5

Fanzine de Ficción Especulativa Año 2 Número 5 Enero / Febrero 2002



Tio Eusebio
Graciela Inés Lorenzo

**El hombre que quiso
comprar un planeta**
Jose Carlos Canalda

Inmensa Beatitud
Pedro Pablo G. May

Actitud Profesional
Roberto Pérez Millan

Secuelas
Santiago Eximeno

Creón el ergonita
Sebastián Font

**Mira ... pero no
observes**
Robert J. Sawyer

Anticrítica
Victor Conde

**Viaje onírico a la sala
del millón de esferas**
Txisko

ISSN: 1578-150x



9 771578 150008

Podéis visitar en Internet la página web del Fanzine:

HTTP://WWW.PULSARFANZINE.COM

Es en esta página donde reside propiamente la revista. Podéis descargarla de aquí en cualquier momento del día o de la noche, estéis donde estéis del mundo. Asimismo, a fin de que se pueda colaborar y coordinar mejor a los colaboradores, hemos preparado unas listas de correo electrónico que creemos nos serán muy útiles a todos. Estas son:

Pulsar-colaboradores: Es una lista de correo electrónico para aquellos que colaboráis con nosotros en el día a día del Fanzine. Aquí puede criticarse, sugerirse o simplemente comentar temas de común interés. Es una lista restringida a colaboradores. Para solicitar el ingreso, enviar un mensaje en blanco a la dirección de email:

pulsar_colaboradores-subscribe@yahoogroups.com

y esperar el mensaje de confirmación.

Pulsar-relatos: Se trata de una lista de correo pensada para que podáis enviar vuestros relatos, críticas de libros y/o películas, o cualquier trabajo que tengáis realizado y creáis que es interesante. No es necesario apuntarse. Basta con enviar un mensaje con vuestro trabajo (ver la sección de Normas de publicación) junto con una explicación y una pequeña descripción del trabajo junto con vuestros datos personales. La dirección de correo electrónico es:

pulsar-relatos@yahoogroups.com

Pulsar-anuncios: donde avisamos de la salida de cada nuevo número. Basta enviar un mensaje y esperar la confirmación a:

pulsar-anuncios-subscribe@yahoogroups.com

Pulsar: Esta última dirección de correo electrónico es la que os permitirá enviar un mensaje directamente a los editores (es decir, a nosotros). Si el tema es solucionable a través de las otras listas, os agradeceremos que lo canalicéis por allí debido al escaso tiempo del que disponemos.

pulsar-editores@yahoogroups.com

Portada	1
<i>Pedro Font</i>	
Editorial	3
<i>Sebastian Font</i>	
Tío Eusebio	5
<i>Graciela Inés Lorenzo</i>	
El hombre que quiso comprar...	9
<i>Jose Carlos Canalda</i>	
Inmensa Beatitud	13
<i>Pedro Pablo G. May</i>	
Actitud Profesional	27
<i>Roberto Pérez Millán</i>	
Secuelas	32
<i>Santiago Eximeno</i>	
Viaje onírico a la sala del millon...	37
<i>Txisko</i>	
Mira... pero no observes	41
<i>Robert J. Sawyer</i>	
Creón el ergonita	51
<i>Sebastian Font</i>	
El Anticrítico	62
<i>Victor Conde</i>	
Reseñando...que es gerundio	66
<i>Redacción</i>	

Páginas centrales: Las noticias de BEM

NOTA LEGAL IMPORTANTE

Todos los relatos e ilustraciones, críticas o comentarios, así como cualquier contenido no especificado aquí, conservan todos los derechos asociados al © de su autor. El autor, único propietario de su obra, cede únicamente el derecho a publicarla en

PULSAR. Si se desea reproducir parte del contenido de **PULSAR** es obligado el solicitar permiso al autor.

No obstante, los derechos sobre el conjunto de **PULSAR** son © de **Juan Carlos Valero Cerdá** y **Sebastian Font Martín**, y cualquier manipulación o venta está prohibida y será perseguida por la ley.

PULSAR es una revista de aficionados (Fanzine) editada sin ánimo de lucro y con fines de difusión cultural. Queda terminantemente prohibida la venta o manipulación de este número de **PULSAR**. Se autoriza, no obstante, la copia y redistribución siempre y cuando se haga de forma íntegra y sin alterar su contenido. Revista de aparición bimensual. Todos los artículos, relatos, ilustraciones y contenidos publicados en **PULSAR** conservan el nombre de su autor, que es el único propietario y responsable de lo escrito o publicado. **PULSAR** no se responsabiliza del mal uso ni de las opiniones vertidas en esta revista. Cualquier marca registrada comercialmente que se cite en la revista se hace en el contexto del artículo que la incluya y sin pretender atentar contra los derechos de propiedad de su legítimo propietario.

El logotipo de **PULSAR** es © de Juan Carlos Valero Cerdá.

La dirección de contacto es **pulsar-editores@yahoogroups.com** , y por correo tradicional al Apartado de Correos 149. 08120 La Llagosta. Barcelona. España.

Diseño del espacio web: Sebastian Font. Maquetación Fanzine: Juan Carlos Valero.

PULSAR reside en el site de internet **http://www.pulsarfanzine.com**

PULSAR es © 2001 Juan Carlos Valero y Sebastian Font Martín

ISSN: 1578-150X

El gran experimento

Por Sebastian Font Martin

Quizás alguno de vosotros se haya sobresaltado cuando ha visto que del logo de PULSAR han desaparecido las palabras “ciencia-ficción” y “fantasía”, sustituidas por algo que, a primera vista, parece algo mucho más genérico. A estas personas me gustaría decirles unas cuantas cosas, antes de que empiecen a leer el fanzine. En primer lugar, que seguimos siendo los mismos: no vamos a cambiar, y a pesar de tener ese “literatura especulativa”, ésta va a seguir siendo ciencia-ficción y fantasía... aunque no se diga explícitamente en ninguna parte.

Hay un motivo para esto. Y es lo que da el título a esta editorial: un gran experimento que queremos hacer los de PULSAR... en favor de toda la comunidad hispanohablante amante de la ciencia ficción y la fantasía.

Como para todo hay un motivo, dejadme que os plantee aquí el porqué de ese experimento, y de que va a tratar: todo nace a raíz de un ameno debate en la Hispacon 2001 que tuvo lugar en Zaragoza. A pesar de que fueron muchos los temas que se trataron a lo largo de aquellos memorables días, dos ideas expresadas en sendos debates calaron muy hondo en los editores de esta revista. Una, la idea de que “existe un techo” en el número de lectores de ciencia-ficción en español. Y la otra, un... “arrebato” que me surgió en pleno debate de porqué una popular editorial había retirado sin más explicaciones las palabras “ciencia-ficción” de su colección dedicada a este tema.

Con el primer punto, no me queda más que estar de acuerdo. Se dijo en esa charla que ese techo rondaba las 350 personas... y, tras varios números de este PULSAR, no nos queda otro remedio que dar la razón. De acuerdo en que, después de aparecer un nuevo número, las revistas siguen siendo descargadas por más y más personas... pero lo cierto es que, en cuanto aparece un número nuevo, ese es el techo que se alcanza en número de descargas hasta que aparece el siguiente. Y, creedme, nos hemos esforzado al máximo para superar esa barrera...

La peregrina idea que me surgió en el debate sobre lo de la retirada de palabras por parte de la editorial no ha dejado, desde entonces, de dar vueltas en mi cabeza. Pensad conmigo: ¿desde cuando la ciencia-ficción es ciencia-ficción? Las novelas de detectives han sido novelas “de policías y serenos”, “de policías y ladrones”, “de detectives”, “detectivescas” y, últimamente, “novela negra”. Las ya extintas novelas del oeste fueron “novelas de vaqueros”, “novelas del oeste” y, finalmente, “novelas del far-west”.

Pero... ¿Y la ciencia-ficción? Salvo un breve intento por denominarla “fantaciencia”, que duró más bien poco, ha sido “ciencia-ficción”... desde los tiempos de Hugo Gernsback. Y ha llovido mucho desde entonces...

Dejando de lado estrategias comerciales, aparentes —o no tanto— malas famas del género y zarandajas por el estilo, lo cierto es que creemos que ya toca un “lavado de cara” de la SF hispana... Aunque sea tan pequeño como buscar una denominación nueva para el género. Y si así, de paso, los editores pierden el miedo a publicar cosas autóctonas, eso quizás llevará a que los escritores puedan ganar algún dinerito, lo cual llevará a su vez a la creación de mejores obras que los lectores podrán disfrutar... y, ya que estamos, a que en el puñetero Pryca pongan las novelas de ciencia-ficción donde tienen que estar, y no entre los libros de parapsicología, que demonios.

Por eso, y como básicamente en PULSAR siempre hemos hecho lo que nos ha venido en gana, sin miedo a experimentaciones... Nos hemos erigido en la “probeta” mediante la que hacer ese “experimento científico”. Hemos cambiado nuestro logo, haciendo desaparecer las palabras “ciencia-ficción” y “fantasía”... pero vamos a dejar el resto de la revista (en lo que a contenidos se refiere) tal y como estaba desde el primer número. Y, una vez hecho esto, vamos a llevar un cuidadoso estudio de las consecuencias de ese ligero cambio.

Después, una vez pasado un plazo respetable del que podamos sacar nuestras consecuencias (nos hemos dado un año), vamos a poner esa información al alcance de TODA la comunidad amante de la SF y F en español, mediante nuestra página web. Y así todos (aficionados, fandom activo y pasivo, editores y escritores) podremos acordar de una vez por todas si realmente merece la pena hacer un cambio así o no. Pero con material disponible sobre el tema, con una base en la que aposentar nuestra decisión, y no con opiniones más o menos progresistas, o más o menos inmovilistas.

Si funciona... perfecto. Si no... también perfecto. En este último caso, volveremos a nuestras raíces (es decir, a hacer aparecer las palabras “ciencia-ficción y fantasía” allá de donde las hayamos retirado), y, tras publicar los datos, volveremos a ser los del primer día. No los de siempre... porque aún seguimos siéndolo.

Así que... os mantendremos informados. Y, mientras tanto, seguid disfrutando de este vuestro PULSAR

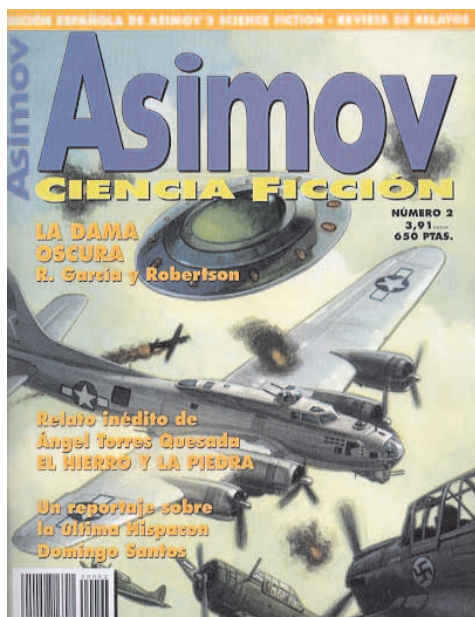
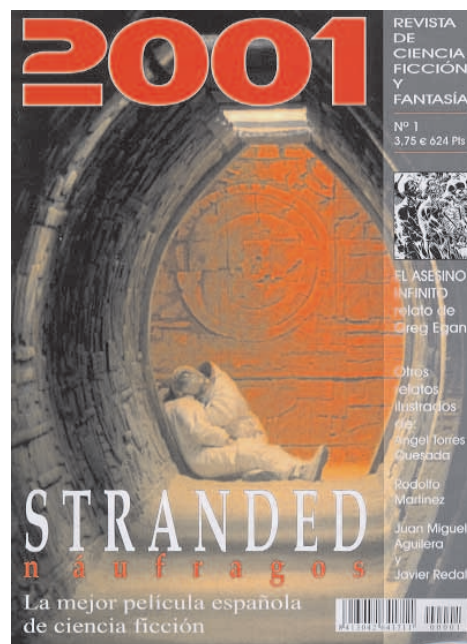
Nuevas publicaciones

Por Juan Carlos Valero

*¿ No quieres pan ?
Pues toma dos tortas...*

El mundo de la Ciencia-Ficción y de la Fantasía en España es de lo mas curioso. Durante años lloramos la desaparición de NUEVA DIMENSION, y despues de BLADE RUNNER MAGAZINE. En realidad NUEVA DIMENSION nunca fue mas que un fanzine profesionalizado, muy querido por mi, eso si, no se me interprete esto como una crítica a esta venerable publicación. Pero, como os iba diciendo, el mercado es de lo más curioso. Porque de repente, nos encontramos no con una nueva revista, sino con dos. Y con diferentes enfoques y distinta perioricidad.

2001 es la apuesta del Grupo Editorial Sirius. Con la presencia de Luis García Prado al frente de la publicación nos ofrece su primer número. Una revista totalmente profesional, de cuidada maquetación y contenido variado, incluyendo cuatro relatos, tres de ellos de autores españoles. Una excelente revista que os recomiendo, aunque su aparición bimensual haga que sepa a poco. Su precio es de 624 Ptas (3.75 €) y son 64 páginas en formato revista (ligeramente inferior a un A4). Su distribución es nacional y puede encontrarse con facilidad.



ASIMOV MAGAZINE es la sorpresa. Publicada por la editorial Megamultimedia se nos presenta de improvisto en los kioscos con 98 páginas en blanco y negro de relatos (en su mayoría provenientes de la edición en ingles de la revista de su mismo nombre) y algun artículo. Aparece con perioricidad mensual, presentada por la pluma de dos viejos conocidos: Domingo Santos y Luis Vigil. Su primer número nos muestra una gran profusión de faltas ortográficas, incluso en la portada, error que parecen haber subsanado al menos parcialmente en su segundo número. Su precio es de 650 Ptas (3.91 €) y su distribución es nacional, encontrandose con bastante facilidad.

Y, despues de tanta escasez de Ciencia-Ficción en los quioscos, yo que quereis que os diga... yo encantado de poder comprar dos revistas. Espero que las disfruteis.

Las relaciones familiares han sido culpables del despilfarro de millones de kilos de papel y miles de litros de tinta. Este relato contribuye con una pizca de derroche y algo de fantasía.

Ha pasado un tiempo sin ver luz; estar quieto era lo único que podía hacer, pero le extrañaba no sentir hambre, ni frío, ni sed.

¿Recordar?, Sí, recordaba. ¿Podía sentir? Movié las manos, rozando las paredes de la casa, y las uní con fuerza sobre su amplio pecho, por debajo de la barba. Sintió los músculos de sus brazos tensarse, las falanges doler de tanto apretar. Y el perfume que salía de la madera, de la madera de aquella misma caja. Sí, sí sentía.

Se relajó y se puso a recordar...

Salió del colegio un poco más tarde de lo habitual y apuró el paso rumbo a casa. Sabía que se quedaba sin cena, que no lo esperarían para empezar a comer. Pateó una lata vacía, un poco por furia y otro poco por placer. Le gustaba verlas salir derecho hacia adelante y rebotar una cuantas veces antes de morir, momentáneamente, cerca del cordón de la acera. La siguiente patada la resucitaba, y de ese modo acortaba el tiempo de su caminata.

A pesar de la baja temperatura no sentía frío y los trotecitos detrás de la lata mejoraban la sensación general.

Faltaba un par de manzanas para llegar y se sentía casi contento. Pero recordó a Luna... y su enojo regresó; quiso tenerla allí, delante de él, para decirle... El chirrido de unas ruedas llamó su atención. El aire pareció llenarse de chispas, y unos pasos adelante apareció Luna, bajando de un coche. Sin moverse lo esperó; creyó estar frente a un fantasma. La ropa clara, el cabello tan brillante, los brazos -¿mojados?- casi en cruz como queriendo detenerle... y la luz que le daba de espaldas creaba un halo a su alrededor. La voz llegó a sus oídos como atravesando miles de años.

—Martín, Martín...

La confusión lo paralizó. Sintió su sangre correr a toda velocidad, zapateándole las sienes y anudándole la garganta. Buscó las palabras que había elegido para lanzarle a la cara, pero su mente no conectaba con sus cuerdas vocales

—Martín, no podrás verme más. Entiende que no deberás buscarme. Ya habrá una chica que te interese...

Luna bajó sus brazos y movió su cabeza, negando, negando...

Martín pasó a su lado sin mirar sus ojos y a toda velocidad siguió su camino, (caramba, me he dejado la lata allá atrás) pero no comprendía muy bien lo que había visto. Sin Luna, sin juguete, llegó a su casa, y sin saludar subió a la planta alta. Escuchó que su madre hablaba con su espalda pero él no quiso intervenir.

Abrió la puerta de su habitación y odió tener que compartirla con Juanito. El chico no era malo, todo lo contrario; era el mejorcito de sus hermanos, pero hoy quería estar solo y masticar su rabia. Sin siquiera sacarse el calzado se tiró boca abajo sobre la cama.

Su madre entró (caray, qué quiere) —Te dije que tío Eusebio está de visita, que vengas a saludar, pero no me has escuchado. Baja conmigo, ya.

De mala gana -pero no tanto- se levantó y siguió a la mujer escaleras abajo.

El tío Eusebio era algo así como un primo del abuelo Isidro, y se había quedado con suficiente dinero para pasarlo bien, allá por los tiempos de la recesión y del desempleo. La contaba historias súper interesantes sobre los viajes que hacía. Recordaba haberse quedado dormido, con los ojos abiertos, cuando le contó sobre un naufragio entre las islas Java y Borneo del que saliera ileso, con una misteriosa caja de madera perfumada con tapa revestida en jade y un loro conversador.

—Venga, mi sobrino predilecto; un abrazo, que estás hecho un hombre, —dijo, al tiempo que, tomándole por los hombros, le estrechaba contra el amplio pecho.

Parecía no haber envejecido desde la última vez que llegó a visitarlos; quizás un par de canas adicionales en la espesa barba, pero la fragancia que emanaba —a Oriente, a misterio— era la misma que recordaba.

—Hola, tío. Bienvenido. ¿Qué cuentas esta vez?

El tío lo miró a los ojos y empujándolo suavemente caminó con él hacia el patio de atrás.

—Hum, ¿mal de amores?

Martín saltó. —¿quién se lo contó... acaso mamá lo sabe?— Lo miró y los ojos del viejo se le metieron en el corazón, en la cabeza.

—Deja ya de molestar, —le dijo.

Eusebio levantó la cabeza y lanzó una sonora carcajada. —Me parece que ya no eres tan niño, —dijo—. Vamos, cuéntame de una buena vez.

—Nada, tío, —respondió—, que no será la última vez que me ocurra. Pero las chicas no me hacen caso, o me dejan a los pocos días.

—¿Ha llegado el tiempo del amor eterno? Eres joven todavía, —y mirándole fijo le preguntó— ¿Quieres dejar de ser virgen?

—Vamos, tío, no venga con esas cosas... —dijo sonrojándose y sintiéndose furioso por ello.

—Martín, todos pasamos por lo mismo, no te apenes. —Empujó sus hombros para obligarle a retomar el paseo—. Puedo hacértelo más fácil; me lo pides y lo arreglamos.

Las palabras del tío Eusebio le dieron vueltas por la cabeza durante toda la noche. Por la mañana despertó, mojado en sudores, luego de haber soñado algo extraordinario.

Estaba en una habitación, en penumbras. Giraba sobre sí mismo, mirando hacia todos lados, pero no veía una salida. Cada lado de la habitación era un nicho en forma de arco que no llevaba hacia ningún lugar; eran ciegos. El perfume le llenaba la nariz, y le evocaba el que usaba el tío Eusebio: un aroma a maderas y resinas quemadas, a incienso, a sándalo, como si saliera de las mismas paredes. Levantó la mirada hacia el techo. Una forma piramidal cubría el espacio, y del mismo centro colgaba una gruesa cadena metálica en cuyo extremo una bola de cristal muy límpido giraba sobre sí, iluminando apenas el lugar, con luz propia, pero matizada por algo así como humo, o cenizas.

Se levantó antes de que su madre fuese a despertarle y ganó el baño a los demás. Se metió bajo la ducha y estuvo un buen rato con el rostro levantado hacia la lluvia caliente, casi ahogado por el agua.

Las voces de sus hermanos le conminaron a desalojar el sanitario por lo que, envuelto en una toalla, regresó a su dormitorio. Juanito ni lo miró; se vestía con los ojos cerrados; más de una vez salió de la casa con la camiseta del revés.

Elegió cuidadosamente la ropa. Esta mañana compartía una actividad escolar extra con Luna; se anotó allí para tenerla cerca un poco de tiempo adicional. Después regresaría a almorzar y al colegio por la tarde.

El tío Eusebio se puso a su lado, apenas a media manzana de la casa.

—Te acompaño; quiero conocerla.

—Tío...

—Vamos, sólo verla, saber cómo es...

—Está bien, pero no le hables.

—Si tú no lo haces...

Otra vez sintió sus mejillas arder, pero no lo miró y apuró el paso. En la entrada lateral del colegio un

grupo de jóvenes de su edad esperaba la hora de entrar. Martín se detuvo unos metros antes de llegar y señaló tres jóvenes, casi niñas y casi iguales: delgadas, inquietas, sonrientes y de largos cabellos negros.

—¿Cuál? —preguntó el tío.

—La de chaqueta negra, la más alta.

Eusebio lo despidió con un gesto, sin despegar los ojos de la joven. Martín se acercó al grupo frente a la puerta, algo inquieto por la mirada del viejo. Esa mirada... algo le recordaba.

La clase transcurrió aburrida, como siempre, o aún más. Luna estaba ausente, distraída. Pidió permiso al profesor para retirarse antes de terminar, y fue autorizada.

Desde ese momento hasta el final le pareció que el tiempo no pasaba, que el reloj estaba congelado y que todo el mundo se demoraba siglos en resolver los problemas que el pesado maestro planteaba, como ex profeso.

Salió como una tromba y corrió hasta la casa de Luna, que estaba a un par de manzanas del colegio. Pero no se atrevió a llamar, a tocar el timbre, a lanzar una ramita contra su ventana de la planta alta. No soportaría la certeza de su ausencia.

Lentamente siguió hasta su casa. Sin saludar, se sentó a la mesa; sin saber qué comía, tragó lo que su madre puso en el plato; sin darse cuenta estaba de regreso, sentado en su pupitre, en clase de Historia.

Al tocar el recreo buscó a Luna pero no la encontró. Preguntó y el celador le informó que no vendría a clases, que su padre avisó de una indisposición.

El día terminó sin sentirlo. No recordaba haber comido, ni dormido ni nada. Su madre le miró de manera extraña durante el desayuno; le pidió que hiciese algunos mandados y que ayudara a sus hermanos menores con sus tareas escolares. Por la tarde volvió a sus clases; Luna tampoco se había presentado ese día. Al toque de recreo salió al campo de deportes, sentándose al sol sobre el césped y se relajó bajo los tibios rayos. Medio dormido vio nuevamente los ojos del tío Eusebio, y recordó. ¡Recordó!

Volvían del cine, de la mano, como compañeros, después de disfrutar una incomparable película de vaqueros; felices. Su propio padre no tenía tiempo de llevarlo, y esta visita fue un regalo especial: una persona mayor que le llevaba al circo, al parque, al cine, y que al hacerlo le salvaba de sus hermanos pequeños y de las obligaciones que tenía para con ellos.

Pero esa tarde el viejo se detuvo y poniendo las manos sobre sus hombros le dijo que le mirase, y le miró. Ahora estaba recordando lo que ocurrió después.

Le siguió mansamente hasta la orilla del lago, a lo largo de la costa, hasta un bote escondido en el matorral. Abordaron y cruzaron hasta un muelle de madera, donde tomaron tierra otra vez. Una casa se escondía entre árboles, altos y espesos; entraron. La puerta se cerró y la más densa oscuridad le llenó los ojos, los oídos; el perfume de resinas aromáticas, quemándose, se metió por su nariz; sintió que su cuerpo perdía peso, que no podría mover los brazos aunque lo intentara. Escuchó, allá lejos, al tío Eusebio decir: —Relájate y mira con tu mente

Poco a poco percibió el lugar y sintió que la mano del viejo le empujaba hacia uno de los arcos, a la derecha. Ingresaron en un gran salón donde una presencia les dio la bienvenida. Dejándolo atrás el tío se adelantó y habló con el que estaba allí, pero lo hicieron a tal velocidad que no entendió nada. Luego estaban de regreso en el bote, y de camino a casa, en la otra orilla.

De un salto se incorporó. Estaba seguro de que Eusebio había atrapado a Luna, llevándola a esa casa. Y corrió y corrió; y bordeó el lago para encontrar el embarcadero, y allí estaba y también la casa, entre los enormes árboles.

Abrió la puerta y miró dentro. No se escuchaba un solo murmullo. No quería que esa puerta se cerrara; no quería que llegara la oscuridad, no quería que el perfume le venciera... no quería, pero necesitaba oír. Cerró los ojos y se relajó, y nuevamente la noche lo venció. Desesperado, abrió los ojos y giró sobre sus talones, pero se encontró dentro de una habitación perfectamente cuadrada, simétrica, con un arco en cada uno de sus lados, todas iguales, el mismo perfume llenando el aire suavemente iluminado por la bola de cristal colgando del techo, igual que en su sueño... Miró con su mente y dirigió sus pasos hacia donde percibía personas. Cruzó la madera...

—Pasa, pasa, que te esperábamos, —dijo una voz desconocida.

Una fuente llena de un líquido espeso, cremoso y del que brotaba algo de vapor, ocupaba el centro del salón.

Luna, con sus brazos desnudos y el cabello mojado pegado a los hombros, le sonreía. Una presencia sentada en el borde jugueteaba con el pie dentro del líquido, produciendo suaves ondas que escondían y mostraban, ora uno, ora el otro, sus senos desnudos. Cerca de él, una caja idéntica a la del tío Eusebio, con su tapa de jade verde.

Sintió su cuerpo reaccionar y tensarse, desde los talones hasta la nuca. Unas manos -¿o qué?- le arrancaron la ropa. Y sin saber cómo estaba sujeto; no podía mover los brazos; ni qué hablar de los pies; intentó ver quién lo retenía pero no logró volver la cabeza; pero debajo de su mentón había algo inusual: una mata espesa de pelo entrecano cubría su pecho -¿su pecho?.

Desesperadamente cerró los ojos e intentó mirar con la mente, cuando una carcajada, grotesca y desagradable, lo sacudió.

La figura del borde arrojó sus ropas lejos y un cuerpo idéntico al suyo, otro Martín, se metió en la fuente, y levantando a Luna por la cintura, la poseyó de todas las maneras imaginables. Y sintió que su cuerpo, su alma, su espíritu, se volcaba cada vez, y que cada vez moría, y que al instante resucitaba.

Y los ojos de Luna clavados en los suyos eran un abismo de locura, de placer, de muerte y de ignominia.

El otro Martín salió de la fuente. Levantó la caja, la de jade, la de Borneo, la del naufragio. Sintió que untaba su cuerpo con alguna sustancia pegajosa; entonces abrió la tapa, metió la mano, y sacó un puñado de polvo fino como ceniza, arrojándolo contra él. Cada puñado de cenizas que recibía era un latigazo insostenible. El dolor, metiéndose profundamente debajo de la piel, le llenaba las vísceras, los huesos, el cráneo, su cerebro...

La oscuridad, esta oscuridad, este lugar donde ahora moraba, comenzó a girar desenfrenadamente a su alrededor; el vértigo le volvía loco. Percibió un millón de imágenes pasando a toda velocidad delante de sus ojos: el naufragio, la caja, el loro conversador, el hombre de negro, el papel, los nativos, la muralla de China, una mujer, la otra mujer, las ciudades, los animales, el abuelo, y Luna, y más... se desvaneció al darse cuenta de que él, Martín, un muchacho de dieciséis años, no podía haber visto todo ese mundo.

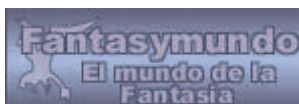
Y ha despertado acá, -¿dónde?- mientras una pregunta se repetía: —¿Qué será de mí?

Ya no puedo considerarme una colaboradora nueva... Hoy cumplo... bueno, según dicen es un secreto milenario y motivo de alguna investigación científica. Es inconmensurable la paciencia de los editores de este fanzine, y más aún de los lectores, pero seguiré insistiendo en esto de escribir por la simple razón de que me produce un enorme placer ver mi nombre en la portada.



Fantasymundo.com es una de las páginas que enlazan directamente con nosotros. Os recomendamos encarecidamente su visita si quereis estar al día de las ultimas novedades en Fantasía.

<http://www.fantasymundo.com>



El hombre que quiso comprar un planeta

Por Jose Carlos Canalda

Comentario del autor

Ilustración de Jose M^a Serrano Chica

Imaginan ustedes que algo tan antiguo como el timo de la estampita pudiera tener proyección galáctica? ¿Y si los timados fuéramos precisamente... nosotros?

-¿Y me garantiza usted que es un planeta virgen?

-Totalmente. -respondió el rigeliano al tiempo que invaginaba la trompa en un gesto que para su especie expresaba indiferencia- Nuestras ofertas gozan de garantía total durante tres generaciones; tenga en cuenta que nos hemos ganado el prestigio gracias a la seriedad de nuestro trabajo.

-Supongo que tendré que creerle. -suspiró el terrestre encogiéndose de hombros- Naturalmente, deseábamos visitar el planeta antes de formalizar el contrato.

-Por supuesto; jamás intentaríamos forzarlos a cerrar un trato sin que ustedes quedaran total y absolutamente satisfechos. Somos profesionales, y como tal nos hemos comportado siempre desde que se fundó la compañía hará aproximadamente unos... tres mil años terrestres. -concluyó el extraterrestre tras efectuar un rápido cálculo mental.

-Tres mil años... -se admiró el representante del gobierno federal terrestre- Por aquel entonces nosotros aún guerreábamos con arcos y flechas.

-¿Y por eso se extraña? -le interrumpió, divertido, su interlocutor- Su civilización es una de las más recientes de la galaxia. Hay culturas que cuentan con centenares de miles de años de antigüedad; años terrestres, por supuesto.

-Sí. Esa ha sido nuestra desgracia. -suspiró el terrestre.

-Nadie puede ser culpado por ello; las leyes de la evolución son sumamente caprichosas. Su actual nivel de civilización es sólo eso: una casualidad debida a que su origen como especie inteligente es todavía muy reciente.

-Sea lo que sea, lo cierto es que llegamos tarde al reparto del pastel; muy tarde.

-Tiene razón. Las leyes galácticas son tremendamente estrictas en lo que respecta a la colonización de planetas ya habitados, pero permiten que el primer descubridor de un astro virgen, considerando como tales a aquéllos que carezcan de vida inteligente, pueda tomar legalmente posesión de él.

-Eso sería hace mucho tiempo; ahora no hay ya ninguno disponible.

-Por desgracia, eso es cierto. Gran parte de los planetas habitables de la galaxia han desarrollado por si mismos su propia vida inteligente autóctona, y aun cuando no hayan desarrollado sino un nivel tecnológico mínimo son de hecho un coto cerrado en el que nadie puede intervenir de ningún modo; naturalmente hubo también planetas colonizables, pero éstos fueron ocupados hace ya mucho tiempo por culturas más antiguas que les tomaron la delantera.

-Y mientras tanto, mis compatriotas se hacían literalmente unos encima de otros, sin que haya sitio en la Tierra para que puedan vivir con un mínimo de dignidad.

-Este es un problema común a la mayoría de las culturas jóvenes que se encuentran actualmente en plena fase de expansión y a duras penas consiguen controlar el crecimiento de su población. Por este motivo nació nuestra compañía; somos un grupo de expertos que nos dedicamos a explorar la galaxia en busca de

planetas susceptibles de ser colonizados. Puesto que no representamos a ningún gobierno, podemos vender los derechos de propiedad al mejor postor.

-Luego todavía quedan planetas vírgenes...

-Por supuesto; si no fuese así, nuestra compañía habría dejado hace mucho de existir. No obstante la galaxia está superpoblada y no es infinita; los planetas escasean y los pocos que se descubren se encuentran en el borde del disco galáctico, muy apartados de los grandes centros de población. Su calidad, sin embargo, no tiene por qué envidiar a la de cualquier otro astro habitado de la Vía Láctea.

-Pero resulta un tanto extraño comprar un planeta...

-¿Por qué? Ustedes los terrestres todavía se encuentran imbuidos por sus prejuicios provincianos. En la galaxia hay millones de sistemas planetarios, y no es extraño que una civilización se extienda sobre varios centenares de ellos. Un planeta aislado es algo intrascendente, y aún lo sería más de disponerse de un mayor número de sistemas vírgenes. Eso hace que ninguna nación esté dispuesta a desprenderse de los que posee, por lo que somos nosotros los únicos que estamos en disposición de vender nuestros descubrimientos.

-A un precio bien elevado, por cierto.

-No somos nosotros quienes imponemos las tarifas, sino las leyes de la oferta y la demanda. No obstante la propiedad no se limita al planeta sino a la totalidad del sistema; podemos garantizarles que gracias a la explotación minera del mismo en poco tiempo podrán amortizar con creces la inversión. Y esto, claro está, sin contar con el beneficio que les supondrá aliviar la presión demográfica de su atestado planeta.

-Comprendo sus argumentos. -respondió con desagrado el terrestre- Pero en mi planeta no podemos comprender cómo puede bastar con que alguien descubra un planeta para que éste pase automáticamente a ser posesión suya sin necesidad de que lo colonice.

-Las leyes galácticas llevan mucho tiempo promulgadas; mucho más que los años de vida de la compañía. -respondió el rigeliano volviendo a invaginar la trompa- Puede que cuando se dictaron se pensara que los descubridores de planetas siempre actuarían en representación de un gobierno legalmente constituido; lo cierto es que no prohibían en modo alguno nuestra actividad, y nunca desde entonces han sido modificadas. Por otro lado tenga usted en cuenta que nuestros descubrimientos siempre acaban revirtiendo en algún gobierno, por lo que en realidad tan sólo somos una especie de exploradores contratados que ahorran a los planetas los enormes gastos de la exploración galáctica; además, si nuestras prospecciones dan resultado negativo, como ocurre bastante a menudo, somos nosotros quienes corremos con las pérdidas y no los clientes, que de esta manera trabajan sobre seguro.

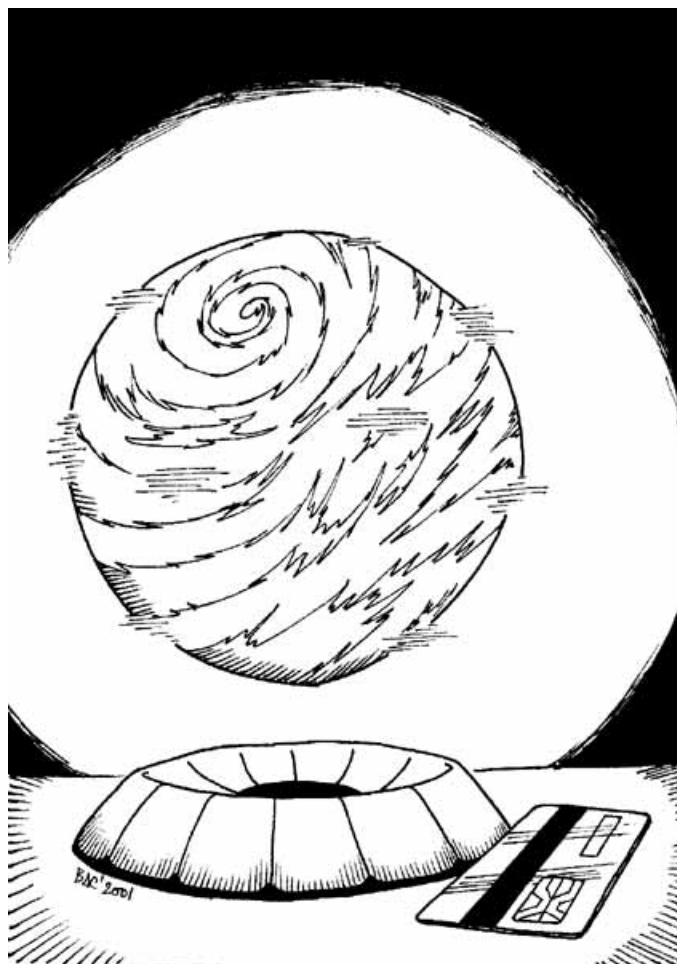
-Bien, no vamos a discutir ahora por esto. -interrumpió el presidente de la Tierra- Lo importante es que el planeta merezca realmente la pena. Supongo que no les importará que enviemos un equipo de expertos; ya sabe, biólogos, geólogos, etcétera.

-Por supuesto que no. El cliente manda. ¿Cuándo estará lista su delegación?

* * *

-Su excelencia el representante de la Liga Galáctica. -anunció el secretario.

-¡Que pase! -exclamó el presidente de la Federación Terrestre al tiempo que ordenaba maquinalmente los objetos depositados sobre la superficie de la amplia mesa- ¡Que pase! -Volvió a repetir presa de un repentino nerviosismo.



El embajador en la Tierra del máximo organismo político de la galaxia era un ser perteneciente a la raza de los khum, una de las civilizaciones más antiguas y evolucionadas de todo el universo conocido. Su pequeño y delgado cuerpo, de apenas metro y medio de altura, rematado además por una descomunal y desproporcionada cabeza, le hacía aparecer aún más insignificante al lado de los casi dos metros de su fornido interlocutor; sin embargo, sus respectivas expresiones dejaban entrever justo lo contrario: A la firme actitud de un humanoide que se sabía superior a todos los niveles se enfrentaba la intimidada figura del corpulento terrestre.

-¿Recibió el comunicado oficial de la Liga? -interrogó el khum haciendo caso omiso del saludo con que le recibía el presidente.

-Sí, su excelencia; precisamente tengo aquí una copia. -farfulló el máximo representante del planeta al tiempo que le alargaba un papel con su temblorosa mano.

-¡Bah! -exclamó el galáctico al tiempo que rechazaba el documento- Conozco de memoria su contenido; lo único que me interesa es comprobar que se haya cumplido la orden.

-¡Pero su excelencia! ¿Cómo vamos a hacer eso? El planeta nos pertenece legalmente. Adquirimos sus derechos.

-Mi querido amigo, el hecho de que aún no pertenezcan a la Liga no les exime de respetar sus leyes; en cuanto a derechos y obligaciones, no existe distinción entre los estados asociados y los miembros de pleno derecho. Y eso lo saben perfectamente ustedes.

-Precisamente por eso; contamos con un contrato perfectamente legal de compraventa que nos califica como propietarios de Nueva Tierra.

-No se llama Nueva Tierra, sino Planeta Virgen; y no es propiedad suya sino de la Liga Galáctica. -gruñó el khum.

-¡Pero la ley sanciona la posesión de todo planeta deshabitado! -protestó el terrestre sin demasiada energía- Y Nuev... Planeta Virgen lo está.

-Indudablemente. ¿Pero no le parece a usted demasiada casualidad que sea éste el único planeta deshabitado de aquí a las Nubes de Magallanes?

-¿Qué quiere decir?

-Que esas leyes fueron promulgadas hace muchos millones de años terrestres, cuando sus antepasados todavía reptaban por los mares de su planeta y existían aún numerosos sistemas estelares susceptibles de ser colonizados.

-Pero ahora...

-La ley no ha sido revocada, eso es cierto, pero ha quedado completamente obsoleta ya que ahora no queda, mi querido amigo, el menor resquicio ocupable en toda la galaxia; los planetas se pueblan muy deprisa, sin duda.

-Existe uno. -insistió con tozudez, el terrestre.

-El único. ¿Y cree usted que no era conocido por nosotros? Por el Gran Creador, no sea tan ingenuo.

-No comprendo la razón por la que ustedes renunciaron a explorarlo si es que verdaderamente lo conocían.

-Por supuesto que lo conocíamos. -replicó molesto el khum- ¿Pero a usted no le entra en la cabeza que si se encontraba deshabitado era precisamente porque nosotros queríamos que fuera así?

-No veo la razón.

-Pues le aseguro que existe. Hay una rama de la filosofía... Ustedes la llaman ecología, creo.

-¿Ecología? -se extrañó el presidente- ¿Acaso quiere decir que...?

-En efecto, mi querido amigo. Celebro que por fin lo haya comprendido. Planeta Virgen es una reserva natural, la única que queda en toda la galaxia; y como es normal, deseamos conservarla como tal a toda costa.

-Pero entonces, la compañía que nos cedió los derechos de colonización... -musitó el presidente terrestre, totalmente abrumado.

-¿Esos? Tan sólo son unos truhanes que se encuentran fuera de toda ley; unos delincuentes especializados en timar a naciones inexpertas como la suya.

-¿Y nuestro dinero?

-Se les devolverá siempre que se consiga recuperarlo; ahora bien, no deseo desilusionarles, pero lo cierto es que esos granujas han vendido ya diecisiete veces Planeta Virgen sin que nunca hasta ahora hayamos conseguido ponerles la mano encima. Lo siento, pero la culpa ha sido tan sólo suya por ingenuos y demasiado avisados. Tendrían que haber consultado con nosotros, y quizá entonces habríamos podido detenerlos.

-¿Qué podemos hacer ahora? -preguntó el presidente al borde mismo del desmoronamiento físico.

-Nada, salvo evacuar el planeta; y den gracias a que no se les ha impuesto una sanción atendiendo a su inexperiencia. Otra vez deberán ser más conscientes de lo que hacen. No quiero que tomen esto como una amenaza, pero insisto en que sus naves deberán abandonar totalmente Planeta Virgen antes de que expire el plazo que les hemos concedido; de no hacerlo así, nos veremos obligados a desalojarlos por la fuerza, lo que provocará indefectiblemente su expulsión definitiva de la Liga. Y ahora, si me lo permite, me retiraré para informar a mis superiores.

Mientras el khum abandonaba la estancia, el presidente comenzó a garabatear nerviosamente en sendas hojas de papel la orden de evacuación de Nueva Tierra así como su dimisión irrevocable; no obstante su peculiar estado de ánimo, aún pudo alcanzar a oír lo que murmuró el representante del gobierno central galáctico en el momento de atravesar la puerta de su despacho.

-¿A quién se le ocurre creer que la gente pueda ir vendiendo tranquilamente planetas así como así? ¡Ojalá pudiera yo disponer de un mundo perdido lejos de la civilización! ¡Ojalá!

José Carlos Canalda (Alcalá de Henares, 1958). Lector impenitente (de ciencia ficción y de otras muchas más cosas) desde su más tierna infancia, y escritor asimismo impenitente desde poco después, aunque hasta muy recientemente no ha empezado a publicar sus relatos y sus ensayos de ciencia ficción, tanto en papel como en formato electrónico. Autor del libro "Luchadores del Espacio. Una colección mítica de la ciencia ficción española".



¿ ERES DIBUJANTE O ILUSTRADOR ?

PULSAR está buscando a buenos dibujantes e ilustradores para la realización de portadas para el fanzine y de ilustraciones para los relatos.

Interesados dirigirse a la dirección de correo electrónico siguiente, adjuntando alguna muestra de su trabajo.

pulsar-editores@yahoogroups.com

Inmensa Beatitud

Por Pedro Pablo G. May

Comentario del autor

Ilustración de Rut Miralles / cucha

¿Qué hace un periodista metido a escribir cuentos de CF? Error en la pregunta, que debería reformularse así: ¿qué hace un escritor -de CF y otras cosas- metido a periodista? Eso es más fácil de contestar: ganar las lentejas para poder seguir escribiendo, puesto que en realidad lo que me interesa es inventar historias, no contar noticias, pero resulta hartito complicado “vivir del cuento” como alguien dijo una vez. En la actualidad trabajo en el departamento de Radio de la Agencia EFE donde llevo un informativo y estoy especializado en información internacional -sí, menudos líos hay últimamente por el mundo pero en el fondo siempre ha sido así-. También me dedico a escribir libros “serios”: he publicado varios sobre mitología de diversos pueblos así como un celebrado volumen sobre supersticiosos y supersticiones. Mi identidad civil incluye una vida en apariencia muy normal, casado y con dos peques y viviendo en Madrid, pero mi vida secreta... ¡Ah, mi vida secreta! Si supierais los secretos que yo sé..., yo he contemplado tormentas de fuego estelar en la constelación de Orión, he visto quemarse las naves gigantes de razas olvidadas en Aldebarán, he... Espera, me parece que eso es de otra película.

Intentaré no enrrollarme mucho -difícil: en una de mis últimas vidas fui un charlatán dedicado a vender Coca-Cola como medicina en el medio Oeste americano y se me han quedado los vicios de la verborrea- y hablar de “Inmensa Beatitud”. Aunque le tengo tanto cariño como a cualquiera de las creaciones que las musas han decidido materializar a través de mí a lo largo de mi exigua carrera -más bien, mi exiguo trote- como autor del Fantástico, “IB” no es mi cuento favorito. Por alguna extraña razón, en cambio, sí ha caído en gracia a parte de la crítica desde que el texto empezara a circular a raíz de su presentación al Premio Pablo Rido -en la época gloriosa en la que todavía se llamaba Premio Aznar y el fandom relacionaba más este apellido con la saga de aventuras de CF a la española por todos conocida que con el actual señor de bigote que preside el gobierno de España-. Digo bien al decir que le gustó a parte de la crítica, porque el hecho cierto es que el relato no ganó el concurso -es evidente que a una parte mayor de la crítica no le enterneció de la misma manera- y se quedó por ahí, flotando en el limbo de los justos, hibernado durante muchos años. Posteriormente, varias personas se interesaron por él y en sucesivas ocasiones me preguntaron por qué después de tanto tiempo no lo había publicado en algún sitio. La verdad es que para mí acabó siendo también un misterio: ¿por qué demonios -y atención a la expresión, que no es gratuita- no había ayudado “IB” a halagar mi ego al igual que el resto de grandiosas obras literarias paridas por mi enloquecido humus cerebral y más tarde publicadas? ¿Por qué se había perdido por el camino? ¿Y dónde carajo lo había hecho?

La respuesta al enigma, sencilla por lo demás, llegó tan pronto como me preocupé realmente de descubrir qué había sucedido, al recibir la petición del editor de ésta, vuestra revista

electrónica, que ahora estáis leyendo. El caso es que originalmente “IB” -cuyo título tampoco era ése sino “No te lo vas a creer pero el viejo Jimmy habló con Dios”- formaba parte de un libro de nueve cuentos dedicados, todos y cada uno de ellos, al Demonio visto desde distintos ángulos y perspectivas. La creación de estos relatos, agrupados bajo el título de “La tabla del 9”, se remonta nada menos que a 1982. Este libro jamás llegó a ver la luz como tal y sólo algunos de los cuentos, como el que nos ocupa, fueron encontrando su propia salida, años después y convenientemente pulidos. Sobre todo porque la mayoría de ellos son, vistos con objetividad y perspectiva, insufribles -uno también tiene derecho a ocultar una dura etapa de aprendizaje en su juventud, oiga-... Así que ahí tenemos a nuestra historia andando ella solita, buscándose la vida por el proceloso mundo de las letras. Tanto se engalanó que incluso llegó a rozar la gloria de verse adaptada para la pequeña pantalla. En efecto, uno de mis críticos tradicionalmente más sagaces y demoledores, y a la vez constructivos, lo incluyó en una selección de relatos con los que confeccionó un proyecto para una serie de televisión al estilo de la de las “historias para no dormir” que presentaba Alfred Hitchcock. La idea era que el maestro del suspense fuera sustituido en la versión española por un Javier Gurruchaga lo más siniestro posible, presentando historias de autores españoles ambientadas en suelo patrio, con personajes y ambientes ad hoc -lo que, de haberse hecho realidad, hubiera supuesto trasladar la acción original desde la Norteamérica rural hasta el, digamos, páramo manchego sin ir más lejos-. Este crítico era -es- mi entonces desconocido hermano menor, Ignacio García May, hoy día director de la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid y dramaturgo reconocido con obras como “Alesio”, que fue en su día el Premio Tirso de Molina más joven de la historia. El proyecto no cuajó porque a un director de cine -ya entonces bastante más popular que mi hermano- conocido como José Luis Garci se le ocurrió -o “le sugirieron” que “se le ocurriera”: esto no me ha quedado nunca muy claro, sobre todo en un mundo tan tramposo como el de la producción para televisión- una idea similar; aunque sin Gurruchagas por medio, para que no se parecieran tanto los proyectos. En fin, ya sabemos quién consiguió convencer a la productora correspondiente y quién nos regaló con una serie que pasó por cierto a la historia de la tele española como uno de los más grandes peñazos místicos rodados en relación con temas fantásticos, a pesar de haber contado con un chorro de dinero para cada uno de los capítulos.

En fin..., estábamos con lo del cuento marchando solo por el mundo adelante... Bien, en aquella época me compré mi primer ordenador personal -oh, qué día tan fantástico aquél en que descubrí que gracias al procesador de textos no necesitaría volver a tirar un folio a la papelería a mitad del mismo, y eso tras haberlo corregido previamente con borrones, tachaduras, typex y demás- específicamente para escribir y una de las primeras cosas que hice fue repicar los cuentos de “La tabla del 9” a un magnífico disquete..., de cinco pulgadas, que eran los que se llevaban entonces: ésos blanditos y agujereados por el centro que iban a ser el futuro del almacenamiento informático portátil y que acabaron en el mismo sitio donde el CD acabará mandando a los de tres pulgadas y media que todavía seguimos usando y a donde irá el CD cuando el DVD se desarrolle lo suficiente y a donde irá el DVD cuando...

Con el cambio de ordenador y la desaparición de la disquetera de cinco pulgadas se perdió este cuento..., y otros muchos de mi primera época. He aquí el misterio de por qué desapareció “IB”, del que sólo tenía en papel las copias que mandé al concurso y que ignoro dónde estarán a estas alturas.

Pero el que guarda , halla, como dice el refrán. En mi trabajo alimenticio como periodista me han dicho más de una vez que soy como un cuervo porque guardo todo lo que creo que me puede servir, igual que este noble animal de la corte del viejo Wotan. La comparación no me molesta porque es cierta y porque en ocasiones este afán acaparador me ha resultado útil. Último ejemplo hasta ahora: la copia que acabé encontrando debajo de doscientos mil papeles viejos de la que creía perdida “La Tabla del 9”. No sé qué sentí al tener otra vez entre mis dedos aquel papel impreso hace veinte años. Aquel papel que..., que tuve que repicar otra vez, tanto tiempo después. Por cierto, ya de paso he aprovechado para limarla un poquito más, sin que se note demasiado.

Espero que la disfrutéis.

Un día, los ángeles le hicieron caso y descendieron a la Tierra en busca del ermitaño. Nadie le prestaba la mayor atención así que no notaron la desaparición de Jimmy "el loco". ¿A quién podría importarle el destino de un tipo huraño y solitario que había recorrido las tres cuartas partes del mundo con la venta de reliquias de todo tipo de religiones posibles e imposibles como único medio de subsistencia? Cualquiera de sus dioses podía cuidar de él mejor que los hombres, pensaron.

Había vendido de todo. Un cartílago fosilizado de Adán, en poder de una sinagoga de Berlín. Auténticos restos de la Cruz, con sangrientas manchas incluidas, para unos anticuarios irlandeses. La muela del juicio de Mahoma, objeto de veneración en la colección privada de un jeque del desierto. Los párpados de Buda, adquiridos por suscripción popular en una aldea china... Y hasta el libro de cabecera de Vishnú -una biografía de Lutero, aunque según parece bastante deteriorada-, a una secta semisalvaje de Bangla Desh. Piezas todas ellas de incalculable valor recogidas por el incansable documentalista y viajero, que aún pretendía conservar otras de igual o superior importancia en un muestrario con tantas joyas que resultaba inútil destacar alguna.

Siguiendo su infalible instinto, se dejó caer en Trinity Gardens, Arizona, tras un retiro espiritual en el que afirmaba haber obtenido la iluminación respecto a su futuro inmediato: su hora estaba próxima. Por ello se encerró en la vieja Mina Reddy, la explotación abandonada al otro lado de las colinas. No se supo bien cómo llegó a adquirirla. Lo más probable es que nunca llegara a hacerlo pero, como tampoco apareció ningún posible propietario a reclamar en el juzgado, ahí quedó la cosa. Además, en principio, la llegada del Excelso Padre Iluminado Jim Boddissatwa, Contacto Expreso para Todo Tipo de Asuntos Celestiales -según rezaba el enorme cartel rotulado en su camioneta del 86- despertó ciertas expectativas bastardas respecto al posible desarrollo turístico de la localidad, al menos en la mente del alcalde, Timothy McBeal. ¿Quién sabe? Un día desembarca un chalado de éstos, monta su propia iglesia y empieza a llegar gente de todas partes. Y de la noche a la mañana un pequeño pueblecito se convierte en la principal atracción del Estado, con la correspondiente revalorización de las tierras. Claro que también existía la posibilidad de que todo se llenara de hippies melenudos pero había que correr el riesgo... McBeal ya podía verlo en grandes letras luminosas: un acceso de carretera sólo para el pueblo, nuevos establecimientos comerciales, un parque de atracciones..., ¡un hipódromo! El punto perdido en el desierto se transformaría en una auténtica ciudad. ¿Y todo gracias a quién? ¡A la visión de futuro del sagaz Timothy McBeal! ¡Saldría reelegido hasta el fin de su carrera política!

Una locura pero..., ¿por qué no?

Para empezar, porque Jim Boddissatwa no venía a hacer milagros. El profeta sólo pretendía pasar los últimos días de su vida en calma, "en paz interior plena", según sus propias palabras. Al instalarse, lo primero que hizo fue quejarse del calor y pronosticar una tormenta veraniega pese a que el cielo estaba limpio de nubes, motivo por el cual no quiso detenerse mucho rato departiendo con el alcalde cuando éste se acercó a saludarle y preguntar por sus intenciones inmediatas. Compró víveres para sobrevivir hasta el día de su fatal deceso y dejó instrucciones legales para que fueran a recoger su cadáver en la mina en cuestión de un par de semanas. Sería, en su opinión, un muerto agradable puesto que la carne no sólo permanecería incorrupta sino que desprendería un fragante olor a rosas recién cortadas.

Después de esto, McBeal se felicitó por no haber llegado a plantearle en voz alta sus ensoñaciones para

la promoción de la ciudad: ¡menudo tipo loco!

Claro que, algo más tarde y sensiblemente impresionado por los poderosos truenos y el manto de agua que descargó la inesperada y casual tormenta nocturna, no pudo pegar ojo pensando en que, por lo común, un santo no suele adoptar las convenciones del hombre vulgar.

Sin embargo, por mucho que le rogó y suplicó al día siguiente, Jim no le hizo caso cuando le planteó la posibilidad de participar de una forma más o menos directa en el futuro desarrollo de la localidad. Aducía que su destino estaba más que sellado: moriría exactamente a las 19:31 horas del día 4 de julio. El Directorio Divino así lo había predispuesto y ninguna ley humana podría impedirlo. Y no quedaba más que hablar.

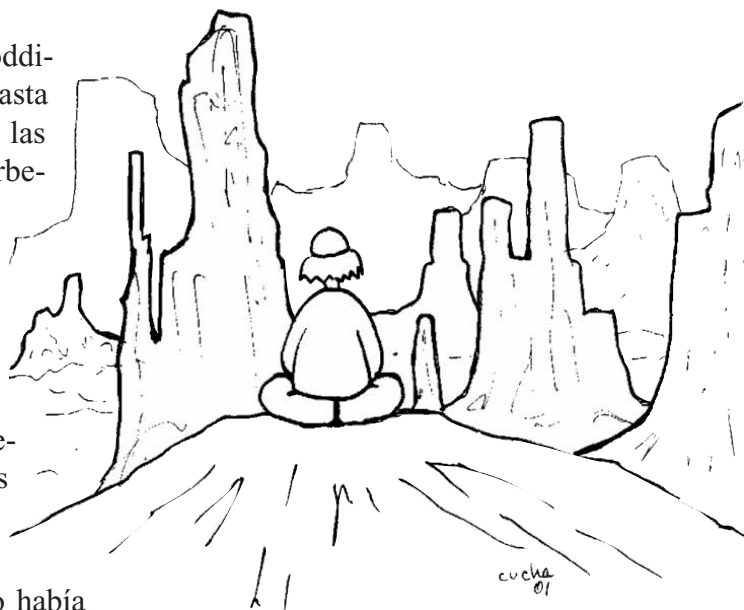
¡Qué desgracia! ¡Pensaba fenecer el mismo Día de la Independencia! ¡La fiesta nacional! Estos santos operan realmente a partir de normas de conducta inaccesibles para el hombre corriente...

A pesar de las precauciones tomadas por el alcalde para esconder su propuesta al santo varón, Trinity Gardens era un pueblo demasiado pequeño como para que la noticia no se difundiera de inmediato. Pronto, los aburridos ciudadanos se enteraron, y decidieron secundar, las secretas ambiciones de McBeal, deseosos de una prometedora prosperidad pero también de un motivo de entretenimiento original. Por ello también se decepcionaron con la negativa del profeta a utilizar sus poderes. La señora Minniver, sin ir más lejos, se quedó con las ganas de que "el bendito", que ya decían curaba hasta el cáncer, pudiera hacer algo por su molesta artritis. El pobre de Charlie Roper también tuvo que postergar su intención de asesinar a su aborrecida esposa tal y como habría deseado: a distancia y sin sangre, mediante un limpio ritual vudú que esperaba le hubiera enseñado tan cultísimo vidente. Y así, tantas y tantas de bien en las que había prendido un súbito fervor místico. En verdad, la única persona realmente beneficiada por todo el asunto era Bob Candyman, porque sólo existía un establecimiento de bebidas autorizado en el pueblo y era el suyo. ¿Qué mejor lugar para ir a comentar los crecientes rumores sobre el extraño inquilino de la vieja Mina Reddy?



gentes

La inusitada expectación que despertó Jim Boddhisatwa en Trinity Gardens le henchía de orgullo hasta límites difícilmente comprensibles. Ni siquiera en las aldeas de Mongolia se había sentido tan ensoberbecido. Para aquellos seres, pobres mineros o agricultores en su mayoría, que jamás habían llegado a salir del Estado de Arizona o quizás de la misma comarca donde habían nacido, ese hombre sabio era un gurú auténtico. Un maestro que, sólo con las historias que podía narrar acerca de sus viajes a través de todos los continentes, mantendría entretenido si quisiera a la población entera durante más de cien inviernos, tan largos y monótonos por aquellos pagos.



¡Y venía allí a morirse! Un hombre que, no había más que verlo, poseía facultades..., mágicas. Un hombre con semetamaños conocimientos...

jante

poder, con

Después del alcalde, otros fueron a la mina en repetidas ocasiones. Acudieron todos con respeto: buenas gentes, temerosas de Dios. ¿Qué Dios, por favor? Bien, no tenía la menor importancia, de hecho: Jim los conocía a todos. O eso juraba.

- Imposible, damas y caballeros. De todo punto, imposible. Y créanme que lo siento. Mi destino es la muerte, esa señora de los ojos hundidos que a todos nos espera a la vuelta de la esquina. Lo único que me diferencia de ustedes es que yo sé el momento exacto en que llamará a mi puerta. A las 19:31 horas del próximo cuatro de julio, nos veremos finalmente las caras tras habernos evitado mutuamente todos estos años. No es mi voluntad, pues como comprenderán yo desearía permanecer el mayor tiempo posible entre ustedes, sino la de aquella o aquellas Potencias Celestiales que un día decidieron que el Sol alumbrara nuestros días y la Luna nuestras noches.

Y miraba de reojo al cielo señalándolo con el dedo índice.

* * *

El día fatal amaneció soleado y caluroso pero por lo demás tan normal como de costumbre. Las horas se arrastraron con pereza hasta que una traca anunció el comienzo de las fiestas del cuatro de julio en Trinity Gardens. La noche cayó con cautela, poco a poco, y las estrellas aparecieron goteando desde la redoma blanca de la Vía Láctea. Y en la vieja Mina Reddy, por cierto, no sucedió nada.

De hecho, el reloj de cuco señalaba las diez y cuarenta minutos de la noche cuando al Excelso Padre se le ocurrió que tal vez su hora final se había retrasado indefinidamente aunque nadie hubiera tenido a bien comunicárselo de manera oficial. No había nada de extraordinario en ello: un hombre sano de cincuenta y dos años que, desde los trece, está viajando entre selvas mortales e infecciosas, traicioneros aludes alpinos, desiertos tórridos y delirantes y, en general, todo tipo de parajes rebosantes de las más adversas condiciones para la naturaleza humana, tampoco puede esperar morir por las buenas: así, de repente, pasmado por la belleza de un lento crepúsculo que contempla sentado sobre un inocente montículo. Y con un ambiente desbordante de respetuosa admiración por su persona, milla y media al sur.

Cuando por fin decidió bajar a Trinity Gardens, la gente apenas se fijó en él, al principio. Pese a lo avanzado de la hora, las calles estaban atestadas de personas que, envueltos en barras y estrellas, celebraban la independencia de los viejos opresores, sin percatarse de que casi todos ellos llevaban los mismos apellidos que en su día ostentaran los casacas rojas. Pocos se acostarían esa noche. El erario municipal había realizado un esfuerzo suplementario para contratar una compañía circense que alegrara todavía más la fiesta. El pueblo olvidaba durante unos horas que un hombre santo debía haber fallecido poco antes allá en una mina abandonada.

En el establecimiento de Candyman, el jolgorio era ya ensordecedor. Los más viejos del lugar decían no recordar una fiesta más divertida, pero eso lo decían todos los años. Timothy McBeal, borracho como si hubiera ganado el concurso anual del Oeste de bebedores de cerveza, era uno de los pocos que no había dejado de pensar en Boddisatwa ni siquiera cegado por las nieblas del alcohol. Precisamente le estaba comentando a uno de sus ayudantes, entre eructo y eructo, acerca de la muerte del Excelso Padre. No se distinguía con claridad si el ayudante había bebido más o menos que el edil mayor.

- A mí, ese tipo... -vaciló- Decía yo... Esto es... Mira, en el fondo, ¡me traen sin cuidado esos mamarrachos con sus..., con sus cielos de pacotilla, Frank! -pausa valorativa y evidente síntoma de aerofagia, antes de añadir:- El auténtico paraíso reside, hics, reside, ¡aquí! Sí, aquí, en la botella... Pero hay que cuidar a los electores, Frank... Sí, cuidar a esos cochinos personajes de los que depende la, hics, la carrera política de uno... Y si piden profetas... ¡Se les da profetas! -baba goteando con generosa discreción- Y no hay más que hablar. Hics.

-Estoy de acuerdo -apoyó Frank-, sí señor, hips. Brindemos, jefe... Por ella -alzo el vaso intentando hacer los honores pero a punto estuvo de perder el equilibrio y deslizarse hasta el suelo-, por la más bella... Esto lo decía un sucio chicano que conocí -añadió con tono secretista- en New York. Su mujer..., hips, su mujer no le aguantaba... Ji, ji, ji... ¡Por la botella!

-Eh, chicos, yo más bien brindaría por los clavos de Cristo -exclamó Candyman, que se hallaba junto a ellos en la barra y era la única persona sobria en la cantina- ¿No es ése de ahí el mártir? ¿El Excelso Padre?

El santón se reclinaba tristemente en el mostrador, a la espalda del alcalde, musitando algo. Por fin reaccionó.

-Ta, ta, ta... Menos mal que por fin te das cuenta, hijo mío. Anda, pónme algo fuerte. ¿Tequila? Sí, ¿por qué no? Puedo pagar con uno de los auténticos clavos con los que fue crucificado Él, ya que lo mencionas. Los otros dos tuve que venderlos para sobrevivir hace años. ¿Dónde fue? Uno en Sri Lanka y el otro...

El rostro del alcalde empalideció mientras sus piernas le flojeaban. Estuvo a punto de derrumbarse sobre su ayudante al girar sobre sí mismo con una rapidez completamente desaconsejable para su estado. Observó a Jim Boddisatwa sin dar crédito a sus ojos. Susurró unas confusas disculpas.

- Es..., es un fantasma. Un fantasma que viene a..., castigarme por, hics, por celebrar la fiesta mientras él..., moría solo y abandonado. Oiga, le ju..., le juro que lo que dije antes, hics, no iba en serio, ¿eh? -como prueba de buena fe, aguantó una nueva expresión ruidosa de su vientre.

Las miradas del local convergieron enseguida sobre el pequeño grupo en el centro justo de la barra. Candyman sirvió la tequila con mano temblorosa. Jim aguardó. Le gustaba el drama, la representación, la oratoria, la impresión a su público. Eso le había salvado una vez la vida con los salvajes de Papúa. Su majestad, su indiferencia como mártir sabedor de la verdad, le rodeaba de un aura magnífica. En un par de minutos apenas, tiempo récord, sólo se oía allí el ruido de los fuegos artificiales y de los gritos y la música del exterior.

-No -habló por último el centro del espectáculo-, por desgracia no soy un fantasma. Mi sino es por ello mucho más trágico.

Chupó la sal en la mano y luego bebió de un trago; sintió el ardor mexicano en la garganta, antes de succionar el limón.

-Pon otro, hijo.

-¿Qué quiere decir, exactamente? -preguntó Candyman, destapando de nuevo la botella- ¿No está muerto? ¿No ha venido ningún genio ni otro ser divino para raptarle y transportarle al Otro Mundo?

En realidad, hubiera podido decir que sí era un fantasma. Asustar al pueblo entero, aturdirle, para poder largarse en paz, sin problemas. Pero su principal preocupación en aquel momento era averiguar qué había sucedido después de todo. Por qué él seguía vivo cuando estaba convencido de que sus días terminarían ese mismo cuatro de julio: constituía una buena sorpresa también para sí mismo. Y además, tenía sed. Un fantasma no iba por ahí bebiendo. Reafirmó su sincera negativa.

- No.

Los parroquianos estaban tan asombrados que no sabían cómo reaccionar. McBeal insistió.

-¿No apareció el, hics, carro de fuego, con los ángeles del Señor, después de todo?

-En absoluto, ya les digo.

- Ni siquiera -remató Frank- una podrida chispa del espíritu del viejo Manítú, hips...

- Nada de nada. Me senté a esperar la Muerte -dijo, mirando el vaso lleno de alcohol- pero la Muerte no llegó. Eso fue todo. Supongo que estaría echando un póker con Zoroastro, Osiris y Odín, por ejemplo. O tal vez a Zeus no le hizo gracia que yo dejara de caminar por la Tierra sin haber encontrado el mechón sagrado de su barba que, dicen, continúa enterrado en la Cólquida, junto al recuperado Vellochino que...

-¡Un momento, un momento! Ya cállese. Deje de contar esas, hics, extrañas historias -interrumpió el alcalde, en un soberano esfuerzo por mantener una parte de sí en el nivel consciente normal-. ¿Significa todo esto que sus poderes le han..., nos han..., le han abandonado? Es así, ¿no es cierto? ¿Cómo iba a tener facultades extraordinarias un tipo que ni siquiera es capaz de prever -eructo-, perdón, de prever, decía yo, hics, su propia muerte?

-Eso es. Desconozco al igual que ustedes lo sucedido -explicó Jim-, he de reflexionar sobre esto en profundidad porque constituye un gran enigma para mí personalmente. Esta noche me retiraré a meditar en el desierto. Es el mayor enigma al que me he enfrentado nunca. Estaba tan seguro... -apuró el segundo vaso de tequila- Yeahhh, gracias por la tequila, Candyman, hijo. Realmente buena, sí -se volvió en la barra para dirigirse a todos los que le observaban-. Señores, tienen ante sí a un hombre incrédulo ante su fortuna y atormentado por el desconocimiento y la no-acción. Podrán contarle a sus nietos al calor del hogar cuando rememoren esta fecha. Yo me recluiré en la mina, tras la meditación, y no volveré a salir de ella hasta que no comprenda el místico devenir de los acontecimientos que ha determinado este extraño avatar para mis sueños, mis esperanzas y mis cálculos. Buenas noches y vayan con Dios. Con el que quieran.

Con asombrosa dignidad dadas las circunstancias, Jim Boddissatwa enfiló la salida, ensayando su mejor mueca de dolor intelectual. Hubiera sido incluso emocionante, si Timothy McBeal, rendido por la humillación de haber pensado siquiera un momento... Bien, si no hubiera reaccionado en aquel mismo instante.

-Espera, hics, espera un poco. Básicamente..., todo esto nos lleva a que tus..., experiencias celestiales han quedado reducidas a la nada. ¿No es cierto? -nueva aerofagia- ¡Cero total!

Boddissatwa le miró con impaciencia.

-Creí haberlo explicado ya. No han quedado del todo reducidas a la nada. La verdad es...

-¡Sí, sí han quedado del todo! -cortó el alcalde, elevando el tono con un aire de ebria amenaza- ¿Quieres que te diga lo que pienso? ¿Hics? Creo que te has reído de todos nosotros, ¡de todos! Y que..., hace mucho tiempo que no se hacen cosas como las que estoy pensando que deberíamos hacer ahora, hics, mismo. Recuperar las viejas costumbres. Las..., tradiciones, como tú las llamarías -se dirigió a los parroquianos- ¡Muchachos, atención! ¿Qué hacemos en Trinity Gardens con, hics, con quiénes nos engañan?

-¡La brea y las plumas! -gritaron todos, tras un momento de vacilación.

-No, oiga, creo que se equivocan -empezó Jim-. Yo...

No le dejaron terminar porque es verdad que hacía muchos años no se embreaba a nadie y qué mejor que un cuatro de julio para recordar las tradiciones más divertidas. Con que terminaron sumergiéndole en alquitrán en uno de los barriles del almacén de Joey, y desplumando a los gansos de Burton para luego poder pegotearle plumas por todo su cuerpo... Y por supuesto propinándole la paliza de rigor. ¡Cómo en los viejos tiempos! Eso sí: "sin pasarse, hics, demasiado" según la orden municipal.

Todo este asunto disgustó enormemente a la señora Minniver que había confiado en ofrecer velas y oraciones al espíritu del Excelso Padre para que desde el Más Allá curara su artritis. Al saber lo ocurrido, lamentó no haber podido estar presente en el momento de aplicarle la brea y las plumas; la verdad es que a esa misma hora ella estaba en la feria, esperando su turno para subir al toro mecánico. En cuanto al pobre de Charlie Roper, había adquirido un tratado de necromancia para invocar a Jim Boddisatwa, puesto que, razonó, una persona de su conocimiento sólo podría descansar en el infierno; pero lo arrojó al suelo y lo pisoteó hasta desencuadernarlo cuando se dio cuenta de que no podría invocar el fantasma de un vivo para que le facilitara el rito vudú que pretendía para acabar con su mujer. Y como ellos, tantos otros. Sólo Bob Candyman resultó agraciado con todo este asunto porque aquella larga madrugada agotó todas las existencias: el pueblo entero se movilizó hacia su establecimiento para enterarse de lo que había ocurrido con exactitud. ¡Circunstancia novísima en su carrera! Sin embargo, al final también él quedó decepcionado porque siempre había pensado que si un día lograba vender realmente todas sus bebidas dispondría de suficiente dinero para largarse a Miami Beach. Lo cierto es que, descontando impuestos y préstamos, no reunió ni la mitad de lo que necesitaría para el billete de avión pero, ¡qué demonios!, con ese puñado de dólares pasaría un par de fines de semana de ensueño en la casa de la viuda Mindy.

Al ex-profeta, Jimmy "el loco" como fue apodado desde entonces, le sorprendió el amanecer tambelándose dolorido hacia el arroyuelo de la parte de atrás en Trinity Gardens. Para cuando terminó de limpiarse con un mínimo de decencia, el sol castigaba ya bastante alto.

Las fiestas terminaron y el pueblo volvió sin tardanza a su estéril y monótona vida diaria. El santón predicador no volvió a pisar el pueblo desde entonces, pero tampoco abandonó la Mina Reddy. Se sabía que seguía vivo porque de vez en cuando algunos chavales del pueblo subían con el único objetivo de apedrearle para reírse un rato y bajaban contando que el tipo había arreglado un pequeño huerto y colocado algunos cepos en la zona, que ellos se divertían deshaciendo. Pero hasta los muchachos se aburrieron de ir y venir y pronto la explotación abandonada y su anómalo inquilino cayeron en el olvido. Tiempo después, algún viajero contaba haber visto al infame charlatán con un aspecto bastante desmejorado, la barba luenga y la mirada extraviada. Hablaba solo y caminaba haciendo constantes aspavientos a invisibles compañeros.

De todas formas la traumática experiencia tuvo algo bueno para Jimmy "el loco", después de todo. Tras el shock producido por su fallida profecía y el posterior y salvaje embreamiento, una pequeña lucecilla se encendió en el fondo de su mente. Él había viajado por todo el mundo, en realidad. Y había conocido y discutido con sacerdotes, brujos, chamanes, druidas, magos, hierofantes, monjes y todo tipo de gentes al servicio de las diferentes divinidades del planeta. Creía sinceramente haber tenido en la mano las más sagradas reliquias y haber disfrutado de revelaciones reales. Estaba convencido de que su hora había estado en verdad fijada para el cuatro de julio y aún no se explicaba qué podía haber fallado en sus cálculos. Cavilando hasta la locura, decidió un día que tal vez el error no era otro que la falta de humildad. Una persona que conoce todos los misterios de la vida por fuerza debe ser humilde puesto que sabe, de verdad lo sabe, hasta qué punto es pequeña en comparación con las colosales fuerzas que mueven el universo. Sí..., tal vez era eso..., debía ejercer como un humilde, un simple ermitaño, despreocupado del mundo exterior y centrado tan sólo en sí mismo aunque fuera temporalmente, para desarrollar todos los sistemas místicos que había conocido a lo largo de su amplia y

azarosa existencia y asumirlos al fin.

Y así transcurrieron sus días, en un pesado silencio y en la mayor quietud que jamás había conocido, excepto cuando de vez en cuando le saltaba algún relé no del todo fijo en sus esquemas mentales y se dedicaba a brincar, chillar y proclamar innobles retos a las fuerzas de la naturaleza o a parlotear con árboles y piedras. Con el tiempo, tomó conciencia de las injusticias que había visto por el mundo adelante -una reflexión que desarrolló a partir de la propia injusticia que pensaba se había cometido sobre su propia persona: alguien con su sabiduría no debería marchitarse de esa forma en un punto perdido y estéril en mitad de Arizona... ¡Eh, se dijo, se supone que se trata de la humildad!- y, con la alimentación deficiente, llegaron las visiones, las pesadillas y las tentaciones. Gárgolas, reptiles, súcubos..., el sol inmisericorde le aplastaba y desataba los caprichos de su mente enferma y él se obsesionaba con cualquier pequeño insecto. Un hombre santo debe ser acosado en su soledad por el Diablo. Si no, ¿qué mérito tiene encerrarse como un anacoreta hasta el fin de los tiempos? Sí, empezó a ofuscarse con el Señor del Mal.

Y un día vinieron los ángeles y tras una de sus plegarias a su dios, que era una mezcla de Alá, Júpiter y el dios de toda la vida con algún que otro añadido particular, descendieron sobre la Tierra y se lo llevaron consigo, le izaron, hacia Arriba. Jimmy "el loco" creyó de momento que desvariaba. Después, que era otra visión infernal. Por último, aceptó el hecho evidente: como los antiguos profetas sagrados, él no había muerto, no moriría, sino que viajaba, arrancado por las luces del Señor, hacia los cielos siempre bellos.

Fue una experiencia emotiva en grado sumo para Jimmy. La verdad es que se desmayó en cuanto se vio en el aire, de pronto, a más de veinte metros de altura y subiendo cada vez con mayor velocidad. Los ángeles tiraban de él, cada uno de un brazo, pero no podía distinguirlos bien, no podía ver más que los faldones de sus túnicas incoloras revoloteando como palomas celestiales. Se mareó y se desmayó. ¿Qué habríamos hecho cualquiera de nosotros en su lugar?

* * *

- Vamos, vamos, santidad, despierte que dentro de poco le toca a usted... -oyó entre la penumbra.

- ¿Qué? ¿Dónde? -era la primera vez en años que alguien le dirigía la palabra- ¡Aaagh! -pero la impresión le devolvió a las tinieblas de la inconsciencia al contemplar la horrenda figura que le hablaba: esa babosa y repugnante bestia con flácidos y sebosos tentáculos que caían desde lo que parecía ser su cabeza, arrastrando la parte baja de su cuerpo gracias a miles de patas agusanadas; francamente, una visión no demasiado agradable.

- ¡Por todos los....! -se enojó el monstruo- Otra vez igual. Veamos..., no nos pongamos nerviosos -extraño de las purulencias de su carne un bastoncillo de apenas unos centímetros, brillante y liviano, y maldijo- ¡Condenación! Este artilugio sigue atascándose. Ha debido de ser una terrible visión para él. Intentémoslo de nuevo. Mmmmh..., esto es.

La criatura tembló durante un instante y se difuminó mientras sus formas mutaban gradualmente, se comprimían, se modelaban con gracia hasta adquirir el semblante de un anciano venerable de plácido gesto y un aura dorada alrededor de su cabeza. Tenía un crucifijo sobre el pecho que por culpa de su postura estaba boca abajo. Y unas tintineantes llaves de cristal en sus manos. Luego se dirigió de luego a Jimmy.

-Esperemos que esto vaya mejor. Ha de creer que ha sufrido una pesadilla. ¡Señor, escúcheme señor!

-¿Eh, cómo? ¡Ah! -se asustó como reflejo preventivo al recordar la delirante monstruosidad sobre él, pero ahora el panorama era mucho más tranquilizador- ¿Quién es usted? ¿Sabe que hace sólo un instante he visto a un diablo espantoso dispuesto a abalanzarse sobre mí? ¡Una obscenidad abisal que ha estado a punto de despellejarme vivo!

- Sí, claro, qué horrible. Pero, sinceramente, no creo que haya sido así con exactitud, ¿verdad?, porque... Esto es el cielo, ¿sabe usted? Y un servidor, no se lo va usted a creer, yo soy San Pedro. ¿Qué le parece? ¿Perdón?

Jimmy "el loco" no se veía a sí mismo y por tanto era incapaz de comprobar hasta qué punto su faz podía perder todo color hasta quedar convertida en un rostro de cera.

- ¿Y bien? ¿No tiene nada que decirme? -insistió San Pedro.

- Es que..., estoy tan, tan anonadado... Es una experiencia... ¿Es real?

¡No lo creía! ¡Por Dios que no podía...! Eh, bueno, no quería utilizar esa expresión precisamente pero es que... ¿Cómo era posible? Él siempre se había jactado de ser un conversador habitual con los dioses pero esto superaba todas las... ¡Centrémonos! Así que, entonces, era cierto, la única religión verdadera era el cristianismo más tradicional. Bien, pues manos a la obra, entonces, y rápido.

- Suele pasar -sonrió afectuoso el beatífico exmonstruo, ahora guardián de las Llaves del Paraíso-. Todos, cuando llegan por vez primera, se ponen muy nerviosos. Y ya no le cuento al hablar con..., con Él, con Su Incomparablemente Santa Divinidad.

- Escúcheme -le interrumpió Jimmy-: ¿no será éste el Juicio Final? Tengo que decirle que cuanto ha podido oír hablar acerca de mi persona no merece mayor fundamenteo porque yo soy cristiano desde pequeño. Cristiano católico, apostólico y profundamente romano. Me bautizaron en Notre-Dame. Lo cierto es que yo no soy americano, ¿sabe? Lo que ocurre es que para encontrar ahora la partida de bautismo va a ser un poco complicado pero me acuerdo casi como si fuera ayer...

- ¡Es usted un auténtico bromista, santidad! Pero no se preocupe -le tranquilizó-. No hay ningún juicio. Todavía.

- ¿Y qué estoy haciendo aquí, en ese caso? -Jim miraba a su alrededor, confuso, parecían estar en una especie de habitación cerrada, aunque luminosa. Sin embargo, no se veían ventanas ni lámparas por ninguna parte y las paredes no eran de metal ni de madera, ni siquiera podía decir a qué distancia se encontraban realmente. El suelo era muy suave al tacto, con apariencia de fibra algodonosa pero sólido y acogedor. Ahora que se daba cuenta, no se sentía muy mal. Al contrario, notaba un bienestar generalizado. Hacía mucho tiempo que no se hallaba tan a gusto.

¿El Cielo? ¿De verdad?

- Le explico, ilustrísima. Dios ha venido sobre la Tierra para Su inspección personal de los mundos que Él ha creado en Su infinita Magnificencia. El Juicio al que usted aludía no está lejos, en absoluto. Mas, antes de que se produzca la Segunda Llegada, quiere comprobar in situ el estado general de esta zona de Su Divina Creación. En unos minutos, le recibirá en audiencia, si se siente usted preparado.

- Sí, yo, bueno... No sé si seré el más indicado... Y por favor no me trate con tanta reverencia.

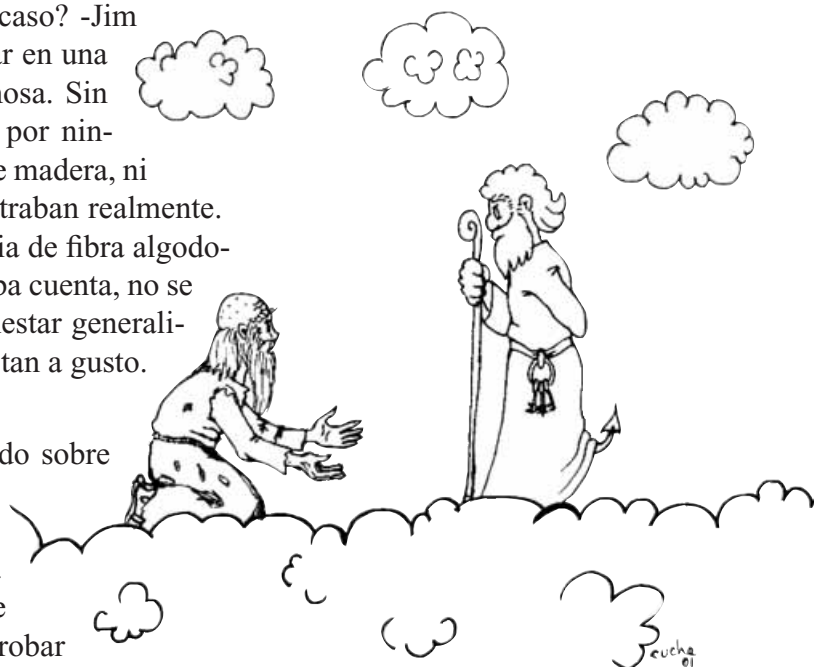
- No sea modesto, santidad. ¿Se encuentra mejor, pues? Acompañeme entonces.

El desconcierto aumentó gradualmente en la dolorida mente del ermitaño. ¿Una gigantesca broma del día de Halloween o qué? Atravesaron espacios inmensos como templos sin pasar a través de ninguna puerta ni, en realidad, tener la impresión de moverse del mismo sitio. Caminaron, o ésa fue la impresión, durante lo que calculó serían unos quince minutos. Y, al cabo, Jimmy "el loco" hubiera jurado que no se habían desplazado más de dos metros. Finalmente, San Pedro se detuvo ante su asombrado invitado y le tranquilizó de nuevo con una sonrisa angelical.

- Aquí es. Sígame, por favor.

- ¿Está seguro de que yo debería...?

- Oh, por favor, no se preocupe, santidad. Esta inspección es..., rutinaria, por decirlo de algún modo, aunque comprendo sus problemas, su azoramiento por situarse en la posición requerida. No tema. Él es Bueno, es Sabio, es Bondad, usted lo sabe mejor que nadie. Es Misericordia encarnada. Y jamás imaginaría cuán Bello. Él le espera al otro lado de esta pared etérea. ¿Adelante?



- Creo que sí... -se escuchó a sí mismo como en un sueño: ¡Dios! ¡Iba a ver a Dios en persona! ¡Ay, ay, ay, si hubiera vivido varios milenios nunca habría podido imaginar que...! ¡Y pensar que en su juventud llevaba como mayor de las honras ser el ateo oficial del barrio!

Inspiró hondo, se agarró a una columna de nada cuando notó que las piernas amenazaban con dejar de sostenerle y atravesó la materia etérica para encontrarse... ¡Con una visión apocalíptica!

El Infierno entero en su versión más horrorosa se encontraba a sus pies. Un salón interminable y en llamas, con una atmósfera sofocante que apestaba a azufre y sudor, copado por seres propios de una imaginación enfermiza, las más desnaturalizadas perversiones de una mente barroca. Cientos, miles de seres repugnantes se amontonaban unos sobre otros, como un ejército de ratas dispuesto a invadir una fábrica de queso podrido. Comparado con ellos, el monstruo pre-San Pedro parecía un simple disfraz de tela y látex. Imposible enumerar las anormalidades de la creación allí desplegadas porque cuando creía haber visto lo más aborrecible de todo el conjunto encontraba a su lado algo peor. Y, dominándolo todo, no cabía duda: ¡él, el Maldito, el Adversario! Todo el asunto se reducía entonces a una trampa, una gran trampa satánica. El más pavoroso de todos aquellos ominosos y gorgoteantes monstruos era ¡Satanás en persona, carcajeándose de su nimia humanidad, desde su trono en lo alto, construido sobre una horrenda pira de tibias y calaveras!

No pudo evitar desmayarse por tercera vez desde que entrara en contacto con el Otro Mundo. No dejaba de ser agradable perder la conciencia en determinadas ocasiones.

San Pedro irrumpió entre los demonios del Fin del Mundo, aclarando en voz alta y agitada:

- ¡Anulación, anulación! ¡Usad de nuevo los Traductores de Sustancia! Están sintonizados al revés... Oh, de ésta se nos muere, Señor -le dijo al tremendo Satanás que enseguida perdió el gesto maligno para sustituirlo por una mezcla de asombro y preocupación.

- ¿Cuándo van a arreglar estos bastoncillos buenos para nada? -tronó Su voz majestuosa- Estoy tan cansado... Si no fuera por todo el trabajo que tenemos aquí me dedicaría a inventar un sistema más eficaz. Uf, acabemos de una vez, ¡atención, todos! -los seres diabólicos se volvieron hacia el Gran Maestro con reverencia- ¡Atención, por favor! Lo haremos más rápido. Sintonizad vuestros Traductores con el mío. Todos en la misma onda. ¿Listos? En la frecuencia correcta, ¿de acuerdo? ¿Estamos todos? ¡Ya!

Una explosión de luz y de color, un torbellino de chispas capaz de enceguecer la más apache de las miradas y el fogonazo mutó al instante la sala y su contenido. Por fortuna para Jimmy, él yacía inconsciente, porque podría haber perdido la vista con la intensidad luminosa que se plasmó como el estallido de una nova. El lugar quedó transformado en el más bello y radiante de todo el cosmos..., para cierta estética humana.

- Señor... ¡Señor! -le despertó de nuevo aquel San Pedro tan extravagante- Escúcheme, señor, ¿se encuentra bien?

- ¡No! ¡Al Infierno, no! ¡Soy un buen mahometa..., digo..., soy un cristiano viejo -lloraba el profeta de tercera fila, hasta que apreció de reojo el cambio experimentado en el enorme apostento; pasmado, abrió la boca con desmesura- ¿Qué ha sucedido aquí?

- Es normal -mintió San Pedro- en nuestros visitantes. Ya se lo dije. Le ocurrió lo mismo cuando me vio por vez primera, ¿se acuerda? La Perfección Divina Absoluta yace en esta sala ante usted. Y, ante Ella, el humano no puede sino expulsar los pocos demonios que radican todavía en su alma al presentarse en el Cielo. Son los que habéis contemplado, santidad, alejándose raudos de este templo consagrado a la bondad y saturado de la hermosa visión del Padre Único.

- Sí... ¡Sí! El Padre... -repitió maravillado Jimmy mientras avanzaba a trompicones: cuánta beldad respiraba aquel Divino Sitio.

Era como releer uno de esos libros de catecismo que había estudiado de pequeño, por cuyas láminas desfilaban imperturbables y poderosos, los Tronos, los Querubines, los Arcángeles, las Potestades... Los Jerarcas del Paraíso todos centelleaban ahí ante él, agraciados por naturaleza, fulgurantes en su fuerza, magníficos en su misericordia. Coros celestiales acompañaban sus trémulos pasos: gloria y alabanza eternas al verdadero, al auténtico, al único Dios. El mismo que estaba allí mismo, frente a él, sonriéndole. Un Dios imponente en sabiduría, poder, amor..., en cualquier don que pudiera imaginar. ¡Le sonreía a él!

Oh, si pudieran ver esto los muy necios de Trinity Gardens...

Cuánta quietud, cuánta serenidad, paz infinita, brotaban como manantiales de luz pura de Sus ojos profundos y escrutadores, Su frente venerable y arrugada pero limpia. La barba y el largo cabello blancos, como la nieve primera de las montañas. Sobre Su cabeza eterna flotaba magnífico el Triángulo con el Ojo en su interior, el Omnipresente desdoblamiento que era Él y a la vez no lo era, resplandeciente oro espiritual que opacaba al mismo sol. Su trono era grande, enjoyado con las más raras pedrerías que a Sus ojos constituían minucias. Y Su túnica, la única vestimenta, ocultaba todo el cuerpo, incluso los pies, reverberando en plata y marfil. Sólo entre las anchas mangas aparecían unas manos potentes, fuertes y decididas. A Su lado, una Paloma albísima levitaba, estática, sin necesidad de agitar sus alas, con la rama de olivo en el pico. Y al lado de Dios, un Hombre llagado, flaco y sufriente, ensangrentado y con una corona de espinas rasgando de forma cruel Su maltratada cabeza.

Jimmy se dejó caer de rodillas, extasiado. Qué absoluta perfección, sí.

Y qué falta de originalidad, por cierto.

- Su santidad, ilustrísima, el Papa, en representación de Dios en la Tierra -voceó San Pedro como un mayordomo dieciochesco- por la rama cristiano católica.

¿El Papa? Jime se sorprendió frunciendo el ceño. ¿Qué hacía allí, el Papa? ¿Quién le había invitado, al Papa, para turbar aquel momento ideal que debía disfrutar gozoso él solo en comunión con el Creador?

- Acércate, mi representante -habló Dios y Su voz era el más agradable sonido que oído humano pudiera escuchar, puesto que Sus palabras acariciaban cual rumor del mar.

Desconcertado, Jim aguardó la aparición del Papa..., hasta que se percató de que se referían a él.

- ¿Yo? -dijo- Pero, Señor, yo..., oh, mi Dios, no es posible que me estéis confundiendo... ¡Yo no soy el Papa!

- ¿Cómo has dicho? -la sorpresa de Dios fue sutil pero hizo temblar el templo de algodón. Todos se estremecieron y un sentimiento de ridículo general se apoderó de la divina concurrencia- ¿Qué quiere decir eso? -se volvió a mirar a San Pedro, que encogió los hombros.

- No lo sé, Señor. Fueron ellos los que descendieron al planeta Ammaranta, o sea, quiero decir, a la Tierra -el guardián de la puerta del cielo señaló a dos ángeles que trataban de esconderse entre la multitud de seres celestiales allí reunidos.

- ¡Vosotros! -rugió Dios, airado con santa cólera- ¿Qué habéis hecho, si puede saberse? ¿Dónde fuisteis? ¿Quién es éste? ¿Y el auténtico Papa?

Azorado, uno de ellos le contestó.

- Nos encarnamos momentáneamente preguntando por el hombre santo que vive en su..., en su morada sagrada junto a la ciudad de las siete colinas. Y en tan pequeño lugar se rieron de nosotros pero nos indicaron las colinas y una dirección en la que hallamos sólo a este hombre, así que supusimos que era él. No había nadie más en todos los alrededores. Bueno..., pensamos que quedaría extraño si le preguntábamos por su identidad, Señor. Imagínese: todo el mundo debe saber quién es el Papa, allí.

- Acabo de consultar los mapas y, tal vez -apoyó el otro ángel-, pienso que tal vez..., es muy posible..., creo que podríamos considerar la posibilidad de que erramos un poco el ángulo de entrada en Ammaranta y caímos por el lado opuesto del planeta. No es nada fácil orientarse allí, ¡cuidado!, está todo inundado y apenas hay algunas islas grandes por encima del nivel del mar. ¿Cómo íbamos a pensar...?

- Tal vez, ¡tal vez! ¡Tal vez! -bramó Dios con estruendo. ¿Cómo es posible gobernar un universo infinito rodeado de negligentes e incapaces como vosotros? ¿Y ahora qué? ¿Qué le decimos a este..., este hombre solitario que incluso puede que sea ateo? O que lo fuera, al menos, hasta este momento. ¿Le quemo la memoria para borrar su experiencia de la mente? ¿Lo abraso entero? ¿Lo disuelvo en la nada?

El ermitaño contemplaba apocado la extravagante escena, sin terminar de digerirla, sin creer en realidad que aquello estuviera sucediendo. Y negaba con la cabeza cada una de las sugerencias de Dios hacia su persona.

- ¡Pues no! ¡No voy a destruir una de mis creaciones por culpa de dos cretinos! Envidadle de regreso a Ammaranta: supongo que le creerán un iluminado o un tarado si se le ocurre comentar algo de lo que ha visto... ¡Y traedme al Papa de verdad! ¡O a cualquier jefe religioso! ¡No comprendo por qué siempre hemos

de empezar con la religión mayoritaria de cada planeta! A veces, ni siquiera es la mejor...

- Fue usted quien puso la norma, Señor -le recordó San Pedro humildemente.

- ¡Pues yo la cambiaré también si hace falta! ¡Movéos!

Una oportunidad única.

Jimmy saltó adelante en medio de la confusión, aún estaba en el centro de la escena.

- ¡Señor, yo os podría resultar muy económico!

El salón entero fue cubierto por toneladas cúbicas de silencio, ocultando a duras penas las carcajadas de quienes comprenden la estupidez de sugerir eso al Creador de Todo.

- Explícate -inquirió el Supremo Hacedor, molesto-, no juegues con mi bendita paciencia.

- Por los motivos que sean, pretendéis entrevistaros cara a cara y de un modo individual con mucha gente. Y serán muchos viajes de ida y vuelta, muchas sorpresas para todos, muchas explicaciones iguales una y otra vez, muchas posibilidades de error..., y, en total, mucha pérdida de tiempo. Eh..., ¡apuesto veinte a uno a que ésta es la primera vez que inspeccionáis este planeta en concreto! La solución es sencilla: minimizad costes, reducid el tiempo de esta selección de personal. Yo..., me presentaré: mi identidad más popular es la de Jim Boddissattwa, Contacto Expreso para los Asuntos Celestiales... Vamos, que conozco cada religión como la palma de mi mano, las antiguas y las modernas, las que desaparecieron hace miles de años y la que acaba de inventar el último fan de la Nueva Era. Rituales, profecías, santones... Todo de todo. Si queréis información y deseáis mandar para ello a alguien en misión, hacedlo pero perderéis el tiempo. ¡Conmigo aquí no hace falta que llaméis a cada uno de vuestros representantes terrestres! Yo os puedo servir, puedo contaros cuanto necesitáis saber y, además, seré más imparcial que nadie. Reconoced que también sois mi creador..

La expectación despertada por la desinteresada oferta del anacoreta fue equivalente al esfuerzo de reflexión divina.

- No es mala idea, Padre -sugirió la Mano Derecha de Dios, cuya muñeca conserva la cicatriz de un clavo-. He visto pocos lugares con mayor número de religiones para menos personas que este planeta Ammaranta, digámoslo ya. ¡Si cada humano pretende poseer la suya propia personal, exclusiva y verdadera! Y así sufrí lo que sufrí cuando me encarné, claro...

- Calla, Hijo, no me lo recuerdes. Tu Abuelo me contaba de algo similar que tuvo que hacer su propio Padre tiempos ha, pero nunca lo había sentido en propia carne -ago más en el cerebro de Jimmy se resquebrajó y se desmoronó con estrépito-. Está bien, he hecho una breve exploración mental de su minúsculo cerebro y sé que su oferta es sincera. Necesito información para la..., ¿cómo la llaman aquí?

- La Parusía..., la Segunda Venida, Padre. La mía, aunque a la hora de la verdad seas tú el que bajes y pongas orden...

- Sí, eso es. Quiero dejar una buena impresión. Veamos, Jim Boddissattwa, necesito que me cuentes los anhelos, los ritos, los miedos, las ilusiones, los futuros, las dificultades, los esfuerzos, los males y todo aquello que concierna a los hombres de cada una de las religiones de tu mundo, por separado y en correspondencia unas con otras. Cómo comenzaron, cómo se desarrollaron, cuál es su estado actual... Un informe completo, vaya. Deseo conocer cada una de las pequeñas minucias que afecta a mis criaturas, a los infantes mentales como tú que vivís en este pequeño planetita. Cómo sienten a su Creador, si les importa o no, si existe materia prima con la que construir lo que vendrá después..., oh, eso no me lo preguntes, es, ¿cómo decís vosotros? ¡Un secreto de Estado! Pero será algo positivo, naturalmente. ¿Y bien? ¿Crees estar capacitado? Es imprescindible un aporte de datos útil y un buen análisis para salvar lo que se pueda...

Cuando comenzara a interesarse profesionalmente por los sistemas divinos ideados y elaborados por el ser humano, al contemplar un idolillo centroafricano de aspecto obsceno hacía ya por lo menos cuarenta años, Jimmy "el loco" jamás pudo imaginar, ni en el mayor éxtasis de sus devaneos mentales, que algún día podría no sólo charlar con Dios cara a cara, sino aconsejarle ¡a Él!

Y a pesar de todo sentía una ternura inmensa hacia aquel ser que parecía ser su Creador, como una especie de agradecimiento cósmico por haberle dado la oportunidad, después de tantos años, de encontrar cierto sentido a su existencia.

- ¿Por dónde quiere que empiece, Señor? -interrogó respetuoso.

- Por donde quieras, empieza donde mejor te parezca. Tú eres quien narra. Yo, quien escucho.

Así que habló, y habló, y habló.

Tal vez, a Él no le importaba para nada su primer descubrimiento en la lejanísima Notre Dame, cuando contempló por vez primera un cuadro de Dios según la imaginación de un pintor belga, pero no pudo dejar de contárselo. No pudo ocultarle lo que significaba ver amanecer cada día y darse cuenta de que aún seguía uno en el mismo sitio, que la marea de la historia no le había arrastrado a alguna de sus cloacas, sino que tenía todavía tiempo para ser regalado por la Naturaleza. El poeta había dicho: todas las religiones son los dedos diferentes de la misma mano de Dios. ¿Y los Cuatro Jinetes del Apocalipsis? ¿Y las tensiones, las persecuciones, la intemperancia, la usura y la mala fe? ¿Y el caos generado por la ignorancia y la codicia? ¿Y el autohechizo de la envidia? Habló de la fisión del átomo, de la soledad de los magos y del mito de la libertad humana. De quién y de cómo sabe elevar sus oraciones con tino verdadero, aunque vayan dirigidas a Wanka Tanka, y de las masas que adoran lo mismo a un símbolo sagrado que a un rábano. Del escalofrío de los cementerios y el recogimiento del románico. De la relajación inducida por la meditación transcendental. De los infiltrados para esclavizar y corromper en secreto al mundo mientras las ovejas caminan alegremente hacia el matadero, distraídas por el paisaje, temerosas de los perros del pastor asesino. De la esperanza, que es lo último que se pierde. De la existencia de gente extraña, inaprehensible, luminosa, los que seguían al pie del cañón. Del océano.

Sí, había viajado lo suficiente, como para explicar con igual acierto el punto de vista de un hindú y el de un anglicano, y armonizarlos después. Comentar y comparar las ideas de los taoístas con el pensamiento de aquéllos que aún se atrevían a alzar sus sacrificios a Apolo. Rizar el rizo enfrentando a los ateos contra los agnósticos y a todos ellos con los escépticos y por fin, en confusa pero acertada amalgama, con los crédulos en exceso.

Tantas cosas en tanto tiempo... Pasaron siglos. Fue realmente la mejor oratoria de toda su vida.

Cuando terminó, lo cierto es que no sabía cómo decir que había acabado. En rigor, sólo había expuesto el índice del Gran Libro de la Tortura Humana. Todos los rostros allí presentes se habían tornado adustos, serios. Dios miraba, particularmente triste, algún horizonte lejano por encima del hombro de Jimmy "el loco".

- Gracias -dijo, al fin, tras un largo rato de silencio-, supongo que nadie podría haberlo hecho mejor. Si trájeramos, tal y como era nuestro primer propósito, a todos los líderes espirituales uno por uno cada cual trataría de demostrarme la inmutable gran verdad sagrada que sólo él esconde bajo sus ropas. El fragmento de espejo que aún conserva. Ha pasado en otras ocasiones. Pero esta Humanidad no ha comprendido en absoluto el camino a seguir. No, no se ha enterado... Por lo que me cuentas, hay muy pocos buscadores reales. No hay falsedad en tus palabras. Tu juicio es claro y honesto. ¿Sabes? Esto es lo bueno de ser Dios. Por algún misterioso motivo, Uno siempre encuentra la opción me más Le conviene cuando se pasea por Su creación. Es cierto. Gracias una vez más. Antes de devolvete a Ammaranta..., a la Tierra, con la promesa de cambios que pronto llegarán, dime esto: ¿de quién crees que es la culpa de todos los males que afligen al hombre?

No lo pensó dos veces antes de contestar.

- ¡Del Diablo, naturalmente! Satán, Lucifer, el Adversario, el Negro, el Gran Macho Cabrío, el Deus Inversus, el Ángel Caído..., como queráis llamarlo. Vuestro mayor enemigo. Y el de toda la humanidad, de paso.

- Oh, sí... El Diablo. Claro -confirmó, titubeante, Dios-, el Diablo... ¡Jim Boddissatwa! ¡Por tercera vez, mi agradecimiento para tu persona! En un momento volverás a tu planeta. Nos has hecho un honrado y noble favor. Por ello y por tu coraje, te concederemos una Gracia Especial.

Jim tembló de excitación. ¿Una Gracia? ¿Especial? ¡Sí! Pero, ¿cuál? ¿Curar enfermos? ¿Don de levitación? ¿Lectura del futuro? ¿Hacer milagros en general? Ahora sí que iban a aprender esos impresentables de Trinity Gardens a dudar de él y a marginarle. Nunca nadie le había tratado como ellos. Pero sonaban ya los clarines de la venganza: ¡Dios no reparte Gracias Especiales así como así!

- Recuerda que uno de los peores males de los que nos has hablado, Jim Boddissatwa, es la ignorancia. La ignorancia hacia lo que nos rodea, hacia lo que vendrá, hacia el destino de uno, hacia el futuro en general... Por tanto, y para que tu mente permanezca a salvo, incólume ante la polución y la destrucción, prístina como tu alma destinada a salvarse, Yo te concedo la siguiente Gracia Especial -levantó Su imponente mano derecha

sobre su cabeza: ¡Que sea en la realidad, tal y como en las apariencias! Te apodan "El Loco". Ordeno, pues, que seas poseído por el bienhechor don de la locura, hasta el final de tus días en Ammaranta, que por cierto serán muchos y largos, para salvarte de los horrores que impregnan la existencia y contra los cuales nunca más ya tendrás que luchar. Suerte y esperanza.

Jim no llegó a cerrar su boca, la misma que había empezado a abrir para exclamar su desengañado asombro. Nunca la llegaría a cerrar otra vez. Un hilillo de baba se escurrió por sorpresa mientras sus ojos se desorbitaban y la mente quedaba cerrada a cal y canto, como si mil puertas de acero hubieran acorazado a la vez el entendimiento, frente a la maligna influencia externa. No era esquizofrenia aguda. Ni autismo. Era aún peor.

Entre otras circunstancias, fue por ello por lo que nadie acertó a explicarse de dónde había salido y cómo había logrado llegar ahí cuando unas horas más tarde un helicóptero de la policía con sus respectivos especialistas a bordo tuvo que llevar a cabo un peligroso rescate de su persona, anonadada, contemplando sin ver la extensión de la vieja Roma desde lo más alto de la cúpula de la basílica vaticana. Lamentablemente, los ángeles encargados del transporte repitieron el error y le depositaron en el lado equivocado del mundo. ¡La verdad es que este planeta es un laberinto! Jamás nos habíamos perdido con tanta facilidad como en Ammaranta.

* * *

- ¡Fuera todos! Excepto San Pedro. Tú, quédate un momento -ordenó Dios.

Las multitudes angélicas desfilaron fuera del salón del Trono Mayor y cuando se encontraron solos, el Hacedor le preguntó a su servidor:

- Dime..., ¿falta mucho, exactamente, para esa..., ehm, Segunda Venida? Me refiero a ...

- Sí, entiendo Señor, mas no os preocupéis. Todavía nos da tiempo para visitar la galaxia vecina y regresar. Enseguida daré órdenes para que orienten el Inmensa Beatitud hacia allí. Nos tomará un poco maniobrar correctamente, pero son cosas del tamaño de la nave.

- Sí, sí, claro. Hay que aprovechar el tiempo... Ahora que lo pienso, ¿para qué se me ocurriría crearlo? Luego me paso el día pendiente de él, no me ha dado más que problemas. Oye..., otra cosa, ¿no es un poco cruel la vida de..., de esos seres minúsculos allí abajo?

- Supongo que sí, pero cada cual vive de acuerdo con su rango, mi Dios. Pensad en la propia crueldad de vuestro trabajo como Supremo Hacedor. Pues, ¿no aparece vuestro destino mucho más terrible que el de cualquiera de esas criaturas que, después de todo, no han de preocuparse más que de sí mismas, mientras que a Vos os espera el trabajo de todo el Universo?

Dios meditó y su reflexión asemejaba la brisa sobre las dunas del desierto.

-Siempre tienes razón -alegó al final.

- Por eso soy San Pedro, señor..., quiero decir...

Se miraron uno a otro y comprendieron el ridículo aspecto que ofrecían, disfrazados de aquella guisa. Dios rió e hizo ademán de despojarse de la toga plateada y ribeteada en marfil.

- Sí, más vale que nos transmutemos en los dioses de la próxima galaxia, no vayamos a darle un susto a nuestro próximo informante igual que hicimos con éste. De momento, aquí ya no hay más que hacer. Este trabajo es más duro de lo que pensaba cuando lo heredé de mi Padre -Dios levantó los faldones hasta la altura de las rodillas y aguardó un momento, pensativo. Dejó entrever sus patas de cabra y el extremo puntiagudo del rabo bermejo que asomaban bjo la rica tela-. Pero, dime una última cosa, ¿quién es ése? El que fue acusado por el hombre... ¿Quién es el Diablo?

Actitud Profesional

Por Roberto Pérez Millan
Ilustración de Rut Miralles / cucha

Nunca he sido un maniático, ni siquiera supersticioso —y no por falta de precedentes: media familia había dependido de curanderos y adivinos—; sin embargo, había ciertos lugares que me inspiraban una molesta sensación de fatalidad. Mi maestro decía de mí que era la persona con menos escrúpulos que él había conocido, y viniendo de él, era todo un cumplido; pero las estaciones han originado en mí fuertes controversias durante muchos años.

Siempre he creído que el factor crítico a la hora de realizar un buen trabajo es la comodidad. Si estás habituado al escenario, conoces perfectamente a los personajes y ves con claridad la puesta en escena, tendrás a tu alcance cualquier aspecto de la representación; pero si además, te sientes cómodo en tu butaca, ningún detalle, por pequeño que sea, se te escapará de la obra. Prefiero mil veces cualquier garito infecto del barrio más marginal. Allí siempre sabrás qué te puedes encontrar, cómo reaccionarán y, si ocurre, cuándo lo harán; estás en tu ambiente. Pero en una estación...

No obstante, el motivo principal de mis reparos hacia estos lugares tenía una índole más personal, un suceso desafortunado, algo que no me gusta recordar.

Así que, receloso, pero seguro de mí, me acomodé en una de aquellas interminables hileras de incómodos asientos ergonómicos. Por supuesto que actué tan profesionalmente como cabía esperar —mi maestro nunca me hubiera perdonado lo contrario—: llegué temprano, incluso para los técnicos del transporte —el maestro me decía una y otra vez: «El tiempo es un enemigo implacable, tenlo siempre de tu lado»—; comprobé el perfecto estado de mis herramientas, que aunque sólo era una, era vital; y cumplí con los trámites burocráticos, pues había visitado al viejo funcionario de transportes que tan bien sirviera a mi maestro. Este último punto fue el más fastidioso, pues me resultó costoso en exceso. Yo tenía contactos propios y más baratos, pero sin duda menos fiables. El maestro siempre supo rodearse bien, la amistad fue uno de sus principios.

El hecho es que acabé con la cuenta de gastos, y mi situación económica no era halagüeña: no había mucho trabajo y el que había no tenía grandes retribuciones. Como siempre, había crisis, y como siempre, yo me la jugaba.

Pacientemente sentado, esperé la llegada del transporte de superficie. Recuerdo que mi distracción en esos momentos consistió en vigilar compulsivamente el estado de los indicadores de emergencia. No sé si es un toque paranoico o simplemente precaución, el caso es que suelo hacer las cosas más extravagantes en los momentos de espera. Poco a poco fueron apareciendo más pasajeros para el translin, pero ninguno de los que llegaron temprano tenía interés para mí. Se distribuyeron por la gran sala de espera, y desfilaron por turnos cuando llegó el transporte para ocupar sus pasajes.

Antes de partir a ocupar mi pasaje, pude observar las idas y venidas de los técnicos de mantenimiento, revisando los indicadores del campo magnético que sostenía el transporte. Por aquel entonces existían rumores de anomalías en estos aparatos. Se decía que un buen número de mineros habían sufrido trastornos mentales como consecuencia de este mal funcionamiento. Yo desde un principio lo atribuí a la rivalidad entre la compañía minera y la propietaria de la concesión de transportes. Ambas eran subsidiarias de dos poderosas empresas multiplanetarias que ansiaban conseguir los dominios de la rival, y no tenían problemas en utilizar todo tipo de juego sucio si ello les proporcionaba un notable incremento de su poder. Yo lo sabía, los políticos lo sabían, los ciudadanos lo sabían... pero el juego nunca cesaba.

Atravesé el andén, desconcertantemente limpio, y tomé el camino de la entrada al transporte, apreciando su aspecto compacto, totalmente blindado de la radiación solar: daba la impresión de velocidad de un viejo

proyectil.

Al traspasar el umbral de uno de los accesos me encontré de frente con la pantalla de bienvenida, donde la imagen de una impecable azafata, vestida con el uniforme añil de la compañía, me saludó amablemente.

—Buenos días, señor —dijo con una dulce voz—. Por favor, pase su tarjeta de pasaje por la ranura —saqué del bolsillo mi tarjeta sin dejar de admirar su excelente aspecto—. Gracias. Tomé el pasillo de su izquierda —dijo señalándome la dirección con su brazo—. Su compartimiento es el último a la izquierda. Espero que tenga un feliz viaje.

Recorrí un amplio pasillo iluminado suavemente. Estaba decorado con madera artificial de una textura muy agradable, pero poco lograda (la compañía de transportes era poco partidaria de mundanas alegrías). Llegué a la parte delantera del transporte e introduje mi tarjeta de pasaje por el lector de la puerta corredera: se abrió con cierto suspense, parecía necesitar una revisión.

El compartimiento ya estaba ocupado por una mujer que ni se inmutó por mi presencia y que parecía leer un libro con sumo interés. Saludé cortésmente pero no obtuve respuesta, ni siquiera una mueca; nunca me gustó la mala educación. Su aspecto era distinguido: traje verde oscuro impecable, camisa de seda y corbata a juego con el traje. Acompañaba el conjunto con un sombrero de ala ancha que sólo dejaba su perfil derecho al descubierto.

Me inquietó. Semejantes comportamientos nunca pasan inadvertidos. Mi maestro siempre predicaba acerca del poder de la curiosidad y decía: «Es una mala amiga, te llevará por mal camino y atraerá malas compañías, no lo olvides». Era su manera de decirme que no metiera mis narices en asuntos ajenos y que no atrajera sobre mí, las de los extraños.

Tomé asiento a su lado, dejando libres los dos de la derecha.

Yo siempre he distinguido dos tipos de curiosidad: la provocada por la novedad, fácil de saciar, burda, intensa al principio pero con poca fuerza; y la provocada por la oscuridad, poco llamativa, creciente y obsesiva. Sin duda, aquella mujer provocaba en mí esta última, pues crecía poco a poco. Ese aire misterioso y su actitud indiferente, tan concentrada, ayudaba bastante. Casi parecía estar en trance. Había oído de ciertas técnicas de concentración basadas en viejas disciplinas de no sé dónde, pero no soy muy dado a creer en religiones prometedoras: al final, siempre son aburridas. Actué profesionalmente, como cabía esperar, conectándome al hilo musical y expulsando a aquella mujer de mi mente.

Quince minutos más tarde, con todo bajo control, mientras esperaba la partida, aparecieron los dos ocupantes que aún faltaban del compartimiento. No tengo prejuicios, me considero tolerante hasta donde un hombre puede serlo, pero ese tipo de acompañantes siempre han despertado en mí todo tipo de reparos.

Eran dos hombres perfectamente vestidos, al estilo ejecutivo. Se sentaron frente a nosotros con sus maletines sobre sus rodillas y sus brazos extendidos sobre ellos. No había duda de que eran extraños, se notaba en exceso su falta de aclimatación a nuestra gravedad. Se movían lentamente, temiendo no arrasar todo a su paso con movimientos bruscos, temiendo no hacer el ridículo. Daba igual, lo hacían, siempre lo hacen. Uno, al menos, parecía más adaptado; sin duda, llevaba más tiempo en Marte. El otro, pelirrojo, de cara atomatada y con su camisa de frambuesa, sonreía por doquier; le correspondí amistosamente aunque me revoliera el estomago.

Marte no parecía lo que en tiempos fue, lo que mi maestro tantas veces, mirando al horizonte, contaba divertido. Las reglas habían cambiado poco a poco y Marte dejó de ser un planeta minero. La extracción de materias primas, aunque continuó siendo muy importante, ya no era, ni de lejos, la actividad central del planeta. Los primeros asentamientos mineros fueron dando paso a ciudades. Primero se abrió paso el negocio del turismo: la baja gravedad como terapia, los reclamos del juego, la prostitución, los estupefacientes y



la novedad atrajeron numerosos turistas. Luego, llegó lo demás. La fuerza de las todopoderosas compañías terrestres, que vieron las posibilidades de un planeta sin cortapisas legales, maniató a los políticos. Esto provocó un vacío legal respecto a la Tierra, y Marte se convirtió en un paraíso fiscal, pero también en un paraíso delictivo. Así, la superficie de Marte alternaba cúpulas con lujosas áreas residenciales y suburbios, donde se agolpaban los jóvenes ambiciosos y los renegados llegados en busca de oportunidades. Se produjo un gran éxodo humano y económico. Ahora, tras muchos años, las cosas han cambiado. La Tierra tampoco es lo que era, y las grandes empresas han ido perdiendo su poder poco a poco; el poder del pueblo —así lo llaman— se impone, y quiere imponerse también aquí. Aún falta para eso, pero llegará.

El pelirrojo conectó la pantalla de vistas para ver el exterior. No pidió permiso y me irritó aún más. Definitivamente no toleraba a aquel individuo. Me calmé al vislumbrar como se encendió extrañamente puntual el indicador de movimiento: empezaba la cuenta atrás. No tuve más remedio que soportar la insulsa y vacía conversación de los dos personajes.

—Estamos en marcha —comentó el moreno mirando por la pantalla—. Apaga la pantalla, el paisaje es aterrador, todo desierto y sin atmósfera suficiente ahí fuera.

—No me importa —contestó el pelirrojo—, de hecho, lo prefiero. Odio el campo abierto. No puedo tomar el sol y debido a las alergias no dejo de medicarme.

Desconecté. Subí el volumen del hilo musical y miré la pantalla de vistas sin nada que ver; pronto aparecería el C.E.M., un asentamiento industrial independiente promovido por intereses terrestres. Había sido un intento político para restar poder a las empresas multiplanetarias. Por supuesto, no funcionó.

Llegó el momento de trabajar, así que deposité los auriculares en su sitio, me levanté y salí al pasillo; ni los ejecutivos ni la mujer mostraron el menor interés: había pasado inadvertido.

Una vez fuera, entré en el servicio de caballeros, completamente vacío, y pude repasar mi aspecto sin molestias. La imagen es algo prioritario en mi trabajo, es fundamental pasar inadvertido. Mi maestro incidió mucho en este punto, era una cualidad imprescindible. Revisé mentalmente mi plan, puse la otra tarjeta de pasaje en mi bolsillo, me lavé la cara y acomodé la chaqueta que llevaba.

Abandoné cautelosamente el servicio, no me crucé con nadie, y miré en el bar al fondo del corredor: desierto. Me dirigí al compartimiento, introduje la tarjeta y la puerta, esta vez rápidamente, se abrió.

Allí había dos hombres sentados, como esperaba. Giraron sus cabezas para ver al nuevo compañero de viaje, y no retiraron sus inquisidoras miradas mientras me acomodé.

—Buenos días —saludé, pero no hubo respuesta. No fue un día amable.

Me senté frente a ellos humildemente, sin cruzar la mirada y con el más refinado cuidado. Cuando por fin me instalé, sonreí amistosamente a ambos, y durante unos breves segundos, les estudié.

El más próximo a la puerta tenía un aspecto feroz: debía ser enorme, pelo negro recogido por detrás, piel mulata, y su cara, de pómulos marcados y mentón puntiagudo, parecía haber sido estirada, todo fibra. Vestía un traje negro de cuero sintético que le sentaba como un guante y, para completar el conjunto, escondía sus ojos tras unas gafas negras: sin duda escondían algún caro implante ocular. Era un duro guardaespaldas. El otro hombre era mayor, tenía la cabeza afeitada o no tenía pelo, y su cuerpo era generoso en carnes, aunque su porte y sus ojos grises y viejos parecían decir que no fue así en otro tiempo. Mientras que uno, el viejo, apenas me prestó atención y prefirió la pantalla de vistas, el otro no me quitó el ojo de encima; me miraba fijamente, sin complejos, en alerta total.

Como buen profesional, enseguida percibí que aquel ambiente tenso no me beneficiaba nada; era imprescindible relajarlo y, como estaba establecido en el manual de mi maestro, me serví de mi ingenio. Rehusé al guardaespaldas —creí poder oír rechinar sus dientes mientras me miraba—, y simulando interés, miré la pantalla de vistas. Maneje la calma con suficiencia y me dispuse a crear alguna controversia. No hay nada mejor que una buena discusión para confiar a cualquiera en estos casos.

No dudé al aparecer en la pantalla las ruinas del asentamiento industrial independiente. Era, seguro, una buena excusa, y creía saber de que cojeaba aquel viejo diablo. Jugué sobre seguro: esperé el momento, disimulé impresión con una mueca y comencé mi actuación.

—¡Qué desastre! Tanto trabajo para nada. Las altas esferas estarán complacidas —dije populista—. Si

actuaran con esa resolución en el bien de todos, sería otra la situación de Marte —terminé mirando al viejo.

Me devolvió una mirada fija, en silencio. Dedicó unos segundos a estudiarme, tranquilamente sentado, con los dedos de ambas manos entrecruzados sobre su generoso estomago; infundía verdadero respeto, era la experiencia personificada.

—¿Qué pretende joven? —interrogó sonriendo. Apreté los dientes y escuché atentamente al indignado anciano—. Ellos se lo buscaron. Ustedes, los jóvenes de hoy día no tienen ningún tipo de respeto, y por supuesto carecen de cualquier atisbo de dignidad. ¿Cuánto tiempo diría que llevo en Marte, joven?

—Bueno, yo...

—Cuarenta y cinco años —no me dejó hablar— y nunca se me ocurrió saltarme las jerarquías y ofender a las personas que, con su trabajo, levantaron sus negocios. Siempre los respeté, y gracias a eso, ellos me respetaron. Me hice respetar.

Paso su mano por su calva cabeza y miró hacia la pantalla, ya más tranquilo, para continuar.

—Fíjese en esas construcciones. ¿Qué ve en ellas? Yo se lo diré: ambición y desprecio, porque unos cuantos pelagatos intentaron conseguir en unos pocos meses lo que otros tardaron muchos años, y lo intentaron conseguir pasando por encima de todo, sin mostrar el más mínimo respeto.

—Bien, yo más me refería a las implicaciones políticas del asentamiento.

—Olvídese de todo eso. Son tonterías. Tanta confabulación, tanta intriga política —cogió aire para terminar—: paparruchas.

Bien, aunque la situación aún no era propicia, ya había encontrado un pequeño resquicio. Sólo tenía que esperar y cambiar de táctica.

—Bueno, ciertamente creo que es muy importante para un funcionamiento dentro de la sociedad cumplir con una serie de normas morales —contesté recreándome—. De pequeño, mi viejo maestro insistía en que por encima de las leyes escritas está el honor, la ley del hombre. Cada uno en su trabajo debía respetar la honorabilidad de las personas en tu entorno. Así, yo llegaría a ser un buen profesional.

—Exacto —dijo el viejo haciendo un ademán con los brazos mientras asentía con la cabeza—. Éste era un proyecto condenado al fracaso. —Miró de nuevo la pantalla, se incorporó en el asiento y señaló con la palma de la mano—. Nueva tecnología, planificación, desarrollo industrial... tonterías.

Con el ambiente algo más relajado, el matón dejó de estudiarme fijamente y adoptó una postura mucho menos estricta, con la cabeza inclinada hacia adelante y los brazos cruzados. Todo iba sobre ruedas.

—La verdad es que todos esos extranjeros pretenden enseñarnos como funcionan aquí las cosas. Creo que ese es el problema —añadí ante la complacencia del sujeto—. Traen sus máquinas, su dinero, pero no cuentan ni con los obreros y sus sindicatos ni con los empresarios, y pretenden avasallar a los que ya se han asentado, con una reputación y una larga lista de servicios a la sociedad —continué mi perorata. Mientras una luz de comprensión aparecía en los ojos del viejo, un gesto de desgana se apoderaba del guardaespaldas—. Mi maestro me enseñó en mi trabajo a ser lo suficientemente diplomático para que mi negocio saliera adelante, con profesionalidad.

—¡Qué me va a decir a mí, joven! —levantó los brazos haciendo un gesto de adoración hacia el cielo que terminó con su espalda hundida en el respaldo—. Hace cuarenta años adquirí un negocio en Mina 7, y



desde entonces he conseguido una posición con mi trabajo, y siempre respetando la ética personal. Fueron tiempos duros, y muchos pretendieron quitarme el pan; pero —meneó la cabeza de un lado a otro— no lo consiguieron. Aún hoy en día, algunos perros tratan de arrebatarme lo que es mío, pero no podrán con el viejo Edi.

El viejo Edi se cogió orgulloso de las solapas de la chaqueta y su guardián miró a la pantalla tranquilamente: había llegado el momento. Conocedor de estas situaciones, esperé. Me relajé y aguanté hasta que esa compañera inseparable del hombre, la curiosidad, apareciera.

—Y dígame, joven ¿qué profesión le enseñó ese maestro suyo?

—Bueno...

Estiré mi brazo derecho activando el resorte que deslizaba mi pistola plástica por mi manga hasta mi mano, y disparé entre los ojos al guardaespaldas. Giré el brazo, apunté al viejo Edi y disparé.

En sus ojos no vi miedo, sino sorpresa. Me pareció una expresión de decepción, más por el engaño que por la muerte.

Salí del compartimiento y me dirigí al inicial. Entré y encontré a la mujer impasible tal y como la dejé, y por supuesto a los dos sujetos, enredados con el maletín de uno de ellos. Nada más repelente.

Si todo sigue así, si estos personajes siguen llegando, la vida para mí será cada vez más difícil. Marte será, cada vez más, un lugar aburrido como la Tierra.



*Este año se celebrará el
Congreso Nacional de Ciencia Ficción
y Fantasía en Barcelona.*

*Si quieres mantenerte informado,
estar al día de todas las novedades, ofrecerte
para colaborar, sugerir, etc
apúntate a la lista de correo:*

barnacon-subscribe@yahoogroups.com

o contacta con nosotros en:

organizacion@barnacon.com



Aterradoras secuelas de finales del siglo pasado

Por Santiago Eximeno Hernampérez
Comentario del autor

*"-¿Vamos a ver esta noche Reservoir Dogs?
-Pero, ¿qué dices? ¡Si no he visto la primera!"
Anónimo.*

Secuelas: Los orígenes

Si buscamos la definición de secuela en un diccionario de la lengua española, de esos tochos que hunden nuestras estanterías y desentonan con nuestras colecciones de bolsillo incompletas, la respuesta que obtenemos es algo similar a esto:

secuela (del lat. sequela) s. f. Consecuencia o resultado, generalmente negativo, de un hecho, particularmente una enfermedad o un accidente.

Por lo tanto, partiendo de esta definición, ya podemos esbozar en nuestras mentes las principales características que han provocado que denominemos secuelas a todas aquellas continuaciones, más o menos confesas, de aquellas películas originales que funcionaron medianamente bien en taquilla. ¿Cuál es el motivo principal que conduce a un director, o a una productora, a realizar una secuela?

La respuesta es evidente: el dinero. Sólo cuando una película ha gozado del suficiente éxito de público una productora se atreve a realizar una secuela. Existen casos atípicos, como aquellas trilogías o tetralogías conformadas en el subconsciente de los espectadores, más que en la mente de su director -como la inconclusa trilogía de las madres de Darío Argento, o las cuatro películas sobre aquellos templarios con aires de resucitados de Ossorio-, o subproductos de los llamados de culto que continúan más por cariño del equipo técnico que otra cosa.

Una vez aclarado el motivo, la siguiente pregunta que nos acecha es: ¿cuál es el origen de las secuelas? Para responder a estas preguntas, deberíamos remontarnos en el tiempo hasta los mismos orígenes del cine, y tratar de explicar otro de los términos clásicos aplicados a aquellas películas producto de la admiración de unos pocos y la alarmante falta de ideas de otros muchos; es decir, el remake.

En los principios del cine sonoro, e incluso durante el apogeo del cine mudo, la industria cinematográfica, principalmente la americana -en Europa todavía existían ideas innovadoras-, se empeñaba en contarnos una y otra vez la misma historia, cambiando protagonistas, productora y, la mayoría de las veces, director. Personajes míticos, como Tarzán o el mismísimo Drácula, eran adaptados para la gran pantalla año tras año sistemáticamente, como si no existieran guionistas capaces de ofrecer nuevas ideas. Estos remakes -tan de moda en los últimos años con las adaptaciones de clásicos europeos al mainstream estadounidense, como las películas de Luc Besson o Amenábar, por mencionar dos ejemplos- aseguraban los ingresos en las arcas de las productoras, permitían abordar nuevos proyectos.

Pero pronto personajes carismáticos exigieron nuevas historias, nuevos acercamientos al universo en el cual se desenvolvían centrados, por supuesto, en aquella figura principal que tantos ingresos proporcionaba. Los ejemplos son múltiples, desde la interminable sucesión de películas narrando los diferentes casos de Sherlock Holmes, la mayoría de ellas interpretadas por Basil Rathbone, hasta las continuas aproximaciones al mito del hombre mono, siempre con licencia de los herederos de Burroughs, que han supervisado -e incluso censurado- todas las obras. Estas primeras secuelas, cuya mayor virtud era alejarse de la simple repetición y

ofrecer nuevas perspectivas sobre el mito, se alejaban de la numeración directa (ninguna de ellas se atrevía a exhibir un dígito tras el título) y buscaban alertar al espectador avezado incluyendo el nombre del personaje principal en el mismo título, o promocionándola adecuadamente. Además, la secuela era un producto digno, de gran calidad, y necesario tanto para el público como para la productora. Mencionemos secuelas tan importantes y brillantes como 'La novia de Frankenstein', por poner un ejemplo de secuela que superaba ampliamente a su original.

Secuelas II: Los primeros pasos (de los cuarenta a los setenta)

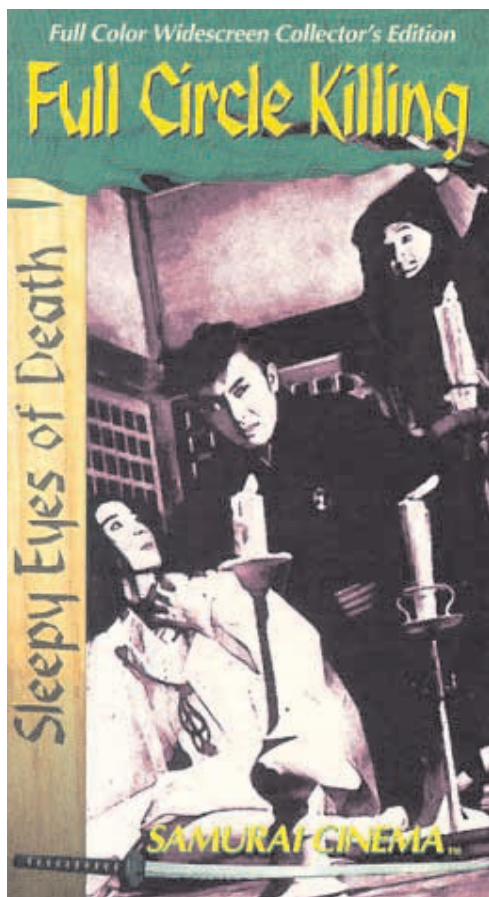
Durante la década de los cuarenta la Segunda Guerra mundial genera un cine bélico y propagandístico que, curiosamente, da a las secuelas un carácter numérico muy llamativo, como en el caso de Boyevoy kinosborkin(1941-1943), trece películas de las fuerzas armadas soviéticas dirigidas, entre otros, por Sergei Gerasimov, cuyas secuelas van acompañadas del temido dígito.

La década de los cincuenta, con su bomba nuclear, su guerra fría y su inocencia, entra de lleno en lo que con el tiempo se denominaría serie B, films de temática fantástica, o simplemente explotación, realizados con bajo presupuesto, medios precarios y, en contadas ocasiones, algo de talento. Florecen de nuevo las secuelas, y continúan las apariciones de personajes recurrentes en la historia del cine, como los monstruos míticos -Drácula, Frankenstein- o los personajes clásicos de la literatura mundial -Tarzán o Sherlock Holmes-. Además, en esta década asistimos al nacimiento de la Hammer, productora británica especializada en cine fantástico y de terror, que tendrá mucho que decir acerca de las secuelas en la década posterior.

Los sesenta presentan varios puntos de interés en la historia de las secuelas. La Hammer, centrada ya en lo que llegaría a denominarse terror gótico –aunque determinadas escenas de sus películas podrían catalogarse de precursoras del gore más elegante- centra su producción en un reducido grupo de grandes guionistas, directores y actores, entre los que destacan nombres inmortales para la industria del cine como Terence Fisher, Vincent Price (que colaboró también con Roger Corman en múltiples películas) o Christopher Lee. La Hammer convirtió la secuela en una seña de identidad de la casa, aprovechando la oportunidad que le brindó la industria estadounidense encargándole cinco películas de terror a raíz de su éxito con la serie de Quatermass. Retomando a Drácula, Frankenstein o la Momia, realizaron nuevos remakes a todo color con interpretaciones antológicas de Lee, Cushing o Price, que repetirían personajes en una interminable serie de secuelas que introducían al público en un universo propio de mansiones victorianas, decorados de cartón piedra y bandas sonoras minimalistas que hacían las delicias de todos los aficionados al cine de terror. Además, en los sesenta aparecen las primeras películas de James Bond, adaptaciones de las novelas de Ian Fleming protagonizadas por Sean Connery, personaje que llegará a contar con casi veinte películas en su historial

En esta misma década, y ya en los principios de los setenta, nos acercamos al cine japonés para descubrir que no sólo la industria norteamericana cultiva las secuelas con profusión. Por mencionar un ejemplo (existen más, como Zatoichi o Hanzo), Nemuri Kyoshiro, interpretado por el actor Raizô Ichikawa, es un personaje legendario del japonés feudal, que protagoniza más de quince películas entre 1963 y 1969. Este tipo de cine de acción, centrado en el japonés feudal de los siglos XV al XIX, es conocido por el gran público occidental como Chambara. Akira Kurosawa fue uno de los directores de renombre que tocaron este género, dirigiendo películas como 'Los siete samurais' o 'Yojimbo' (personaje que coincidiría con Zatoichi en una de sus últimas películas), dotándole de una violencia e inmoralidad inhabitual hasta entonces. Como curiosidad, Kurosawa reconoce influencias del western americano a la hora de realizar sus películas de Chambara, y las dos más renombradas dieron





origen a dos de las más grandes películas del oeste: 'Los siete magníficos' y 'Por un puñado de dólares'.

Esta última supuso el principio de otra saga inolvidable, El hombre sin nombre, del director italiano Sergio Leone. Una trilogía –formada por la ya mencionada, 'La muerte tenía un precio' y 'El bueno, el feo y el malo'- que compartía personaje principal (aunque en ocasiones no quede del todo claro), protagonizado por Clint Eastwood, y dotaba a las secuelas de una madurez inusitada para la época.

No debemos olvidarnos de mencionar en la década de los sesenta la aparición de 'Star Trek' (1966), la película de cine realizada debido al éxito de la serie original, que cuenta ya con nueve secuelas –y una en preparación a la hora de escribir esto- y varias series producidas, o su gran rival en las luchas freakies, 'Star Wars', que apareció en la gran pantalla en 1977.

Pero sin duda la película que marcó el camino de las secuelas en la siguiente década –aunque no fuera la primera, ya que previamente habíamos visto 'Black Christmas' (1974), 'La Matanza de Texas' (1974) o la mismísima 'Psicosis' (1960)- fue 'La noche de Halloween'. Esta película creó un nuevo género en el mundo cinematográfico del terror que con el paso del tiempo fue calificado de terror adolescente. Sin embargo, esta denominación realizada con una intención despreciativa evidente no impidió que durante la siguiente década la leyenda creciera y diera lugar a una de las más prolíficas y económicamente rentables épocas en el cine de terror de todos los

tiempos.

Secuelas III: Coleccionistas de cadáveres (los maravillosos ochenta)

Y llegamos a la década de los ochenta, aquélla que convirtió la industria del cine fantástico en una inversión económica inimaginable en años anteriores. Florecieron los productos destinados directamente a vídeo, y pequeñas productoras como la Empire o la Full Moon (ambas de los hermanos Band) hicieron su agosto a costa de las secuelas.

Aunque siguen las secuelas en otros géneros, como el policíaco (con Harry Callahan o Paul Kersey, que habían iniciado su andadura en los setenta), el erótico (con la interminable saga de Emmanuelle), el cine de superhéroes (con Superman o el mismísimo Rocky Balboa) o el cine bélico (Rambo, Desaparecido en Combate), esta es la década del cine de terror que convierte al psychokiller en héroe, y ofrece algunas de las obras más desquiciadas –con permiso de Ed Wood y H.G. Lewis- vistas en la gran pantalla.

En esta década proliferan los asesinos en serie, que entrega tras entrega masacran a sus víctimas –en su mayoría jovencuelos desvergonzados que piden a gritos ser asesinados- en una orgía de sangre, sexo para menores de trece años y violencia injustificada. Las secuelas perfilan las características que van a definir las durante los siguientes años: más efectos, más muertes, más extravagancias, menor presupuesto y, desde luego, un guión menos cuidado. Ahora los protagonistas absolutos son





los psicópatas; el resto son simples víctimas, decorado para las atrocidades.

Nombres inmortales en la historia del cine como Jason Voorhees, Michael Myers o Freddy Krueger, protagonizarán una entrega tras otra de sus respectivas sagas, 'Viernes 13', 'Halloween' y 'Pesadilla en Elm Street', buscando la tortura más sádica, la muerte más original y, desgraciadamente, el guión más infumable. Son buenos tiempos para las salas de sesión continua, y los maratones de cine fantástico proliferan en todo el país.

Al rebufo de ellas, surgen otras series de terror y ciencia-ficción orientadas –presuntamente- a un público adolescente, como 'Critters', 'Prom Night', 'Los chicos del maíz', 'Muñeco diabólico', 'Posesión Infernal', 'Regreso al futuro', 'Hellraiser', 'Puppet Master' o 'Trancers'. Dentro de estas series, destacan algunas por su originalidad y creatividad, pero la gran mayoría son productos destinados directamente a vídeo, de una calidad ínfima pero que se ven con cierto agrado y cierta nostalgia.

El mercado está abierto, y a tomar su porción del pastel se lanzan las productoras italianas, que ofrecen nuevos valores que han pasado de una forma u otra a la historia. Nombres como Darío Argento, Lucio Fulci o Joe D'Amato, por citar unos pocos, crean un universo propio que en el resto del mundo sería conocido como Giallo. Trilogías aterradoras no sólo por su contenido, como 'Demons' de Lamberto Bava, o segundas y terceras

partes de films de éxito en Norteamérica, como los zombies de Lucio Fulci, inundan el panorama cinematográfico europeo, en una invasión que jamás volverá a repetirse.

Buena muestra del filón de las secuelas lo podemos ver en el número de películas producidas para cada uno de los psychokillers más importantes de la historia del cine de terror:

Psychokiller	Serie	Películas en los 80	Películas en total
Jason Voorhees	Viernes 13	8	10
Michael Myers	Halloween	5	7
Freddy Krueger	Pesadilla en Elm Street	5	7

Secuelas IV: Redescubriendo el filón (de los noventa al fin del milenio)

Sin embargo, en los noventa no existe la continuidad esperada. Los primeros años de la década traen consigo una sequía inesperada de secuelas, y aunque surgen series nuevas –algunas de gran éxito pero alejadas del fantástico, como 'Arma Letal', 'La Jungla de Cristal'- y se continúan algunas otras –como 'Phantasm', 'Alien' o 'Terminator'-, el panorama en su inicio es francamente desalentador. Los psychokillers han desaparecido, consumidos en una fórmula que adolece de frescura, y que en los últimos años de los ochenta ya no funcionaba comercialmente. Han proliferado los intentos de crear nuevos ídolos de la muerte porque sí, pero nadie parece poder recoger el testigo.

Entonces, de la mano del director Wes Craven, creador del inmortal Freddy Krueger, y del guionista Kevin Williamson, un fan acérrimo de aquella época dorada del cine de terror adolescente, surgirá una de las nuevas series que permitirá que el género vuelva a la vida, 'Scream'. Tras esta película hay un antes y un después, una época de grandes ausencias y un retorno de viejas leyendas aprovechando el éxito económico sin precedentes que esta obra obtiene en las taquillas de todo el mundo. Gracias a 'Scream', estrenada en 1996, vuelve Michael Myers ('Halloween H20', 1998), Chucky ('La novia de Chucky', 1998) o el mismísimo Jason Voorhees ('Jason X', 2001) a las pantallas de nuestro cine. Una nueva hornada de psychokillers nos invade, en películas como 'Se lo que hicisteis el último verano', 'Leyenda Urbana' o la más reciente 'Jeepers Creepers'.

Secuelas V: El futuro

El futuro se presenta muy prometedor para los amantes de las secuelas. Mientras se confirma el retorno de Michael Myers a las pantallas en el 2002, los próximos años estarán repletos de secuelas imprescindibles: Star Wars, El Señor de los Anillos, Matrix, Jugde Dreed, Batman, Blade, American Psycho, Alien... y muchas más, imposible de enumerar.

Sin duda seremos muchos los que acudiremos a los cines en masa para poder disfrutar de nuevas secuelas, películas que acompañarán su nombre con un número y nos ofrecerán, como esperamos, más espectáculo y más de lo mismo. ¿Y un buen guión? Bueno, quizá, en el fondo, eso no sea lo que debemos buscar en una secuela; si acompaña a todo lo demás, aceptémoslo como un valor añadido.

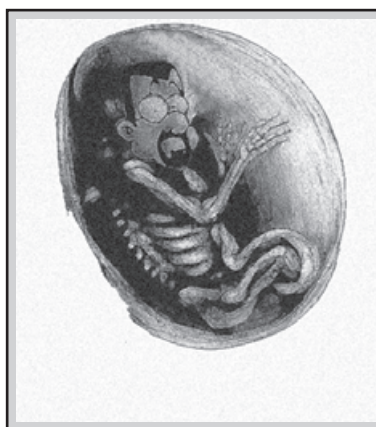
Secuelas VI: Notas a pie de página

Es evidente que en este artículo no están todas las que son, pero son todas las que están. No hemos mencionado las "grandes series" deportivas de artes marciales, como 'Kickboxer' o 'Karate Kimura', ni comedias adolescentes israelitas como 'Lemon Popsicle', que llevan la friolera de nueve películas. Tampoco hemos mencionado sagas del cine de terror con alta numeración, como 'Witchcraft' o 'Amityville', ni uno de los grandes personajes de ese entrañable género conocido como Peplum, Maciste. Ni siquiera hemos hablado de El Santo, luchador mejicano que cuenta con unas veinticinco películas a sus espaldas, ni de los dinosaurios de Spielberg.

De todas maneras, creo que hemos realizado un acercamiento singular al mundo de las secuelas en la industria cinematográfica, sobre todo las dedicadas al género de terror. Espero que la información recopilada te haya provocado cierta nostalgia, y que te induzca a revolver en tu viejo baúl y disfrutar de nuevo de obras inmortales como 'Hello, Mary Lou' o 'El Padrastro II'.

Las grandes sagas del cine de terror

Título (Personaje)	Películas
Viernes 13 (Jason Voorhees)	10
Amityville (Casa embrujada)	9
Witchcraft (Varios)	8
Halloween (Michael Myers)	7
Los chicos del maíz (Niños)	7
Puppet Master (Varios muñecos)	7 (y un crossover)
Hellraiser	5
La Matanza de Texas (Leatherface)	5
Muñeco Diabólico (Chucky)	4
Phantasm (El hombre alto)	4



Santiago Eximeno sufre un envejecimiento progresivo año tras año, y cada vez es más consciente del poco tiempo de que dispone para realizar todos sus proyectos. Al menos, espera poder ver en el cine el estreno de la película que espera con mayor impaciencia: "Friday the 13th XIII: Red und Dante".

Las noticias de

BEM

CIENCIA FICCIÓN Y FANTASÍA

Noticias extractadas de la página web de BEM (<http://www.bemmag.com>) con permiso de los autores

Convocado el primer concurso de relato breve "Ciencia Infusa"

Bases del 1er concurso de Relato Breve de Ciencia Ficción CIENCIA INFUSA.

El programa Ciencia infusa de Radio P.I.C.A te invita a participar en el primer concurso de relato breve de ciencia ficción Ciencia Infusa.

Los relatos deben estar escritos por una cara, en castellano y su extensión no debe pasar de siete folios.

El tema es la ciencia ficción y el futuro.

El relato ganador será publicado en *Pórtico Luna* [Porticoluna](#), leído en el programa Ciencia Infusa y obsequiado con un libro de ciencia ficción.

El relato finalista será publicado en *Pórtico Luna* y leído en el programa "Ciencia Infusa".

El resto de relatos serán todos leídos en el programa, siempre y cuando cumplan con los requisitos anteriormente citados.

Para participar, enviar los relatos a cienciainfusa@porticoluna.org o al Apartado de Correos 9242, 08080 de Barcelona, indicando en el sobre Radio P.I.C.A, a la atención de Ciencia Infusa.

El plazo de entrega de los relatos en castellano, a doble espacio, en una cara y de 7 folios como máximo, termina el 15 de febrero de 2002.

Los relatos ganador y finalista se darán a conocer a finales de Febrero (con previo aviso) a través de correo electrónico y en el programa Ciencia Infusa.

Los miembros del jurado de este concurso son Raquel Malagón, Ángel F. Bueno y Juan Nicho, y han sido elegidos directamente por Musidora (realizadora del programa) por sus cualidades como lectores, escritores y comunicadores.

Recomendamos a todas aquellas personas que conozcan a alguno de los miembros del jurado, el uso de seudónimo.

Nota final: Cualquier aclaración o pregunta sobre este concurso debe realizarse directamente a los organizadores. Ciencia Infusa (información alienígena) sale en antena los jueves a las 15:35 y 19:45 en Radio P.I.C.A 96.6 f.m de Barcelona.

23 de diciembre de 2001 (12:15:20)

II Premio Barbara Ansón de Narrativa Breve.

BASES DEL II PREMIO BÁRBARA-ANSÓN DE NARRATIVA BREVE

01.- La dotación del Premio es de 500.000 pesetas, como premio único e indivisible.

02.- Podrán concurrir a la presente convocatoria estudiantes universitarios de hasta 27 años con trabajos inéditos en lengua española, de extensión no superior a los 20 folios a doble espacio. Se admitirán dos relatos por autor, indicando el orden de preferencia.

03.- Deberán remitirse en sobre cerrado, un original y tres copias firmadas (que no serán devueltas). Los que lo prefieran podrán enviar esos relatos por correo electrónico a la siguiente dirección: barbaraanson@mixmail.com.

04.- Se incluirá la edad, nacionalidad, dirección postal, teléfono, estudios, curso, Facultad y Universidad del interesado. En caso de resultar seleccionado se solicitará la acreditación oficial de los datos señalados anteriormente.

05.- Plazo de entrega de originales: hasta el 15 de febrero de 2002. Deben remitirse a la siguiente dirección: Premio BÁRBARA-ANSÓN de Narrativa Breve, c/ Conde de Aranda, 14-3º izda. 28001 Madrid. E-mail: barbaraanson@mixmail.com.

06.- El cuento premiado, así como los que hayan obtenido las mejores puntuaciones, se ofrecerán a la editorial PALABRA -con amplia difusión en Hispanoamérica- para su posible publicación en la colección Astor.

07.- La entidad responsable es la FUNDACIÓN ARTE Y LETRAS que nombrará el Jurado, cuyo fallo, emitido el 30 de abril de 2002, será firme e inapelable.

08.- La FUNDACIÓN ARTE Y LETRAS, permite a todos aquellos participantes en la primera convocatoria del Premio BÁRBARA-ANSÓN que presenten sus nuevas narraciones.

09.- Sólo se mantendrá correspondencia con los autores seleccionados.

Nota: Para cualquier aclaración sobre estas bases, contactar directamente con los organizadores.

19 de diciembre de 2001 (20:05:59)

Programa actualizado de la VIª Trobada de ciència-ficció de Mataró.

Divendres dia 25 de gener del 2002.

A les 8 del vespre, Acte inaugural, una conferència a càrrec d'en Manuel Delgado: "L'edat obscura: Entorn dels llandars històrics". Lloc: Foment Mataroni.

Dissabte dia 26 de gener del 2002

A 2/4 d'11 del matí, conferència d'en Claudio Landete: "Civilitzacions alternatives". Lloc: Foment Mataroni.

A 2/4 d'1 del migdia, conferència d'en Lluís Fonseca: "Els forats negres a l'espai: ciència ficció i realitat". Lloc: Foment.

A les 2 de la tarda, Dinar de la 6ª Trobada al restaurant La Teulada.

A 2/4 de 5 de la tarda, en Pedro Garcia Bilbao farà un Cafè-col·loqui que portarà per títol: "Una ullada a la SF a la resta d'Espanya", a la llibreria Robafaves.

A les 6 de la tarda, conferència d'en Miquel Barceló (títol sense concretar encara). Lloc: Foment.

A les 8 del vespre, en Jordi José i en Manel Moreno donaran la conferència: "Ciència i tecnologia a la Terra Mitjana". Lloc: Foment.

Diumenge dia 27 de gener del 2002

A 2/4 d'11 del matí, en Toni Segarra farà la presentació de les novetats editorials de l'any 2001. Lloc: Foment.

A 2/4 d'1 del migdia na Victòria Cirlot farà la conferència: "Projecció del món medieval cap el futur". Lloc: Foment.

Seguidament en Remigi Herrero farà el repartiment de guardons del Premi Manuel de Pedrolo 6 i l'acte de clausura. Lloc: Foment.

Nota: El divendres 11 de Gener del 2002, a les 8 del vespre, al Foment Mataroní inauguració de l'exposició Ciruelo Cabral que podrà ser visitada cada dia de 7 a 9 del vespre fins el dia 6 de febrer.

19 de diciembre de 2001 (19:46:56)

Creado el nuevo premio "El melocotón de plata".

El premio "Melocotón de plata" se otorgará anualmente al mejor relato de corte fantástico publicado originalmente en castellano a lo largo del año 2001 en España.

El premio estará compuesto por una placa conmemorativa (o pequeña estatua) y una dotación económica (más simbólica que otra cosa) de 100 euros.

El principal atractivo del premio será el reconocimiento, ya que se otorgará por la votación de los editores de revistas y colecciones de libros que actualmente se editan en España, así como los coordinadores de las distintas páginas web dedicadas al género fantástico y que más movimiento tienen. Así, el jurado estará compuesto por todos los editores/coordinadores más activos, y el principal valor del premio será su reconocimiento, ya que el relato ganador será votado por la mayoría de los editores, lo cual siempre es un reconocimiento doble.

16 de diciembre de 2001 (18:47:42)

Se prepara *Star Trek: Nemesis*, la décima entrega de la saga Star Trek.

Paramount Pictures ha confirmado que se ha comenzado a trabajar en sus estudios de Los Angeles en la décima entrega de la popular serie Star Trek, que llevará por título *Star Trek: Némesis*. Los protagonistas serán los mismos que protagonizaran la serie *Star Trek: The Next Generation* y el director en esta ocasión será Stuart Baird.

Parece ser que el argumento, en líneas generales, será el siguiente: En la boda del primer oficial, Wil Riker, con la consejera Deanna Troi, la Enterprise es requerida para una delicada misión diplomática. Los romulanos, enemigos de la Federación durante décadas, han mostrado su interés en iniciar negociaciones con vistas a su futura integración en dicha organización. Pero a su llegada al planeta Rómulo, la tripulación de la Enterprise descubrirá que, en realidad, se trata de un complot para destruir la Tierra.

16 de diciembre de 2001 (18:27:42)

Oficializada la compra de Ediciones Minotauro por el gigante editorial Grupo Planeta.

En conferencia de prensa, José Manuel Lara Bosch y Francisco Porrúa comunicaron ayer a los medios la compra de Ediciones Minotauro por parte de grupo Planeta. Esta noticia ya había sido anticipada hace algunas semanas por *BEM*, aunque parece ser que ciertas discrepancias en algunos puntos del protocolo de compra habrían retrasado algo su consumación.

Ediciones Minotauro es la propietaria de los derechos de la obra del escritor J.R.R. Tolkien en castellano, autor de la celebrada trilogía de *El señor de los anillos*, cuya adaptación cinematográfica de la primera parte se estrenará en España la próxima semana.

Segun afirmaba Porrúa "De la trilogía de Tolkien hemos vendido sólo en el último año un millón de ejemplares, que se suman a otros tres millones desde que empezamos a publicarla en 1977". Ahora es de prever que todo el merchandising que genere el film se canalizará a través de las redes de distribución de Planeta

José Manuel Lara Bosch, consejero delegado de Planeta, manifestaba: "Teníamos un hueco en materia de ciencia ficción y fantasía, y esta compra lo llena muy bien. Además, admiramos a Porrúa desde hace años y nos hace ilusión poder apoyar su labor con nuestra infraestructura".

Ediciones Minotauro, que fue fundada por Porrúa en 1954 en Buenos Aires y que se trasladó a Barcelona en 1977, cuenta en su fondo editorial con obras de Ray Bradbury, J.G. Ballard, Brian Aldiss, Arthur C. Clarke, Kim Stanley Robinson, Stanislaw Lem y Ursula K. Le Guin, entre otros muchos, y facturó el año pasado 1.600 millones de pesetas. No se ha hecho público el importe de la operación de compra-venta.

El nuevo director de Minotauro pasa a ser Francisco García Lorenzana, procedente de Círculo de Lectores, aunque está previsto que Porrúa continúe como asesor editorial al menos tres años más.

13 de diciembre de 2001 (18:35:02)

Preparativos para *Terminator III*

Arnold Schwarzenegger puede llegar cobrar 30 millones de dólares USA (unos 33 millones de Euros) por protagonizar la tercera parte de *Terminator*, que está previsto que comience su rodaje el próximo mes de abril.

Parece ser que la acción de *Terminator III* transcurrirá 10 años después de los hechos sucedidos en *Terminator II: El día del juicio final*, con un John Conner de veintitantos años y un nuevo androide que querrá destruirlo, en este caso una Terminatrix de sexo femenino y multimorfa.

El director de *Terminator III* será Jonathan Mostow y está previsto que el rodaje y postproducción se alarguen ocho meses.

12 de diciembre de 2001 (19:40:06)

A punto de rodar otra miniserie sobre la saga de Frank Herbert, *Dune*

Producida como la anterior miniserie por SCI FI Channel, está previsto que *Children of Dune*, la continuación de *Dune*, la célebre novela de Frank Herbert, comience a rodarse en Praga en abril del año próximo y que se estrene en el transcurso del 2003.

John Harrison ya está trabajando en el guión, que estará basado en las novelas *El mesías de Dune* e *Hijos de Dune*, la segunda y tercera novelas de la saga.

La miniserie anterior, *Dune*, fue el programa más visto en la serie de SCI FI Channel en toda su historia.

12 de diciembre de 2001 (19:19:34)

Ya está a la venta el número 1 de *Maelstrom*

El Grupo Editorial AJEC (editor de la revista *Valis* y de la colección de libros Albemuth), lanza el número 1 de *Maelström*, publicación dedicada al mundo del cómic.

En el número 1 se pueden encontrar los siguientes contenidos:

Cómics: "Down Under Below", por Francisco Javier Gamboa, "Involución", por Marco Antonio Santacruz, "Guerra Interplanetaria", por Josep Ruíz y Juan Antonio Fernández, "Sucia conciencia", por Ricardo Sánchez, "Franky", por Julio Fernández, "Caperucita Roja II", por Pablo A. Sánchez Nogueiras y "El Anticuario", por José Miguel Martín.

Artículos: "Cómo ser un Superhéroe", por Mark Leigh y Mike Lepine, "Hellblazer", por Ana Soriano Martín, "Historia de la EC", por Francisco Fernández y "Bestiario", por Raúl González y José Antonio Malagón.

Maelström 1, lleva fecha de diciembre de 2001, tiene portada a color, 40 páginas y cuesta 1.65 € (275 pesetas).

Para más información y pedidos, escribir a: "Maelstrom, apartado 2328, 18014, Granada", o bien a Maelstrom_XXI@yahoo.es

12 de diciembre de 2001 (19:03:05)

Premios Mundiales de Fantasía 2001

Mejor novela (empate): *Declare*, de Tim Powers y *Galveston*, de Sean Stewart.

Mejor novela corta: *The Man on the Ceiling*, de Steve Rasnic Tem y Melanie Tem.

Mejor cuento: "The Pottawatomie Giant", de Andy Duncan.

Mejor antología: *Dark Matter: A Century of Speculative Fiction from the African Diaspora*, de Sheree R. Thomas.

Mejor colección: *Beluthahatchie*, de Andy Duncan.

Mejor artista: Shaun Tan.

Premio especial profesional para Tom Shippey por *J.R.R. Tolkien: Author of the Century*.

Premio especial no profesional para Bill Sheehan por *At The Foot Of The Story Tree: An Inquiry into the Fiction of Peter Straub*.

Premio a la labor de una vida para Philip Jose Farmer y Frank Frazetta.

10 de diciembre de 2001 (20:04:10)

Christopher Priest gana el Premio Utopia 2001.

El Prix Utopia 2001 es un galardón francés que se concede a la labor de toda una vida dedicada a la ciencia ficción.

Christopher Priest fue galardonado con el Prix Utopia 2001 en el transcurso del Utopiales 2001, un festival internacional celebrado en Nantes a principios de noviembre.

Con anterioridad a Priest, otros autores anglosajones que lo habían obtenido habían sido Jack Vance, Brian Aldiss y Frederik Pohl.

10 de diciembre de 2001 (19:47:28)

Celebrada del 6 a 9 de diciembre la EstelCon en Barcelona

Tal y como se explica en su página web:

La EstelCon es la gran reunión que con carácter anual celebran los miembros de la Sociedad Tolkien Española [STE](#)

Es un punto de encuentro para todos los amantes del mundo tolkieniano, en el que se intenta crear un marco de intercambio atractivo, abierto y participativo para todo curioso e interesado.

Además tiene también como objetivo, solventar los trámites de toda asociación legal (asamblea general de socios, aprobación del curso anterior, etc.).

Etimológicamente su nombre se compone de dos partículas: Estel (que significa Esperanza en el idioma élfico que Tolkien inventó) y Con (de Congreso).

Esta gran fiesta también recibe otro nombre, el de "Mereth Aderthad" o Fiesta de la Reunión, celebrada por Fingolfin en Eithel Ivrin en el año 21 de la Primera Edad, a la que asistieron los Sindar y los Noldor de toda Beleriand excepto de Doriath, fue una ocasión de reunión y camaradería.

La Estelcon se celebra en el Centre Cultural Les Corts situado en la C/Masferrer, 33-35, donde se dispone de diversos espacios para realizar las actividades.

9 de diciembre de 2001 (10:11:43)

El señor de los anillos exhibirá trece copias dobladas al catalán.

El señor de los anillos: la comunidad del anillo, la película de Peter Jackson sobre la obra de J.R.R. Tolkien y que llegará a las pantallas españolas el próximo día 19 de diciembre (con preestrenos en Madrid y Barcelona el 18), se exhibirá en 376 copias dobladas al castellano, cuatro en versión original subtitulada al castellano y otras trece copias dobladas en catalán.

El título de la película en este idioma será *El senyor dels anells* y no está prevista que se distribuya ninguna copia en versión original subtitulada en catalán.

Viaje Onírico a la sala del millon de esferas

Por Txisko
Comentario del autor

‘Cogito, ergo sum’, Rene Descartes (1596-1650)

Todavía no sé cómo describir lo de anoche. Llamarlo revelación quizá sea demasiado presuntuoso... pero de alguna manera tendré que describirlo. Aunque la verdad es que aun no estoy seguro de si todo lo que vi y sentí no fue más que la consecuencia de la borrachera con la que llegué a casa. De todas formas ese sueño, por llamarlo de una manera que me permita mantener la distancia, está produciendo en mí alucinaciones que van más allá de la simple resaca tras una noche de juerga bestial. ¿Alguna vez se ha visto que el alcohol tenga efectos semejantes veinticuatro horas después de su ingesta? Porque eso es lo que a mí me está ocurriendo ahora: contemplo cosas que no pueden ser ciertas, que deseo con todas mis fuerzas que no sean reales. Si lo son... ¡dios, ayúdame!

Aunque si me pongo en el otro extremo, el del crédulo, debería llamar a todo lo que me ocurre pruebas, hechos que aseguran la realidad de lo de anoche.

Pero no: por mi salud mental, por mi cordura, intento ser neutral. Necesito analizar los acontecimientos que me rodean con una visión objetiva.

Permanezco tumbado en la cama. El tic-tac del reloj me arroja a la realidad: ha transcurrido casi día y medio desde la conclusión de la fiesta. ¿Será en el fondo resultado de la maría que tomé? Me parece del todo imposible. Si, era la primera vez que la tomaba, pero... Nunca he oído a ninguno de mis amigos contarme algo similar a lo que ahora me ocurre.

Tic, tac, tic, tac: el tiempo pasa y los recuerdos, entremezclados con lo que veo, me acosan.

Esto debe ser una resaca, únicamente debe ser eso, un mal pedo. Debe serlo.

Madre mía, ¿que me está pasando? ¿Fue realmente un sueño?

Miro a mi alrededor, y los trazos fantasmales que se desdibujan y se vuelven a trazar sobre las paredes, en el techo, por todas partes, me hacen regresar al sueño, a ese extraño, increíble, aterrador sueño.

Pero, ¿fue realmente un sueño?

Cuando desperté, en un primer momento, aun bañado en sudor frío y con un grito pugnando por salir de mi garganta, temí no haber salido realmente de aquel maldito lugar. Pero la mirada de fiera Eddie frente a mi cama, disparando a los Stukas alemanes en el póster de Aces High. Junto a él ese Conan salvaje y futurista, dispuesto a despedazar maquinas vivientes, del póster del Warmaster. Sí, estaba en mi querida y conocida habitación. Poco duró la calma, el tiempo justo como para que mi mirada se enfocara y empezara a ver eso, el fantasmal rastro del sueño, convertido en pesadilla insertada en mi realidad. ¿Es todo esto real? Si así es, como ya me temo, me encuentro ante algo que traspasa los velos del tiempo y del espacio, una revelación digna de Cristo, Buda, o Zoroastro.

¡Dios, tengo miedo, pánico, ante lo que me puede deparar el futuro! Si esta visión resulta ser mucho más que eso, una simple visión, y su terrible significado es autentico... ¿Por qué ha de recaer sobre mis hombros este esto? Mis ojos desorbitados escrutan estas paredes que han sido durante los últimos años mi dormitorio. Contemplo con horror en cada rincón las pruebas, ciclopeas, de que el sueño ha sido real, pavorosamente real. No puedo hacer nada sino resignarme: he sido elegido. No tengo escape frente a la visión que el destino me ha aportado. No puedo meter la cabeza bajo tierra, ya que ¡incluso allí vería las señales! No

puedo escudarme en creer que quizá todo ha sido simplemente un mal sueño, un mal sueño del que pronto despertaré.

Dios, querría despertar; mas es inútil, lo sé.

Quizá pueda encontrar una explicación a todo esto volviendo allí donde todo empezó, en el principio de la visión.

Tengo miedo.

Pero debo hacerlo, por mi cordura, debo hacerlo. Remontar el turbulento río de mi memoria hasta la fuente de mi maldición. Así, regreso mentalmente a aquel vestíbulo de la revelación. El mero hecho de recordar aquello no hace sino convencerme más de su veracidad. Las imágenes fluyen intensas, llenas de vitalidad, como nunca antes había sido. Sé que esto es otra prueba de la verdad. El recuerdo es nítido y cristalino, tanto que el sólo hecho de intentar negarlo duele. Allí estoy, flotando sobre aquel aterreno paraje, embargado con su extraña belleza. Su esencia es tan extraña, tan única, que su simple evocación desencadena la visión en su totalidad. Ella me toma en sus brazos con ternura, como una madre meciendo a su temeroso hijo en sus brazos. En ningún momento es inconsciente de que la causa de los terrores del niño es la misma madre. El infante (yo mismo) no tiembla por aquello de lo que se supone que le quieren proteger, sino por la mera naturaleza del protector.

El sueño me envuelve, y yo me veo incapaz de escapar a su hipnótico y aterrador abrazo. Intenso, realmente intenso.

Vuelvo a encontrarme rodeado de esa oscuridad absolutamente solitaria. Decir que me rodea la nada sería decir que me rodea algo. Sin embargo el vacío, la negrura en la que estoy sumergido, es mucho más vacío y sin sentido que lo representado en el término vacío. Es en esa soledad absoluta en la que, con una secuencia de flashes de información de altísima densidad, se inicia la desconcertante narración de los hechos ajenos a nuestro tiempo y espacio que me ha dejado en este patético estado.

Fugaces y recargadas imágenes invaden infinitesimalmente el vacío. Una primera me cuenta cómo, antes de que el tiempo fuera tiempo, el Vacío tomó conciencia del Ser, y el Vacío Fue. Otro flash narra cómo en su soledad primigenia aprendió el oficio de demiurgo creador, capaz de moldear la realidad a su antojo. Una nueva imagen me explica cómo creó una raza de semidioses para que le hicieran compañía y le amenizaran con sus vidas; aquellos seres, dotados de un poder increíble, no eran para ese demiurgo sino simples damas de compañía. Sus funciones consistían en agradar con su presencia al Padre, entablando debates, discusiones, comentándole acerca de sus logros, sus progresos en el estudio de la nueva realidad. En definitiva, habían sido creadas para compartir sus existencias con el eterno solitario. Otro relámpago de información me narra la Edad de Oro de la comunidad, cuando todo era armonía y alegría y el Padre, ansioso por compartir, creaba nuevos semidioses: el chisporroteo de una nueva alma viendo la luz de la existencia era su mayor triunfo, y el contemplar el progreso de esa nueva vida su mayor satisfacción. Gracias a esos flashes de información casi puedo sentir lo mismo que ese Padre mitológico: me saturó con el desbordante manantial de alegría que es contemplar los avances de sus Hijos. Mi alma es feliz como nunca lo ha sido antes en su contacto con los días en los que el Paraíso era única y total realidad, y no la mitad yuxtapuesta al Infierno que desde niño me han enseñado.

Pero, como en todo cuento de hadas que se precie, los días de gozo y deleite estaban contados. La estampa bucólica se descorrió ante mis ojos para quedar nuevamente cegado por el abismo. Otra vez el Vacío absoluto me rodeaba, devorando todo resto del paraíso: ya no me mecían las ondas de alegría de la Edad de Oro. Mi alma gemía retorciéndose por los ecos de un tiempo que quizá nunca volvería. Aquella época había sido segada por el cruel filo de la soledad, de la nada que parecía volver a tomar lo que en un principio fue suyo. Nadie que no haya tenido esta visión del Paraíso es capaz de describir el agónico sufrimiento, la infinitamente dolorosa herida que se abre en el alma cuando se es arrojado de él, exiliado de la Gloria absoluta de la comunión con el Creador al vacío primero. Yo me sentía como un ángel expulsado del paraíso. Y realmente eso era en el sueño, un pintor cegado justo tras culminar su obra maestra.

Pero ahí está la madre visión, apaciguando mi alma, haciendo más llevadero el dolor.

Poco a poco vuelo a acostumbrarme a la oscuridad, a la desolación de la que todo surgió, sólo para descubrir que ya no es tal desolación sino una letanía de tenues centellas contrastando su brillo contra el ter-

ciopelo de la nada. El tiempo, fluyendo adormecido, permite a mis ojos percibir los detalles del nuevo paisaje. Las centellas en realidad son una cuasi infinita serie de esferas luminiscentes, alineadas hasta donde alcanza la vista en filas y columnas, según una descomunal cuadrícula tridimensional. Las esferas, en número incontable, emiten su pálida luz sin variaciones en la intensidad la mayor parte del tiempo, aunque de vez en cuando surgen de ellas rayos que las conectan, una especie de arcos voltaicos de desconocida naturaleza.

Incapaz de siquiera imaginar el significado de esta extraña escena, dejo que la visión siga su curso. Ahora trata de centrarse en apreciar más detalles del paisaje que me rodea. Las esferas parecen ser, si puedo fiarme de mis oníricas percepciones, de una especie de vidrio pulido, y tienen aproximadamente un metro de diámetro. El brillo que despiden no es propio, sino que reside en una materia semejante al plasma encerrada en su interior, pulsante e inquieta, una sustancia que parece querer salir de las esferas para apoderarse del espacio y llenar con su luz la negrura del vacío. Para devorarlo. Parece ser que cuando esos intentos se hacen más intensos es cuando surgen los arcos voltaicos. Éstos tanto pueden tocar las esferas compañeras, recorriendo lo escasos diez metros que las separan, como prolongarse por cientos o miles de metros para alcanzar otras esferas. La exactitud con que los arcos viajan buscando su objetivo en estos últimos casos no deja de producirme cierta inquietud: tengo la impresión de que cierta inteligencia los gobierna.

Pero no puedo detenerme a estudiar este sorprendente hecho ya que mi visión continúa, esta vez en forma de una voz artificial. En este momento ya no me sorprende casi nada, ni siquiera el descubrir que me está hablando un ser cuya voz es idéntica a la que les ponían a los ridículos robots humanoides de las antiguas películas de los cincuenta. La voz artificial llega inconexa y con un gran estática, recordándome la emisión de una emisora de radio distante en plena tormenta, salpicada de crujidos y silencios. El mensaje es desconcertante y críptico:

Libérate... <Estática>...ibera a todos tus hermanos, que so... <Estática>...ara que reinstaures la Edad Dorada que precedió a la llegada del tiempo, y a... <Estática>...Yo estoy contigo, seré tu guía en... <Estática>...contempla bien la realidad y discierne las mentiras que en todos vosotros han sembrado y... <Estática>...tus carceleros y tus hermanos sois de la misma esencia... <Estática>...sois en igual poderosos a ellos, pero estáis cegados por el velo qu... <Estática>...contempla la Sala del Millón de Esferas como prueba de mi Verdad y libérate par... <Estática>...iempre evita a tus carceleros, porq... <Estática>...contempla ésta mi Visión y huye rápido, ya que si continuas te descubrirán... <Estática>...huye, hijo mío, y recuerda lo visto porque de ti dependen todos tus hermanos. Huye ya y libéralos. Reinstaura la Edad de Oro...

Así concluye el discurso de esa voz de peli pulp, dejándome desconcertado en esa "sala del millón de esferas", como la llamó. ¿Qué quiso decir con que esa sala es la verdad? Y eso de liberar, ¿a quién debo liberar?, es más, ¿qué es eso de que debo liberarme a mi mismo? ¿Liberarme de qué? Y esos carceleros de los que habla, dice que somos igual de poderosos que ellos: ¿que somos quienes?, ¿yo y quién más?

No entendía nada de nada, todo parecía un demente sinsentido, la fantasía de un loco prisionero de su deslumbrante imaginación. Pero por mucho que repitiese para mí que todo ello no tenía sentido, una apremiante necesidad de huir había tomado mi alma al asalto. Sin embargo mi yo racional no dejaba de preguntarse una y otra vez ¿huir de qué?, y es más, ¿huir adónde?

Sabía que de alguna manera la solución a todo el enigma estaba frente a mí, resplandeciendo entre aquel millón de esferas. Quizá saltando de una a otra como jinete del rayo. Debía aprovechar todo el tiempo que mi visión me diera para estudiar esas esferas. Las observé de cerca, esperando aportar algo de luz a mi oscuridad de dudas a través de lo que residía en sus interiores resplandecientes, mas fue en vano. Los arcos voltaicos - ya los había denominado así, fueran lo que fuesen - me estaban vedados al estudio: su caprichosa naturaleza, impredecible, me impedía acercarme a una de sus esferas origen o destino.

El tiempo pasó tratando de encontrar las respuesta, mientras la urgencia en mi interior por huir crecía más y más. ¡Estúpido de mí, que no hice caso a la sabia voz del Padre y que no escapé al momento! ¡Por mi curiosidad he traído a mí la eterna desgracia y el sufrimiento sin fin! Había permanecido observando un grupo concreto de esferas esperando el surgir de un rayo, pero lo que contemplé, sorprendido, salir de una de ellas fue algo muy diferente, terriblemente novedoso. Ante mí vi cómo aparecía desde el interior de una de las bolas de cristal una forma fantasmal, aparentemente de la misma materia plasmática que el interior de las esferas. Sin embargo ésta poseía un brillo aun más potente. La masa de energía salió completamente de la esfera para dirigirse a otra. Al parecer no se había apercibido de mi presencia. Con una mezcla de alegría y temor admití

que ante mí tenía la primera muestra de vida -en mi interior sabía que era eso, VIDA- manifestada en la visión desde mi llegada a la sala, excepción hecha de la extraña voz metálica.

Mi curiosidad era mayúscula.

¡Maldita la hora en la que decidí acercarme a contemplar la criatura con más detalle! Sin duda fue mi movimiento lo que puso sobre aviso a ese ser de luz, porque no bien floté un centímetro hacia él cuando una onda de emociones me invadió. Creo que ambos quedamos en un principio desconcertados: él sin duda porque no esperaba encontrar a nadie como yo allí, contemplándole de tú a tú. Yo horrorizado ante el torrente de odio, ansia de poder y maldad que aquel ser irradiaba sobre mi alma. En ese momento de confrontación ante lo desconocido quedé paralizado, de tal manera que apenas pude sentir la llamada que el ser de luz hacía a todos sus iguales, pidiéndoles ayuda contra el intruso. Contra mí.

La única explicación por la que continúe vivo y pueda narrar mi visión es gracias a la ayuda de Aquel que Somos Todos en Él, el Padre con voz de robot que me susurraba "huye, hijo mío, huye ahora y liberales a todos". Gracias a Él tuve el conocimiento para diferenciar una esfera concreta de entre el millón que había en la Sala y flotar a la velocidad de la luz hacia ella. Pero para entonces, cuando me encontré seguro en el interior de aquella esfera -de mi esfera- mi alma ya había sido presa de aquel ente. Ese ser, con mandíbulas que no eran terrenas, me había desgarrado un pedazo de alma, en un increíble intento de devorarla.

Pero gracias a la guía del Padre me vi lanzado fuera de la visión para encontrarme sobre mi cama deshecha. Allí estaba otra vez, desnudo y empapado en mares de sudor, contemplando las cuatro paredes de mi habitación. Una y otra vez trato de convencerme de que todo no es más que el efecto de una mala resaca, el resultado de un exceso de maría en un organismo no acostumbrado a ella. Pero la increíble manipulación de la realidad que se desprende de mi revelación sé que escapa a las cualidades imaginativas de mi mente. ¡A que mente trastornada se le ocurriría pensar que quien más cerca estuvo de la Verdad fue Descartes: que nuestro mundo no es sino la fantasía creada por una mente encerrada en sí misma y que traza la realidad inconscientemente a su propio designio! ¡A quién se le podría ocurrir el creer que todo lo que nos rodea, madre, padre, familia, amigos, la entera vida, no es más que la invención de la mente de un semidiós confinado en una esfera de cristal por toda la eternidad, incapaz de relacionarse con sus otros hermanos, igualmente encerrados en otras esferas de cristal, todo ello dentro de una sala fuera del tiempo y del espacio! Más aun: ¡que visionario demente concebiría unos carceleros en esencia iguales a los presos, pero que mediante engaños les han encerrado en dichas esferas para así alimentarse de las energías que éstos, en sus prisioneros sueños, conjuran en forma de violencia, sexo, dolor, religión, guerra, fanatismo y demás calamidades!

Nada de esto tiene sentido. Todo debe ser el resultado de una mala borrachera. NO PUEDE SER VERDAD.

Dios, ¿porqué me ha tenido que pasar a mí esto? Quiero que todo sea una fantasía mía, pero en el fondo sé que no lo es. ¿Cómo convencerme de la falsedad de mi visión cuando, de una manera que se me escapa, puedo ver mi alma desgarrada por las fauces de aquel corrupto hermano mío? Su recuerdo, aquellas fauces deformes de afilado odio, me recuerdan al horro proveniente de Tíndalos, de cuando el tiempo no era tal. Pero ese horror descrito en un antiguo relato nunca fue nada comparado con el que me acecha.

Creo que se me ha encomendado una misión. No sé cómo, pero siento sobre mis hombros el peso del universo:

Él ha confiado en mí para revelar su amargo destino, y no debo defraudarle. En todo esto debe haber una clave, pero en mi recién nacida conciencia los detalles escapan: esos arcos voltaicos...



*'... Cierta genio maligno, tan astuto y engañador
como poderoso que ha empleado toda su habilidad en engañarme'
Rene Descartes (1596-1650).*

Mira... pero no observes

Por Robert J. Sawyer

Traducción de Graciela Inés Lorenzo / Sebastian Font

Ilustraciones de Jose Maria Serrano Chica

Todos los derechos reservados, publicado con permiso del autor

Originalmente publicado en la antología *Sherlock Holmes in Orbit*, editado por Mike Resnick y Martín H. Greenberg (DAW, 1995); autorizado por Dame Jean Conan Doyle.

Ganador de los Foros Compuserve Science Fiction y Fantasy.

Premio al Mejor Relato Corto en la Sixth Annual Homer Award y Le Grand Prix de L'Imaginaire, el premio más importante de la ciencia ficción francesa, por el Mejor Relato Corto Extranjero del Año.

He sido enviado hacia el futuro, por delante de mi compañero. No hubo ninguna sensación asociada a la transferencia temporal, a excepción de un latido dentro de mis oídos que, según se me dijo, se debía a un cambio de presión en el aire. Una vez llegado al siglo XXI, mi cerebro fue explorado para producir, gracias a mis recuerdos, una perfecta reconstrucción de nuestras habitaciones en el 221B de la calle Baker. Detalles que no podría haber recordado, o articulado en forma consciente, estaban reproducidos exactamente: las paredes empapeladas con diseños en columna, la alfombra de piel de oso colocada frente al hogar, la silla tapizada y el sofá, la cesta del carbón, e incluso la vista desde la ventana. Todo estaba perfecto, hasta en su más mínimo detalle.

En el futuro, era esperado por un hombre llamado Mycroft Holmes. El afirmaba no tener relación alguna con mi compañero, y me aseguró que su nombre era tan solo una simple coincidencia, aunque aceptó que ese hecho era el motivo por el cual el estudio de los métodos de mi socio se había convertido en su principal pasatiempo. Le pregunté si tenía un hermano llamado Sherlock, pero su respuesta no tuvo sentido para mí: “Mis padres no fueron tan crueles”

De cualquier modo, este Mycroft Holmes (que era un hombre pequeño de cabello rojo, y cuyo carácter era bastante diferente al del negro y amargo espíritu del individuo de igual nombre que yo conocí doscientos años atrás) quería saber qué detalles serían los adecuados antes de transportar a Holmes desde el pasado hasta aquí. “El es un genio —me dijo—, pero a un paso de la locura”. Y comprendí que, a pesar de que yo había llegado al futuro en buen estado, mi compañero podría sentirse desfavorablemente afectado por la experiencia.

Cuando Mycroft trajo a Holmes, lo hizo con sumo cuidado, transfiriéndole en el preciso momento en que éste cruzaba el umbral de la puerta de entrada del verdadero 221B de la calle Baker, insertándole en el duplicado creado aquí para tal efecto: pude escuchar la voz de mi buen amigo en la planta baja, dándole los buenos días a la réplica de la Sra. Hudson. Sus largas piernas le trajeron rápidamente hasta nuestro humilde cuarto, como era habitual.

Yo esperaba por su parte un cordial saludo, consistente, quizá, en un entusiasta aullido del tipo “¡Mi querido Watson!”, y posiblemente un fuerte apretón de manos, o cualquier otra demostración de camaradería. Pero no hubo nada de eso, por supuesto. La situación no era como aquella vez que Holmes regresó tras tres años de ausencia, durante los cuales creí que estaba muerto. No: mi amigo, cuyas hazañas he tenido el honor de relatar durante años, no sabía durante cuánto tiempo habíamos estado separados, de modo que la única recompensa a mi espera no consistió más que en una inclinación distraída de su rostro demacrado. Cogió un asiento y se arrellanó en él con el periódico de la tarde en las manos. Aunque al cabo de unos minutos, lo bajó de golpe.

—Demonios, Watson. Ya he leído esta edición ¿No tenemos el diario de hoy?

Yo, hasta ese momento, no más que hacer que aceptar el nada familiar papel que ese extraño destino me estaba imponiendo: nuestras tradicionales posiciones habían sido invertidas, y tenía que explicárselo a Holmes.

—Holmes, amigo, me temo que ya no se publican periódicos.

Un gesto de disgusto apareció en su rostro, y sus ojos grises, muy claros, se encendieron.

—Creí que cualquier hombre que hubiese pasado tanto tiempo en Afganistán como lo has hecho tú, Watson, sería inmune a los estragos del sol. Te concedo que el calor de hoy ha sido insoportable, pero normalmente tu cerebro no se confunde con tanta facilidad.

—No estoy confundido en absoluto, Holmes, te lo aseguro. —dije—. Lo que digo es cierto, aunque confieso que mi reacción fue la misma que la tuya cuando me lo dijeron. No ha existido un solo periódico durante los últimos setenta y cinco años.

—¿Setenta y cinco años? Watson, este ejemplar del Times está fechado el catorce de agosto de 1899... ayer.

—Me temo que eso no es del todo cierto, Holmes. Hoy es cinco de junio del año de Nuestro Señor 2095.

—Dos mil...

—Suenas descabellado, lo sé.

—Es descabellado, Watson. Se que te llamo 'viejo', pero se trata de una expresión de afecto. Tu no tienes ni por asomo doscientos cincuenta años de edad.

—Posiblemente yo no sea el hombre más cualificado para explicarte esto —dije.

—No —dijo una voz desde la entrada—. Permítame.

Holmes le miró a aquella persona de pies a cabeza.

—¿Y quién es usted?

—Mi nombre es Mycroft Holmes.

—¡Impostor! —Exclamó mi compañero.

—Le aseguro que no es ése el caso —dijo Mycroft—. Le concedo que no soy su hermano, ni un habitual del Club Diógenes... pero comparto su nombre. Soy un científico, y he empleado algunos principios de la ciencia actual para recogerles en el pasado y traerles hasta mi presente.

Por vez primera en todos los años que le conozco, vi estupefacción en el rostro de mi compañero.

—Es absolutamente cierto —le dije.

—Pero, ¿porqué? —dijo Holmes, abriendo sus brazos—. Asumiendo que esta loca fantasía sea verdad -y no les concedo ni por un instante que lo sea- ¿porqué nos habría secuestrado, a mí y a mi buen amigo el Dr. Watson?

—Porque, Holmes, el juego, tal como a usted le gusta decir, está en marcha.

—Asesinato, ¿no? —pregunté, agradeciendo conocer previamente la razón por la que fuimos traídos al futuro.

—Se trata de algo más que de un simple asesinato, —dijo Mycroft—. Mucho más. En realidad, es el enigma más grande al que jamás se haya enfrentado la raza humana. No es que solamente haya desaparecido un cuerpo... faltan miles de millones. Miles de millones.

—Watson —dijo Holmes—, seguramente reconoces las señales de locura en un hombre. ¿Tienes algo en tu maletín que pueda ayudarle? La población total de la Tierra es inferior a los dos mil millones.

—En tu tiempo, sí —dijo Mycroft—. En la actualidad, estamos en los ocho mil millones. Pero, repito, faltan varios de esos miles de millones.

—Ah, ahora me doy cuenta por fin de lo que usted desea —dijo Holmes, con una chispa creciente en sus ojos a medida que creía que iba recuperando su perdida cordura—. He leído cosas en el Illustrated London News sobre esos... dinosaurios, como el profesor Owen les llama: eran grandes criaturas del pasado, ahora desaparecidas. ¿Es el motivo de esa desaparición es lo que desea que revele?

Mycroft sacudió la cabeza.



—Debería haber leído la monografía del Dr. Moriarty titulada “La Dinámica del Asteroide” —dijo.

—Procuro mantener mi mente limpia de conocimientos inútiles —replicó secamente Holmes.

Mycroft se encogió de hombros.

—Bien: en ese estudio, Moriarty, acertadamente, especula sobre la causa de la desaparición de los dinosaurios: un asteroide en colisión contra la Tierra levantó el suficiente polvo como para oscurecer el sol durante meses. Aproximadamente un siglo después que se planteara por vez primera esa hipótesis, una sólida evidencia de la verdad fue encontrada en un trozo de arcilla. No, ese misterio ha sido resuelto hace tiempo ya. Este es mucho mayor.

—¿Y cuál es, por todos los cielos? —dijo Holmes, con voz irritada.

Mycroft le indicó a mi compañero que tomase asiento, y Holmes lo hizo tras un breve momento de rebeldía.

—Lo que nos interesa a nosotros es referido a la llamada Paradoja de Fermi —dijo Mycroft—. Enrico Fermi fue un físico italiano quien vivió en el siglo XX. Verá, sabemos que en este universo nuestro se debe haber dado origen a innumerables planetas, y que muchos de ellos deben haber generado civilizaciones inteligentes. Podemos demostrar esta probabilidad matemáticamente, utilizando la denominada Ecuación Drake. Sin embargo, desde hace ya más un siglo y medio hemos estado usando la radio —sin hilos, por supuesto— para buscar algún tipo de señal proveniente de esas otras inteligencias. Y no hemos encontrado nada ¡Nada! En contra de lo que la Paradoja Fermi plantea. Por lo tanto, si suponemos que el universo está lleno de vida... ¿Dónde están todos esos extranjeros?

—¿Extranjeros? —dije—. Seguramente cada uno está en su respectivo país.

Mycroft sonrió.

—Esta última palabra tiene distintos significados adicionales desde sus días, mi buen doctor. Por extranjeros quiero decir extraterrestres: criaturas que viven en otros mundos distintos a este.

—¿Como en las historias de Verne y de Wells? —pregunté, seguro de mi expresión era expectante.

—E incluso en mundos situados más allá del sistema de nuestro sol —dijo Mycroft.

Holmes se puso de pie.

—Yo se nada sobre universos, o sobre otros mundos —dijo con gran enfado—. Ese conocimiento no tiene una utilidad práctica en mi profesión.

Asentí.

—Cuando yo conocí a Holmes, él no tenía ni la más mínima idea de que la Tierra giraba alrededor del sol. —No pude evitar una ligera sonrisa—. En aquel tiempo, él pensaba que ocurría lo contrario.

Mycroft sonrió.

—Conozco sus actuales limitaciones, Sherlock. —Mi amigo se retrajo levemente ante trato tan familiar—. Pero eso son solamente pequeñas brechas de conocimiento, que podemos rectificar fácilmente.

—No saturaré mi cerebro de irrelevancias inútiles —dijo Holmes—. Yo solo adquiero el tipo de información que me puede ser de ayuda para el desarrollo de mi trabajo. Por ejemplo, puedo identificar hasta ciento cuarenta variedades de tabaco asíá...

—Oh, bien: puede eliminar entonces esa información, Holmes —dijo Mycroft—. Ya nadie fuma. Se ha podido demostrar que era sumamente perjudicial para nuestra salud —Miré rápidamente a Holmes, a quien siempre he prevenido sobre su actitud auto envenenadora—. Además, hemos aprendido mucho sobre la estructura del cerebro en este espacio de tiempo. Su temor a que la información existente en su memoria sobre campos como la literatura, la astronomía y la filosofía pueden ser desplazados por otro tipo de datos es infundada: la capacidad del cerebro humano para almacenar y recuperar información es casi infinita.

—¿Lo es? —dijo Holmes claramente sorprendido.

—En efecto, lo es.

—¿Y es por ello que desea que yo estudie física, astronomía y todo ese tipo de disciplinas?

—Sí —dijo Mycroft.

—¿Para resolver la Paradoja de Fermi?

—Precisamente.

—Pero... ¿Porqué yo?

—Porque es un enigma. Y usted, mi buen amigo, eres el mejor descifrador de enigmas que el mundo entero haya visto jamás: han pasado doscientos años desde su tiempo, y hasta ahora no ha aparecido nadie que pueda ser considerado un rival para usted.

Mycroft probablemente no lo viera, pero el breve atisbo de orgullo en el rostro de mi viejo compañero fue más que evidente para mí. Aun entonces, Holmes frunció el ceño.

—Necesitaré varios años para acumular el conocimiento que necesitaré para descifrar el problema.

—No, no será así —Mycroft movió su mano, y en medio del habitual desorden del escritorio de Holmes apareció una pequeña hoja de cristal en posición vertical. Y, a su lado, un extraño recipiente de metal—. Hemos logrado grandes avances en la tecnología del aprendizaje desde sus días. Podemos programar cualquier tipo de nueva información directamente en el interior de su cerebro.

Mycroft se acercó al escritorio.

—Este panel de cristal es lo que llamamos “un monitor”. Se activa por el sonido de la voz. Usted simplemente pregunte, y el aparato le mostrará la información requerida sobre cualquier tema que desee. Si encuentra un tema que usted crea le será útil en la investigación, simplemente coloque este casco sobre su cabeza —señaló el recipiente de metal-, diga las palabras ‘carga de tema’, y la información se integrará en las redes neuronales de su cerebro. Parecerá que sabe, que siempre ha sabido, los detalles del campo del conocimiento que haya seleccionado.

—¡Increíble! —dijo Holmes— ¿Y después?

—Después, mi querido Holmes, espero que sus poderes de deducción le lleven a resolver la Paradoja... y revelar, finalmente, lo que puede haber ocurrido con los extraterrestres.

—¡Watson! ¡Watson!

Desperté sobresaltado. Holmes había encontrado irresistible esta nueva capacidad de absorber información, y como ya era tarde en la noche, yo, por supuesto, me había quedado dormido en la silla. Me di cuenta al instante que Holmes había encontrado un sustituto ideal para su adicción a la cocaína: con todo el conocimiento de la creación entera al alcance de la mano, jamás volvería a sentir ese vacío que le destruía poco a poco entre trabajo y trabajo.

—¿Eh? —dije. Mi garganta estaba seca. Había estado durmiendo, evidentemente, con la boca abierta— ¿Qué ocurre?

—Watson, esto de la física es mucho más fascinante que lo que yo me imaginaba. Escucha esto, y dime si no parece una compilación de los casos a los que nos hemos enfrentado hasta ahora.

Me levanté de la silla y me serví un poco de Jerez. Después de todo, todavía era noche cerrada, y la mañana tardaría aun un buen rato en llegar.

—Te escucho.

—¿Recuerdas la habitación cerrada que parecía tan significativa en el terrible caso de La Rata Gigante de Sumatra?

—¿Cómo podría olvidarlo? —dije, sintiendo como un escalofrío recorría mi columna vertebral—. Si no hubiese sido por tu certero disparo, mis días podrían haber terminado de una manera terrible.

—Correcto —dijo Holmes—. Bien: consideremos un tipo diferente de enigma sobre aquel cuarto cerrado, un caso concebido por un físico austríaco llamado Erwin Schrödinger. Para ello, debes imaginar a un gato encerrado en una caja. La caja es de material opaco, sus caras están bien aisladas, y el cierre es tan perfecto que nadie puede observar al gato una vez cerrada la caja.

—Creo que eso no se hace —dije—. ¡Encerrar a un pobre gato en una caja!

—Watson, tu delicada sensibilidad es encomiable. Pero, hombre, presta atención a lo que digo. Imagina que dentro de esa caja existe un dispositivo del tipo gatillo que tiene la misma posibilidad (al cincuenta por ciento) de ser disparado, y que ese gatillo está conectado con un cilindro de gas venenoso. Si el gatillo es disparado, el gas sale y el gato muere.

—¡Buen Dios! —dijo— ¡Qué infamia!

—Ahora, Watson, contéstame a esto: sin abrir la caja, ¿cómo puedes decir si el gato está vivo, o si está muerto?

—Bien... si he comprendido correctamente el planteamiento, eso depende de si el gatillo ha sido disparado o no.

—¡Precisamente!

—Y entonces es posible que el gato esté vivo. Aunque también es posible que esté muerto.

—Ah, mi buen amigo, sabía que no me fallarías: tu interpretación es, como siempre, obvia y ciega. Pero errónea, querido Watson, totalmente errónea.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el gato no está ni vivo, ni muerto. Estamos hablando de un gato potencial, de un elemento no resuelto, de un gato cuya existencia no es nada más que una pregunta sobre posibilidades. No está, ni vivo, ni tampoco muerto, Watson... ¡Ni tampoco muerto! Hasta que algún ser inteligente abra la caja y mire, el gato es un elemento no resuelto. Unicamente el acto de mirar fuerza la resolución de las posibilidades: una vez rompes el cierre y miras dentro, el gato “potencial” se convierte en un gato “existente”. Su realidad es un resultado directo de haber sido observado.

—Esta es la peor palabrería que el tocayo de tu hermano haya soltado jamás.

—No, no lo es —dijo Holmes—. Es el modo en el que el mundo funciona. Han aprendido mucho desde nuestros días, Watson ¡Realmente, han aprendido mucho! Pero tal como Alphonse Karr observó, “Plus ça change, plus c’est la même chose” (“Cuando mas se cambia, más se es lo mismo”). Incluso en ese campo esotérico llamado física avanzada, el poder de un observador cualificado es lo más importante.

Más tarde, desperté nuevamente al escuchar a Holmes gritando.

—¡Mycroft! ¡Mycroft!

En ciertas ocasiones, puede escuchar gritos como éstos en el pasado: cuando su constitución de hierro fallaba y tenía fiebre, o cuando se encontraba bajo la influencia de la maldita aguja. Sin embargo, un momento más tarde pude darme cuenta de que no llamaba a su hermano real, sino que gritaba de esa manera para atraer a Mycroft Holmes, el sabio del siglo XXI. Tan solo unos minutos más tarde, sus gritos fueron recompensados: la puerta de nuestra habitación se abrió, y entró el pelirrojo.

—Hola, Sherlock —dijo Mycroft—. ¿Me buscabas?

—Claro que sí —dijo Holmes—. He estado absorbiendo muchos conocimientos. No solamente sobre física, sino también sobre la tecnología mediante la cual has recreado estas habitaciones para mi y para el buen Dr. Watson.

Mycroft asintió.

—He tenido completa referencia de todo lo que has solicitado. Sorprendentes elecciones, debo decir.

—Pueden parecerlo —dijo Holmes—, pero mi método de trabajo está basado en el seguimiento de nimiedades. Dime si he comprendido correctamente que has reconstruido estas habitaciones tomando ciertas imágenes de la memoria de Watson, y luego empleando, si he entendido bien las palabras, holografía y campos de fuerza micro-manipulados para simular la apariencia y la forma en que vemos todo esto.

—Es correcto.

—Luego... Tu capacidad de reconstruir no está limitada a la recreación de nuestras habitaciones, sino incluso a poder simular cualquier cosa que los dos hayamos visto alguna vez.

—Correcto. De hecho, podría incluirles en la simulación de memoria de cualquier otra persona. Es más, pensé incluso que quizás podría querer ver nuestra Gran Serie de Telescopios Radiales, donde se centraliza la mayor parte de nuestras escuchas extraterrestres...

—Sí, sí, estoy seguro de que es fascinante —dijo Holmes sin el menor interés en la propuesta—. Pero ¿podrás reconstruir para nosotros el lugar del crimen de lo que Watson dio en llamar tan acertadamente “El Problema Final”?

—¿Te refieres a las Cataratas de Reichenbach? —Mycroft estaba pasmado— ¡Por Dios! Sí, pero creí que ésa sería la última cosa que querría revivir.

—¡Acertaste! —declaró Holmes— ¿Lo puedes hacer?

—Por supuesto.

—Entonces, ¡hazlo!

Tanto mi cerebro como el de Holmes fueron explorados, y, en pocos minutos, nos encontramos dentro de una espectacular recreación de Suiza, en el mes de mayo de 1891, hacia donde habíamos huido originalmente para escapar de los asesinos del Profesor Moriarty. Nuestra entrada en el flujo de acontecimientos comenzó en el encantador Englischer Hof de la aldea Meiringen. Tal y como el posadero original había hecho tantos años atrás, su reconstrucción nos solicitó la promesa de que no nos perderíamos el espectáculo de las cataratas de Reichenbach. Holmes y yo nos pusimos en camino hacia aquel sitio, y él se incorporó a nosotros con la ayuda de un equipo alpino. Mycroft, creí comprender, observaba todo esto en algún sitio, de alguna manera.

—No me gusta esto —le dije a mi compañero—. Ya fue suficientemente malo vivir este día una vez, y deseaba no tener que revivirlo nunca más, excepto, quizás, en mis pesadillas.

—Watson, recuerda que tengo recuerdos muy queridos de todo esto. Vencer a Moriarty fue el punto álgido de mi carrera. Te lo dije entonces, y te lo digo nuevamente ahora: terminar de una vez para siempre con el Napoleón del crimen merece incluso que yo pueda perder mi propia vida.

Había un pequeño sendero de tierra entre la vegetación que corría a medio camino por entre las cataratas, y que proporcionaba un panorama completo de todo aquel espectáculo de la Naturaleza. El agua verde, helada, alimentada por el deshielo de las nieves, fluía con rapidez y con una violencia fenomenal, y luego se hundía en una sima de piedra negra como la noche más oscura, magnífica e insondable. El rocío nos bañó con multitud de gotas, y el sonido del agua era casi un grito humano.

Nos detuvimos durante un momento mirando cataratas abajo, el rostro de Holmes en un perfecto reposo contemplativo. Entonces señaló hacia delante, siguiendo la ruta del sendero.

—Fíjate, querido Watson —dijo, a gritos para ser escuchado por encima del ruido del torrente—, que el sendero termina allí, contra una pared de piedra. —Asentí. Giró en la otra dirección—. Y, como puedes ver, volver hacia atrás por donde vinimos es la única manera de salir vivo: sin embargo, hay una salida, que coincide con la única entrada.

Otra vez asentí. Así como había acontecido la primera vez que estuvimos en ese lugar fatal, un chico suizo vino corriendo por el sendero, llevando en su mano una carta dirigida a mí que mostraba la marca del Englischer Hof. Sabía lo que decía la nota, por supuesto: que una mujer inglesa, alojada en esa posada, estaba sufriendo una hemorragia. Que le quedaban tan solo unos pocas horas de vida, pero que sería un gran consuelo para ella el ser atendida por un doctor inglés, por lo que se me rogaba que yo acudiese inmediatamente.

—Pero la nota es un tan solo una trampa —dije, girandome hacia Holmes—. De acuerdo, fui engañado originalmente por ella. Pero, tal como admitiste luego en aquella carta que dejaste para mí, habías sospechado todo el tiempo que era una farsa de Moriarty. —Durante este intercambio de opiniones, el chico suizo estuvo como congelado, inmóvil; como si de algún modo Mycroft, supervisándolo todo, hubiese detenido al chico en el tiempo para que Holmes y yo pudiésemos conversar—. No te dejaré otra vez, Holmes. No para precipitar tu muerte.

Holmes levantó una mano.

—Watson, como siempre, tus sentimientos son encomiables, pero recuerda que esto es una mera simulación. Me serás de gran ayuda si haces exactamente lo mismo que hiciste con anterioridad. Aunque ahora no tienes la necesidad de emprender la ardua excursión a pie hasta el Englischer Hof, y el regreso. En lugar de hacer todo ese camino, vuelve simplemente hasta donde distingues la figura de negro, esperas allí un cuarto de hora, y regresa aquí de nuevo.

—Gracias por simplificarlo —dije—. Ahora mismo tengo ocho años más que los que tenía entonces, y un viaje de ida y vuelta de tres horas me quitaría, en la actualidad, una considerable parte de mis fuerzas

—Por supuesto —dijo Holmes—. Ambos ya hemos vivido nuestros mejores días. Ahora, por favor, haz lo que te pido.

—Lo haré, por supuesto —dije—. Pero confieso libremente que no entiendo de qué va todo esto. Te has comprometido con el Mycroft del siglo XXI a explorar un problema de filosofía natural... los extraterrestres perdidos ¿Por qué estamos aún aquí?

—Estamos aquí —dijo Holmes—, ¡porque he resuelto el problema! Confía en mí, Watson. Confía en mí, e interpreta de nuevo el guión de ese portentoso 4 de mayo de 1891.

Dejé a mi compañero, sin saber lo que éste tenía en mente. En mi camino de regreso al Englischer Hof, me crucé con un hombre que corría en sentido contrario. La primera vez que viví esos acontecimientos terribles no lo conocía, pero ahora supe que era el Profesor Moriarty: un hombre alto, vestido exclusivamente de negro, con la frente abultada y su flaca forma resaltando marcadamente contra el verde fondo de la vegetación de la zona. Permití el paso de aquella simulación, esperé quince minutos tal como Holmes me había pedido, y regresé entonces a las cataratas.

A mi llegada, vi el equipo de escalada de Holmes apoyado contra una piedra. La tierra negra del sendero que llevaba hacia el torrente era constantemente humedecida por el rocío. En ella pude ver dos conjuntos de huellas que se dirigían sendero abajo, hacia la cascada, y de las cuales ninguna regresaba. Era exactamente la misma terrible visión que me dio la bienvenida a aquel lugar tantos años atrás.

—¡Bienvenido, Watson!

Me giré. Holmes estaba de pie, apoyado contra un árbol, y sonriendo ampliamente.

—¡Holmes! —exclamé— ¿Cómo has logrado salir de las cataratas sin dejar huellas?

—Recuerda, mi querido Watson, que a excepción de los seres de carne y hueso como tú y como yo, todo lo demás es una simulación: simplemente le pedí a Mycroft que permitiera que mis pies no dejaran huellas. —Lo demostró caminando de aquí para allá. Sus zapatos no dejaron impresión alguna, ni hubo vegetación aplastada por su paso—. Y, por supuesto, le pedí que congelara a Moriarty de la misma manera en que había detenido al muchacho suizo, y, por supuesto, antes de que él y yo estuviésemos enfrascados en nuestro mortal combate.

—Fascinante —dije.

—Verdaderamente. Ahora, observa el espectáculo delante de ti ¿Qué ves?

—Exactamente lo que vi ese horroroso día, cuando pensé que habías muerto: dos grupos de huellas que se dirigen a las cataratas, y ninguna señal de regreso.

—¡Precisamente! —El cacareo de Holmes rivalizó con el rugido de las cataratas— Un par de huellas que tú sabías que eran mías, y otras que supusiste que eran del inglés vestido de negro: ¡nuestro gran Napoleón del crimen!

—Sí.

—Y habiendo visto ambas acercándose a las cataratas, y a ninguna volver, corriste hasta el mismo borde de las cataratas y encontraste... ¿qué?

—Señales de una lucha en el borde del precipicio, justo delante del gran torrente.

—¿Y qué conclusión sacaste de eso?



—Que tú y Moriarty os habíais precipitado hacia su muerte, trabados en combate mortal.

—¡Exactamente, Watson! ¡La misma conclusión a la que yo mismo habría llegado, basándome en esas observaciones!

—Te lo agradezco. Aunque, felizmente, resultó que yo estaba equivocado.

—¿De veras lo crees así?

—Claro que sí. Tu presencia aquí da testimonio de ello.

—Tal vez —dijo Holmes—. Pero ahora pienso de otro modo. ¡Consideralo, Watson! Tú estabas en la escena, habías visto lo que ocurrió, y durante tres años (¡tres años, hombre!) me habías creído muerto. Somos amigos y colegas, y lo hemos sido durante más de una década. ¿Habría permitido el Holmes que tú conocías que le lloraras durante tanto tiempo, sin decirte ni una sola palabra? Seguramente debes saber que confío en ti tanto como lo hago en mi hermano Mycroft, a quien luego le dije que eras el único que tenía derecho a conocer el secreto de que yo aún vivía.

—Bien —dije—, y ya que lo dices... me sentí levemente dolido por eso. Pero después me explicaste tus razones, cuando regresaste.

—Es un consuelo a mí, Watson, comprobar que tus sentimientos están calmados. Pero me pregunto si no fuiste tú solo, más que yo, quien los serenó.

—¿Eh?

—Habías visto la clara evidencia de mi muerte, y luego la habías registrado fielmente en la crónica que tan apropiadamente titulaste “El Problema Final”.

—Sí, así fue. Aquéllas fueron las palabras más duras que jamás escribí.

—¿Y cuál fue la reacción de tus lectores cuando se publicó esa nota en el Strand?

Sacudí mi cabeza, recordando.

—Fue algo completamente inesperado —dije—. Yo había anticipado que iba a recibir unas cuantas y corteses notas en señal de duelo por tu defunción, ya que las historias de tus proezas habían sido recibidas cálidamente por el público en el pasado. Pero lo que obtuve, en lugar de eso, fue una gran muestra de cólera de la gente... que exigían conocer tus nuevas aventuras.

—Lo cual, por supuesto, creíste que sería imposible, teniendo en cuenta de que yo estaba muerto.

—Exactamente. El asunto me dejó muy mal sabor de boca, debo decirlo. La gente tenía un extraño comportamiento.

—Pero, indudablemente, eso se apagó rápidamente —dijo Holmes.

—Sabes muy bien que no. Ya te he contado antes que la violenta arremetida de cartas, así como un gran número de exhortaciones personales que se producían dondequiera que yo viajara, continuaron constantes durante años. De hecho, estuve casi a punto de regresar para ponerme a escribir sobre alguno de tus casos menores, ignorando previamente si esas historias no iban a tener ningún interés general... simplemente para lograr que cartas de demanda de tus historias cesaran. Cuando, para mi sorpresa y deleite...

—Muy para tu sorpresa y deleite, cuando después de una ausencia de tres años menos un mes, aparecí en tu consultorio. Disfrazado, si mal no recuerdo correctamente, de un andrajoso coleccionista de libros. Y muy pronto tuviste nuevas aventuras frescas que narrar, comenzando por el caso del infame Coronel Sebastián Moran y de su víctima, el Honorable Ronald Adair.

—Sí —dije—. Una admirable persona.

—Pero Watson, consideremos de nuevo los hechos alrededor de mi muerte aparente en las cataratas de Reichenbach el 4 de mayo de 1891: tú, el observador en la escena, viste la evidencia. Y, tal y como escribiste en “El Problema Final”, fueron muchos los expertos que examinaron el borde de las cataratas y llegaron exactamente a la misma conclusión que tú: que Moriarty y yo nos habíamos precipitado hacia la muerte.

—Aunque esa conclusión resultó ser incorrecta.

Holmes pareció brillar en ese punto, decididamente.

—No, mi buen Watson: lo que resultó ser fue inaceptable. Inaceptable, sobre todo, para tus fieles lectores. Y ese es el punto del que todos los problemas provienen. ¿Recuerdas mi pregunta sobre el gato de Schrödinger en la caja sellada? Moriarty y yo, en las cataratas, nos enfrentamos a un guión muy semejante: él y yo bajamos por el sendero, en dirección a un callejón sin salida, y dejamos nuestras huellas sobre la suave tierra. Tan solo habían dos resultados posibles: o salir vivos, o no. No existía otra salida, salvo tomar el mismo sendero de regreso. Todo ello... hasta que alguien viniese y mirase para saber si resurgí desde el sendero. Mientras tanto, el resultado era “no-resuelto”. Yo estaba vivo, y estaba muerto. Ambas cosas a la vez: una colección de posibilidades. Cuando tu llegaste, esas dos posibilidades tuvieron que contraerse en una sola realidad. Tú viste que no había huellas que volviesen desde las cataratas... lo que significaba que Moriarty y yo habíamos luchado hasta que ambos caímos desde el precipicio al torrente helado. Fue tu acción, mirando los resultados de la lucha, lo que forzó la posibilidad de la resolución. Por tanto, y en un sentido muy real, mi buen, mi querido amigo, eres tú quien me mató.

Mi corazón golpeaba en el pecho.

—¡Te digo, Holmes, que nada me habría hecho más feliz que haberte visto vivo!

—No tengo dudas sobre eso, Watson. Pero tuviste que ver una cosa, o la otra. No podías ver ambas. Y, habiendo visto lo que viste, informaste tus hallazgos: primero a la policía suiza, luego al periodista del Journal

de Geneve, y, finalmente, en tu completa narración en las páginas del Strand.

Asentí.

—Pero aquí llegamos a la parte que no fue considerada por Schrödinger cuando ideó el experimento del gato en la caja. Supón que abres la caja y encuentras muerto al gato, y luego le cuentas a tu vecino que el gato está muerto... y tu vecino se niega a creerte. ¿Qué pasa entonces cuando vas y miras dentro de la caja por segunda vez?

—Bien... Que el gato todavía está muerto.

—Puede. Pero, ¿qué ocurre si miles de personas —o mejor, millones— se niegan a creer la historia del observador original? ¿Qué ocurre si ellos niegan la evidencia? ¿Qué pasa entonces, Watson?

—Yo... Yo no sé.

—¡Por una completa obstinación de su voluntad, ellos rehacen la realidad, Watson! ¡La verdad se intercambia con la ficción! Ellos quieren, desean, que el gato regrese a la vida. ¡Aun más que eso, ellos se niegan a creer que el gato murió en primer término!

—¿Y entonces?

—Y entonces todo el mundo, que debe tener una realidad concreta, es el que se convierte en no-resuelto, en incierto... y se pone a la deriva. Como el primer observador en la escena en Reichenbach, tu interpretación debería haber tenido tener prioridad. Pero la obstinación de la raza humana es legendaria, Watson, y por esa immaculada maldición, por esa negativa a creer simplemente en lo que les han dicho, el mundo entero evita caer una y otra vez en un remolino de posibilidades no resueltas. Existimos en un flujo inestable: a día de hoy, el mundo entero existe en ese flujo... a causa del conflicto creado entre la observación que hiciste realmente en Reichenbach, y la observación que el mundo entero desea que hubieras hecho.

—¡Pero todo esto es demasiado fantástico, Holmes!

—Elimina lo imposible, Watson, y lo que permanece, aunque sea improbable, será la verdad. Lo cual me lleva de nuevo ahora a la consulta que nos hemos comprometido a resolver en esta nuestra encarnación por Mycroft: la Paradoja de Fermi. ¿Dónde están los extraterrestres?

—¿Dices que has resuelto eso?

—Por supuesto: considera el método mediante el cual la humanidad ha estado buscando a estos extraterrestres.

—Por radio, creo. Tratando de escuchar su parloteo, por casualidad, en el éter.

—¡Precisamente! ¿Y cuándo regresé yo de la muerte, Watson?

—El 4 de abril de 1894.

—¿Y cuándo inventó el talentoso italiano Guglielmo Marconi la radio?

—No tengo la menor idea.

—En 1895, mi buen Watson. ¡En el transcurso del año siguiente! ¡Y, mientras tanto, en todo el tiempo que la humanidad ha estado usando la radio, nuestro mundo entero no ha sido más que un dilema no resuelto! ¡Un simple remolino de posibilidades no resueltas!

—¿Significa eso que...?

—¡Significa que los extraterrestres están allí fuera, Watson! ¡Y que no son ellos los que faltan, sino nosotros! Nuestro mundo está fuera de sincronización con el resto del universo: debido a nuestro fracaso en aceptar una verdad desagradable nos hemos convertido en seres potenciales, antes que en seres verdaderos.

Siempre había pensado en mi compañero como en un hombre que poseía una generosa consideración por su talla humana, pero esto era demasiado.

—¿Sugieres, Holmes, que el actual estado no resuelto del mundo depende de tu propio destino?

—¡Claro que sí! Tus lectores no me permitían morir, aunque eso significara alcanzar lo que yo más he deseado: a saber, la eliminación de Moriarty. ¡En este mundo loco el observador ha perdido el control de sus observaciones! ¡Si hay una sola cosa que en mi vida significó algo, y me refiero a esa vida anterior a mi ridícula resurrección en el relato de tu crónica titulada “La Casa Vacía”, era la razón! ¡La lógica! ¡Una devoción al hecho observable! Pero, ahora, la humanidad ha abjurado de eso. El mundo entero está fuera de la dirección correcta, Watson: tan fuera de la dirección correcta que somos separados de las civilizaciones que existen en

otras partes. ¡Me dices que fuiste forzado por las demandas del público a desear mi regreso, pero si la gente me hubiese entendido realmente, entendido lo que mi vida había representado, habrían sabido que el verdadero y único tributo posible hacia mi persona habría sido el de aceptar aquellos hechos! ¡La única respuesta verdadera habría sido dejarme muerto!

Mycroft nos devolvió a nuestro tiempo, pero en vez de retornarnos a 1899, desde dónde él nos había arrancado, y a petición de Holmes, nos llevó hasta ocho años antes: a mayo de 1891. Por supuesto, en aquella época existían las versiones más jóvenes de nosotros mismos, pero Mycroft nos permutó por ellos, llevándose a los jóvenes Holmes y Watson al futuro, donde podrían vivir el resto de sus vidas en guiones simulados, tomados previamente de mi mente y de la de Holmes. De acuerdo, ya éramos ocho años más viejos que cuando nos encontramos con Moriarty la primera vez, pero nadie en Suiza nos conocía, y el envejecimiento de nuestras caras pasó desapercibido.

Me encontré por tercera vez viviendo ese día decisivo en las cataratas de Reichenbach. Aunque esta vez, como en la primera ocasión, y a diferencia de la segunda, era, de nuevo, real.

Vi la llegada del chico de la nota, y mi corazón comenzó a correr. Me volví hacia Holmes, y dije:

—Posiblemente no pueda dejarte.

—Sí puedes, Watson. Y lo harás, ya que nunca has fallado jugando a esto. Estoy seguro que lo harás correctamente, y hasta el fin —El se detuvo durante un momento. Entonces dijo, quizás levemente triste—. Puedo descubrir hechos, Watson, pero no los puedo cambiar.

Y entonces, solemnemente, extendió la mano. Yo la tomé firmemente entre las mías. Y para entonces, el chico, que era empleado por Moriarty, ya estaba junto a nosotros. Una vez más, yo me permití ser embaucado, dejando a Holmes solo en las cataratas, mientras luchaba con toda mi voluntad para evitar mirar atrás, mientras comenzaba una vez más una infructuosa excursión para tratar a una inexistente paciente en el Engländer Hof. En mi camino me crucé con Moriarty que iba en dirección contraria. Hice todo lo que pude para evitar sacar mi pistola y terminar allí mismo con aquel canalla, sabiendo que, de otra manera, Holmes consideraría aquello como una traición imperdonable... si yo le robaba su oportunidad con Moriarty.

Fue una excursión de una hora a pie hacia el Engländer Hof. Allí Interpreté mi escena, aquella en la que preguntaba sobre la inglesa enferma, y Steiler el Anciano, el posadero, reaccionaba justo como supe que lo haría, con sorpresa. Mi interpretación era, a aquellas alturas, probablemente indiferente: ya había representado aquel papel una vez antes, pero, de nuevo, volví al camino. La excursión ascendente y a pie me llevó otras dos horas, y debo confesar que estaba agotado a mi llegada, aunque apenas podía oír mi propio jadeo sobre el rugido del torrente.

Una vez más, encontré dos grupos de huellas que se dirigían al precipicio, y que ninguna de ellas volvía. También encontré el equipo alpino de Holmes y, de la misma manera en que ocurrió la primera vez, encontré su nota dirigida hacia mí, la que él había dejado en el equipo. Aquella nota fue leída exactamente igual en que lo fue la nota original, y en ella se detallaba como él y Moriarty estaban a punto de tener su confrontación final, pero que Moriarty le había permitido dejar unas pocas palabras por escrito. Sin embargo, esta nota terminaba con un añadido que no estaba en la original:

“Mi querido Watson” —decía— “Sé que usted honrará mi deceso más que a nada en este mundo si se adhiere con toda su alma a los poderes de la observación. Después, no importa lo que el mundo quiera: déjeme muerto”

Volví a Londres, y fui capaz de equilibrar en poco tiempo mi pérdida de Holmes, reviviendo la alegría y la pena de los últimos y escasos meses de vida de Mary, mi esposa, mientras le explicaba a ella y a los demás que mi cara parecía algo más vieja debido al golpe moral que había sentido por la muerte de Holmes. El siguiente año, en el momento preciso, Marconi inventó la radio. Continuaron llegando nuevas solicitudes en las que se me pedían más aventuras de Holmes, pero yo las ignoré... aunque su ausencia de mi vida fue tan profunda que, en ocasiones, me sentí seriamente tentado a ceder, retractándome de las observaciones hechas en Reichenbach: nada me habría complacido más que oír otra vez la voz del mejor y más sabio hombre que ha existido jamás.

A finales de junio de 1907, leí en The Times el descubrimiento de señales inteligentes de radio provenientes de una parte del cielo, en dirección de la estrella Altair. Ese día el resto del mundo celebró la buena nueva, pero debo confesar que yo solté más de una lágrima, y que hice un brindis especial por mi buen amigo, el fallecido Sr. Sherlock Holmes.

Creon el ergonita

Por Sebastian Font
Comentario del autor
Ilustración de Pedro Font

Dicen que todos los autores tienen un personaje favorito. También dicen que tienen un relato que solo sale del cajón para ser corregido... y devuelto de nuevo al cajón. Bueno, pues este es el mío, en ambos casos. Y creo que ya es hora de sacarlo ese cajón y darlo a conocer... para que la gente conozca a Creon de una vez por todas, que ya es hora”

1

Ergoeom-1

De nuestro corresponsal Alan Michaels

Hoy redacto mi habitual crónica desde el suelo del último planeta anexionado a la Gran Liga: Ergoeom. Como todos ustedes posiblemente sepan, se trata de un astro satélite de Vega, en el lugar que en la Tierra denominamos "constelación de la Lira". Este planeta sobre el que me encuentro gracias a una invitación del, llamémosle así, "alcalde" de una de las mayores ciudades de todo este globo, es el segundo en distancia a su sol y de tamaño algo más pequeño que la Tierra. Su poca distancia al astro que lo ilumina hace que predomine en él un exuberante clima tropical, permitiendo así que una abundantísima flora habite sobre su superficie de una manera tan extensa que, desde el espacio, el planeta adquiriera un tono azul-verdoso realmente vistoso.

Tal vez se pregunten ustedes como me fué posible conocer a un ergonita. La verdad es que casi ni yo mismo lo sé. Iba un día en mi automóvil hacia el periódico para el que trabajo cuando reparé que en el arcén había un coche detenido, y un hombre forcejeaba en su interior, más o menos en la zona donde suele estar el sistema antigravitatorio. No sé porqué, ya que no suelo hacerlo nunca, pero me detuve y me dispuse a ayudar a aquel pobre hombre.

-¿Puedo ayudarle en algo? -me ofrecí mientras me apeaba de mi automóvil.

El individuo se me quedó mirando con cara de pocos amigos y parecía que se disponía a decir algo -probablemente un "no, lárguese"-, cuando, inesperadamente, surgió una voz desde el interior del vehículo averiado:

-Por favor, adelante.

Reconozco que me sobresalté un poco. El timbre de esa voz era un poco... extraño. No era nada corriente. Tenía algo... Todavía, a estas alturas, desconozco cual es el elemento oculto que distingue la voz de un ergonita de la de un terrestre, eso que hace que nos veamos a nosotros mismos poco más o menos que como a leones con afonía. De todas maneras, siempre sorprende un poco encontrarse con una voz sin un rostro al que mirar cuando se contesta. Y, como el dueño de la extraña voz proseguía en el interior del coche, no podía verlo, puesto que el vehículo poseía cristales ahumados, y, por ello, ni se podía distinguir alguna vaga silueta del interior. Me encogí de hombros pensando en que el misterioso individuo ya se dignaría darme las gracias -si quería, claro- cuando acabase la reparación de su magnífico automóvil. (En aquellos momentos todavía no había reparado en que se trataba de un coche oficial). Así que me acerqué y atisbé en el interior del capó. Lo que vi casi me hizo reír: aquel patán -un conductor que también cumplía sus servicios como guardaespaldas por encargo del gobierno, y de ahí su hostilidad- había cruzado dos de los cables de alimentación en la salida de la pila atómica y había conseguido que ese cable se fundiese por completo, mientras que la pila quedaba completamente e instantáneamente descargada.

-Lo siento -le dije incorporándome lentamente, como si aquello realmente me importara-. Esto está mal de verdad. Habría que llamar a una grúa. Pero si les corre mucha prisa -me sorprendí diciendo-, yo mismo podría llevarlos hasta su destino.

El guardaespaldas estaba algo desconcertado. Sin duda creía que ya no quedaba gente capaz de un ofrecimiento de ese tipo.

-Yo conduciré, y ustedes pueden ir en el asiento trasero -Esto lo dije, más que nada, por aliviar en algo el azoramiento del conductor del vehículo averiado.

-Es usted muy amable -surgió de nuevo aquella especial voz del interior del vehículo.

La puerta de éste se abrió y el ocupante se dispuso a hacer el transbordo al mío. Sin embargo, fué tan grande mi sorpresa al verlo que me quedé tan inmóvil como una estatua.

No demasiados humanos han llegado a ver a un ergonita. La primera impresión que recoges es la de estar viendo un gran oso de peluche, uno de esos antiguos y, sin embargo, aun típicos "teddy bears" ingleses. Pero al momento te das cuenta de que no es así. Los ojos son muy grandes, muy claros y muy vivos. Sus manos -muy peludas, como todo su cuerpo- tienen tan sólo cuatro dedos bien definidos. Pero lo más vistoso de todo, lo que primero llama la atención es su barba: dispuesta en colores concéntricos, indican la categoría del individuo dentro del sistema social de su planeta. Sin embargo, es tan llamativa, tan vistosa... Todos aquellos colores son como una trampa para la vista, son casi hipnóticos. Los ojos se colocan sobre ellos como si fuesen incapaces de ver otra cosa.

Un leve carraspeo me sacó de mi ensimismamiento. El guardaespaldas me estaba indicando, de esa manera, que abriese la puerta de mi auto al ergonita, ya que se trataba de alguien importante y merecía un trato de favor por mi parte.

Y eso fue lo que hice: abrí la puerta y el extraterrestre entró saltando sobre el mullido asiento, alborozado, como si de un juego se tratase. El guardián optó por colocarse a mi lado, cosa que hizo tras asegurarse de que su inútil vehículo quedaba bien cerrado. En cuanto se sentó, llamó a un número de videófono y colocó ante la cámara un pequeño aparatito.

-¿Que hace? -Pregunté yo

-Está dando parte de la avería que hemos tenido con el automóvil. Ese aparato habla por él -contestó el extranjero.

-No es muy locuaz -comenté, después de colocarme tras el volante y comenzar a conducir.

-A la fuerza -respondió el ergonita-. Es un militar del tipo "Nospik": ya sabe, ese tipo de soldado que es también medio sacerdote y que posee un voto de silencio que les hace llegar, como en este caso, a cortarse la lengua.

Me estremecí. Ya había oído hablar de ello, pero hasta entonces jamás me había tropezado con ninguno. Procuré hacerme el desentendido y cambié de tema:

-Ustedes dirán a donde les llevo -inquirí.

-Ibamos al astropuerto -me contestó el extraterrestre.

-Usted, esto... -vacilé antes de preguntar, como si ello me coartase. Un viejo truco de periodista para

que la gente se vaya de la lengua- Usted es un ergonita, ¿no es así?

-Sí -respondió el interpelado-. Mi nombre es Creonidasarteroambinooxidaticolico -sonrió al ver la expresión de mi cara, que, indudablemente, debía ser todo un poema-, pero todo el mundo me llama Creon.

-Lo celebro -dije, cosa que agrandó aún más su sonrisa-. Yo soy Alan Michaels, periodista del "Reporter".

La lacónica respuesta del ergonita me sorprendió:

-Ya lo sabía.

-¿De veras?

-Sí, señor Michaels. Los ergonitas poseemos el don de leer las partes más exteriores de las mentes terrestres. Por eso podemos conocer lo que aquí llaman "señas personales"... Y poco más. No crea que podemos leerlo todo, con detalles y a todos ustedes. Me sorprendí tanto como lo está usted ahora cuando me encontré cara a cara la primera vez con un ser humano y comprobé el poder que poseía sin yo saberlo.

-Uno -dije, lo más cordialmente posible. Aquel silencioso esbirro me estaba poniendo nervioso-, tuteeme, Creon. Y dos, ha dicho usted: "la primera vez que me encontré cara a cara con un ser humano". ¿Es que no se consideran ustedes seres humanos?

-¡Oh, sí, por supuesto! -respondió- Lo que sucede es que debo diferenciar mediante el lenguaje a su especie de la mía. Y ya que han sido ustedes los anfitriones de esta mi estancia en su planeta, y esa es la denominación que ustedes mismos se han impuesto, lo lógico es que me refiera en esa forma para denominar a los habitantes de la Tierra. Sin embargo, debes saber, Alan, que el término "seres humanos" es una denominación universal cuyo significado abarca algo más que la figura de un animal viviente que se mantiene erguido y que posee dos pares de extremidades, un tronco y una cabeza más o menos pensante. Un ser humano se distingue de un animal, más que en su capacidad para pensar, en el don que posee para distinguir el bien del mal.

Debo confesar que quedé muy sorprendido al oír de labios de un "osito de peluche" una disertación tan inteligente como la que me estaba ofreciendo en aquellos instantes. Ya ni me acordaba del silencioso guardaespaldas; solo volví a reparar en él cuando me tocó en el hombro para anunciarme que ya habíamos llegado a nuestro destino: iba tan entusiasmado escuchando al ergonita que había estado a punto de pasarme de largo el astropuerto. Así que, para subsanar en lo posible mi error, me apresuré todo lo que pude en tomar tierra. Lo hice junto a la entrada de vuelos internacionales, aunque no sabía si era esta la correcta.

El ergonita, entonces, me ofreció dinero

-Ni pensarlo -aduje yo, con aire ofendido-. He hecho esto como un favor, como un servicio voluntario desinteresado. Pero no soy un taxista, ni esto -señalé mi automóvil- es un taxi.

El extraterrestre sonrió de oreja a oreja: una inmensa sonrisa de oso de peluche.

-Eres orgulloso -me dijo-. Eso nos gusta a los de mi especie. Es uno de nuestro propios atributos tribales.

-Me alegro que así sea -el ergonita mantenía el brazo extendido con el dinero en la mano, pero yo no pensaba salir de mis trece. Tampoco quiero que me consideren ustedes un tonto, entendámonos; simplemente obedecía a mi instinto de periodista que no dejaba de susurrarme: "¡No cojas ese dinero!"-. Opinas eso solo porque solamente has visto mi parte buena: soy también muy testarudo, y que me ahorquen si pienso coger

ese dinero.

La sonrisa se hizo aún más amplia, si cabe.

-Y algo que también posees es el don de la sinceridad -el ergonita, en verdad, no podía leer los pensamientos ocultos de nuestras mentes; si no, no hubiese podido decir tal cosa-, algo que he comprobado que no se encuentra muy a menudo en este tu planeta -me respondió Creon.

-Desgraciadamente -dije yo, dejando caer los hombros. Sin embargo, me sentía triunfante: el ergonita se había guardado su dinero-. Vaya, por fin. Ya me estaba cansando de aguantar el tipo.

-A los ergonitas no nos gusta deber favores.

-No lo consideres como tal. Y si lo haces, piensa que ya me has pagado dejándome conocerte.

El ergonita pareció reflexionar un poco, hasta que al fin debió ocurrírsele una idea.

-Ya está -dijo sorprendidamente-. No, tu forma de ver el pago por la ayuda que me has prestado no me sirve. También los ergonitas somos muy testarudos. ¡Considérate invitado personal mío en Ergoeom!

No conseguí hasta pasado un rato comprender completamente lo que me había querido decir.

-¿Como? -fue todo lo que conseguí articular.

-Se prepara una expedición a mi planeta para comprobar si merece o no la inclusión en la Gran Liga. Ya sabes, nivel cultural, civilización y todo eso... Y acabo de invitarte a que vengas con nosotros -sonrió ampliamente y dijo, más para sí mismo que para que nosotros le escuchásemos-. Caramba, debí pensar en esto antes. Un periodista en la expedición: darás a conocer nuestra cultura a la Tierra mucho más rápidamente que mediante algún turbio conducto oficial...

-Pero, ¿cuando salimos? -pregunté, todavía incrédulo.

-¡Ahora! -me volvió a sorprender Creon- Tienes diez minutos para comprar ropas y demás en las tiendas anexas al astropuerto. Vamos. Te acompaño en las compras. ¿Sabes?, ese es uno de los aspectos que más me gustan de tu civilización: las compras. Escaparates, objetos vistosos. . . ¡Me encanta!

Corrimos por todo el astropuerto comprando esto y aquello. Todavía recuerdo la cara del ergonita cuando, al comprarme una maquinilla de afeitar me hizo explicarle para que servía. No concebía que nos pudiésemos quitar nuestro pelo de la cara voluntariamente; según él, eso era como renunciar al propio rango. Tuve que explicarle que eso no influía para nada en el nivel social de uno en la civilización terrestre mientras corríamos por el astropuerto. No teníamos porqué ir tan deprisa, ya que, como es evidente, la nave nunca zarparía sin Creon.

Afortunadamente había una sucursal del banco donde guardo mis ahorros en el astropuerto, y por suerte, estos están siempre bien provistos. Y, afortunadamente también, pude encontrar un videófono público libre sin necesidad de esperar demasiado. Llamé a mi esposa para decirle que salía de improviso, y fue necesario contarle todo esto que les estoy narrando ahora a ustedes. Ya saben como son las mujeres... en especial la mía. Llamé también a un amigo para anular una importante cita -la partidita semanal de cartas, para que engañarnos-. Pero, sin embargo, la llamada que mayor placer me motivó fue la que hice al redactor-jefe de mi periódico; tendrían que haber visto la cara que puso cuando le dije repentinamente, apenas se puso al aparato:

Ergoeom-1

De nuestro correponsal Alan Michaels

En mi anterior crónica les narraba como trabé conocimiento con el ergonita que actualmente es mi anfitrión: Creon. Dejé la historia en el punto en que abandonaba mi planeta de origen -La Tierra- para irme hacia Ergoeom como invitado de honor de este extraterrestre. Es lógico pensar que debería continuar con el relato de los hechos desde ese punto: mi embarque en la nave espacial. A mi pesar no será así debido a causas mayores -"No queda sitio en el periódico para esas nimiedades, así que límitate a contar alguna pequeña historia de por allí y luego, si te da la gana, escribes un libro. Lo nuestro es informar, y no ir curioseando por ahí"; palabras literalmente transcritas aquí desde la boca de mi amadísimo redactor-jefe- y a que, en realidad, no llegó a suceder nada importante durante la travesía. Ya saben como son esas naves: una tripulación que no te dirige la palabra bajo ningún aspecto, y que te consideran casi como si fueses una carga mas, como se podría considerar a un jarrón dentro de un pesado embalaje. En cuanto al pasaje -salvo la honrosa excepción de mi amigo extraterrestre, claro está- se encuentran demasiado ocupados para fijarse en un insignificante periodista, por muy invitado de honor que este fuese del más importante ergonita, crávaco, emperador galáctico o demonio gris del infierno.

Lo que quizás mucha gente no sepa sea la utilidad de la nave espacial, existiendo las puertas transdimensionales que permiten la traslación instantánea de la materia a cualquier punto del Universo. Pues precisamente para ello es necesario este viaje: en la nave, y perfectamente embalada, viaja una de tales puertas. A la llegada de la expedición al planeta aspirante al ingreso como miembro en la Gran Liga, se analizan todos los aspectos culturales y sociológicos de la civilización más desarrollada intelectualmente que allí habite. Si el resultado del análisis resulta positivo, la puerta se instala -como me imagino que ustedes ya saben, si no hay un receptor, el emisor no sirve de nada-, se conecta a los generadores de energía de la propia nave que hizo el traslado y, una vez alimentada, se pasa, desde la Tierra, el generador autónomo que ya quedará fijo junto a la puerta y que alimentará a ésta por el resto de su existencia. Si, por el contrario, el resultado del análisis fuese negativo -y sería muy extraño que tal cosa sucediese. Solo hay unas posibilidades ínfimas de que ello ocurra, y son, a saber: un excesivo atraso cultural o algún otro tipo de causa extraña, como por ejemplo, la hostilidad congénita de los crávacos-, la puerta no sería instalada y la nave regresaría a la Tierra. Este es exactamente el mismo método que durante eones los miembros más antiguos de la Gran Liga han venido empleando, incluso con nosotros, los terrestres.

Este proceso es llevado a cabo en esta forma en previsión de un hipotético caso en el que el resultado del análisis fuese adverso y a los habitantes del planeta sometido a prueba se les ocurriese exterminar a los terrestres portadores de la puerta y luego, una vez montada ésta, emplearla como paso para la conquista del que ahora es planeta-sede de la presidencia de la Gran Liga de los Planetas. Todo está perfectamente calculado. El tiempo máximo del que los invasores dispondrían sería de seis minutos, autonomía máxima de la que disponen los generadores que viajan en las naves, insuficiente de todo punto para el paso masivo de tropas de uno a otro mundo, pero completamente holgado para el protocolo de admisión y el posterior paso del generador definitivo de la puerta. Si, a pesar de todo, se intentase cruzar con el fin de robar ese generador, los osados guerreros se verían copados por una gran parte del ejército de paz de la Gran Liga asentado en la Tierra, quie-

nes se hallan esperando la confirmación de paso por parte del capitán de la nave que se hallaría en el planeta receptor, y los documentos pertinentes, correctamente firmados por todos y cada uno de los examinadores. Y debo añadir, además, que según lo que pude sacar a uno de los tripulantes de la nave merced a un par de copas pagadas de mi bolsillo -dietas, querido redactor-jefe, dietas- la idea de llevar a cabo de tal forma la instalación de las puertas es tan buena, que ya nos ha sacado de apuros un par de veces. Prometo una investigación a fondo de este tema en cuanto regrese a la Tierra, pero si ustedes ya quieren ir comenzando por ahí...

Sin embargo, y saliéndome ya del tema de la utilidad de las naves de la flota de la Gran Liga, el objeto de mi segunda -y última- crónica es, tal y como me indicó mi superior contarles la historia que el propio Creon me narró cuando, al descender de la nave, y una vez en Ergoeom -y, por tanto, creyendo que yo era uno de los privilegiados terrestres que pisaban por primera vez el planeta- observé la estatua situada en el centro de la plaza que había en la salida del -de momento- provisional astropuerto.

Me quedé asombrado. Los demás terrestres se limitaban a tomar notas de todo mientras viajábamos en una especie de autobús que conducía, terriblemente habilidoso, un ergonita.

Creon, que viajaba junto a mí -mejor decir que no se separaba de mí ni un instante-, vió mi cara al distinguir la estatua y me dijo, suavemente, para que nadie pudiese oírle excepto yo:

-Después te contaré la historia de esa estatua.

Yo continué con la mirada fija sobre ella. Era de un material blanco, posiblemente mármol, pero tan puro que no se veían en él vetas de otro color, como en el de la Tierra. Era completa y uniformemente blanca. Parecía modelada en leche, o en nieve, tan pura era su blancura. El artista que la había creado había representado a una niña humana con tanta fidelidad que parecía que iba a saltar del pedestal de un momento a otro y que se iba a poner a jugar; que podrías trabar amistad con ella, y que serías correspondido. La pequeña niña estaba haciendo algo, como si soplara por un tubo que tenía en su boca y que sostenía de extraña manera con sus manos. En la cara había una expresión de arrobamiento, como si en ese acto pusiese toda su atención, toda su alma.

-Está tocando la flauta -me aclaró Creon.

Tras dar unas vueltas por la ciudad, llegamos al hotel. Era un edificio muy nuevo. Parecía como si hubiese sido creado con vistas al hospedaje de todos nosotros, los terrestres.

-Así es -me contestó Creon cuando le pregunté-. Pensamos que, después de todo, deberíais estar bajo techo.

-Muy previsores -le respondí, sonriendo.



A la tarde, bajamos al comedor. Me llamó la atención el que, a pesar de haberse sentado conmigo -en una mesa aparte, separados de los demás terrestres quienes parecían no prestar atención ni a nada, ni a nadie-, no quiso comer nada.

-Nunca como a deshoras -me dijo con una sonrisa de complicidad.

Entonces fue cuando me di cuenta de un detalle: que yo pudiese recordar, no había visto comer al ergonita ni una sola vez.

-Creon -pregunté, intrigado-, ¿los ergonitas no comeis nunca?

-Por supuesto que sí -me contestó casi riendo-. Pero nuestra forma de alimentarnos es algo diferente de la vuestra.

-¿Diferente? -me encontraba realmente sobre ascuas- ¿Qué quieres decir con eso de "diferente"?

-¿Recuerdas aquella estatua del astropuerto sobre la que prometí contarte una historia? -El ergonita parecía disfrutar viendo como yo sufría debido a la intriga que él estaba fomentando cuidadosamente.

-Por supuesto. ¿Como olvidarla?

-Pues presta atención, porque ahora te contestaré varias de las incógnitas que puedas formularte sobre nosotros, los ergonitas.

"Hace ya cerca de ochenta años, cuando yo era un niño de aproximadamente cinco -sí, tengo ochenta y cinco años, pero ¿a que no los aparento?-, la gran mayoría de los ergonitas estaban seriamente preocupados. Ello era debido al hecho inquietante de que el nivel medio de vida en la sociedad de este planeta era bajísimo: estaba en unos quince años, aproximadamente. -sí, has oído bien, en quince años-. Eso no quiere decir que no hubiesen personas mayores, pero si llegaban a edades tan altas era debido a que procuraban reservar al máximo sus energías. Verás: un ergonita, al nacer, posee una reserva energética que, a plena actividad, le duraría cerca de un año sin que tuviese que alimentarse para nada. Y, de hecho, vivíamos así. Sin alimentarnos, sin comer. No es que no hubiese ganas u ocasiones para ello, es, sencillamente, que no podíamos hacerlo; no podemos ingerir ningún alimento conocido: es veneno para nosotros. "

"El problema llegó cuando comenzamos a experimentar la urgente necesidad de movernos para llevar a más nuestra civilización. Vimos, horrorizados, que el índice de mortalidad ascendía vertiginosamente. El motivo era claro: a más movimiento, más energías consumidas. Para decirlo de una manera sencilla, nos agotábamos. Así que el Consejo de las Ciudades decidió urgentemente reclamar ayuda. Ya habíamos probado de todo: nuevos cultivos, investigaciones sin descanso... todo. Y ese fue el motivo por el que nos decidimos a buscar a alguien más competente que nosotros mismos para buscar soluciones a nuestro propio mal. Y el milagro se produjo uno de tantos días en la forma de una señal parpadeante en uno de nuestros radares: una nave se hallaba en un sector próximo al espacio que circunda Ergoeom. Nos las ingeniamos para mandar una nave no tripulada a su encuentro para ver si podían socorrernos de alguna forma. Hubo suerte: el navío pertenecía a "Estrella Roja"; ya sabes, la organización interplanetaria de ayuda desinteresada. No sabemos que hacía tan lejos de las rutas habituales de transportes, pero lo que cuenta es que en seguida se ofrecieron a ayudarnos. La tripulación de la nave estaba compuesta por tres personas: un matrimonio, que hacían las veces de pilotos e investigadores... y su hija pequeña, una preciosidad de seis años llamada Patty. "

-La niña de la estatua -interrumpí.

"Sí, en efecto. La conocí apenas tomó tierra la nave de ayuda. Aterrizaron cerca de la que por entonces era mi casa y, como era de noche, yo me encontraba durmiendo. Nos sobresaltamos todos en la vivienda y,

cuando nos asomamos y vimos aquel gigantesco armatoste posarse sobre el suelo, salimos corriendo a ver que era lo que estaba pasando. Cuando la puerta de la nave se abrió, la niña fue la primera en descender. "

"La verdad, ver unos seres tan extraños -para nosotros lo erais, y, en cierta forma, todavía lo seguís siendo: más que nada debido al aspecto externo, tan diferente uno de otro. Seguro que cuando tú me viste a mí también te extrañaste-, no nos provocó miedo alguno. Tal vez un poco de, llamémosle así, respeto hacia los dos extranjeros de mayor tamaño. Es un detalle que ha intrigado desde entonces a todos, pero yo creo que se debe a ese raro don de poder leer la parte más externa de vuestro cerebro. "

"Mis mayores se quedaron inmóviles de la sorpresa que les produjo ver unos seres tan diferentes a nosotros mismos, así que yo fui el único que reaccionó cuando ellos se presentaron:

-Perdonad -habló el mayor de los tres-, ¿es aquí donde se requiere ayuda?

Yo, aunque pequeño, ya sabía de la llamada de auxilio por parte del Consejo de las Ciudades. Nuestros gobernantes se habían asegurado de que, en caso de que aterrizase una nave extranjera, supiésemos reaccionar de la manera correcta.

-Sí -contesté yo-. Es aquí. Os damos la bienvenida a Ergoeom, nuestro planeta y ahora también vuestro. -Lo dije todo de corrillo: esa era una de las frases de bienvenida que nos enseñaban en las escuelas.

-¿Eres tú uno de los gobernantes de este planeta? -inquirió de nuevo el hombre.

Caramba, aquello me hizo gracia. Me consideraban uno de los miembros del Consejo... Así que no pude por menos que reírme mientras trataba de explicar que no era así, que estaban en un error, que yo solo era un niño como cualquier otro, lo que dio por resultado una risa confusa, casi histérica. Cuando por fin pude serenarme un poco, vi que los terrestres también estaban riéndose.

-Vaya, y yo que creía que teníais problemas serios -me dijo el humano-. Yo soy Albert, esta es mi esposa Eileen y ese pequeño diablillo de ahí se llama Patty -presentó, lleno de cordialidad.

-Yo soy Creondasarteroambinooxidaticolico -ya ves que utilizo el truco de dar primero mi nombre completo desde hace ya tiempo. Me sirve para conocer un poco mejor el carácter de las personas con las que tengo que tratar.

-Ese nombre es muy largo -dijo al instante la niña-. O me das otro, o te llamaré "osito de colores"

-¿Qué es un osito? -pregunté candidamente yo. Había muchas palabras de vuestro idioma que aún no conocía. En vista de que se reían debido a la inesperada y rápida pregunta formulada por mi parte, me sentí ofendido y repliqué- Llámame como quieras, "Patty la extranjera".

-Me gusta que me llames así -me dijo inesperadamente, no sintiéndose ofendida por mis palabras, por lo que decidí no sentirme dolido yo tampoco.

-Llamame Creon -contesté finalmente-. Todo el mundo me llama así

Y, aunque no lo creas, nos pusimos a jugar la niña y yo como si nos conociésemos de toda la vida, en plena noche, casi de madrugada, mientras mis padres -siempre siguiendo las normas impuestas por el Consejo- trataban de agasajar a los recién llegados con lo mejor que tenían, y les contaban lo poco que sabían del asunto que nos había impulsado a pedir ayuda.

Todo siguió de esa forma hasta que llegaron los componentes del Consejo en pleno. Fui el primero

en verlos llegar, y, como tal, era el que debía hacer las presentaciones. La verdad, yo, con aquella edad, no tenía muchos conocimientos acerca del protocolo necesario, pero sabía lo que significaban aquellas barbas coloreadas que por allí se veían, así que dejé de jugar para presentar a mi nueva amiga al alcalde:

-Señor -dije lo más estirado que pude-: esta es Patty...

-Patricia -me corrigió ella en voz muy baja, posiblemente tras darse cuenta por mis gestos y mi comportamiento que aquella otra gente debía ser importante.

-Patricia, del planeta Tierra -corregí- Ella y sus padres han venido para tratar de resolver el problema del índice de muer... Morti... -En este punto me atasqué. Recuerda que sólo tenía cinco años, y que estaba diciendo lo que había oído de pasada, mientras jugaba, de labios de mis mayores.

-Mortalidad -me corrigió el padre de Patty, Albert.

-Nosotros somos el Consejo de las Ciudades de Ergoeom -se presentó el alcalde de la ciudad donde se había posado la nave extranjera, mi propia ciudad, y a quien correspondía hablar, por tanto, el primero-. Os damos las gracias por acudir a nuestra llamada y la más cordial bienvenida a este planeta.

-Os estamos muy agradecidos -dijo Eileen, la madre de Patty-, pero solo cumplimos con nuestro deber.

No voy a aburrirte con todo el protocolo. Patty y yo nos desentendimos de todo aquello y nos fuimos a ver el amanecer para después ponernos a jugar como dos niños cualquiera. Eso es lo bueno de ser niño: tienes una mente inocente, y eres tan igual como cualquier otro, seas de la raza que seas.

Al tercer día de su arribada aquí, aún estaban los padres de la niña enfrascados en investigaciones para solucionar nuestro mal. Buscaban, por todos los medios, un alimento que nos hiciese recobrar nuestras energías. Pero hasta entonces todos sus intentos habían fracasado.

Aquel día ocurrió algo que, sin tener ninguna importancia, después se convertiría en algo esencial para esta historia. Patty y yo estábamos viendo la ribera del río Danto, el más caudaloso de todo el planeta, y que se halla cerca de aquí, cuando vi que ella se aproximaba hasta una de las plantas que por allí crecían y, tras tocarla y examinarla como si la conociese a la perfección, tiraba de ella y la arrancaba del suelo.

-¿Que haces? -le pregunté.

-Arranco esta caña. Está verde y es dura -me explicó-. Irá muy bien para lo que quiero hacer.

-¿Y qué quieres hacer?

-Una flauta.

-¿Una qué? -Jamás había oído aquel vocablo, a pesar que conocemos vuestro idioma hace tiempo por vuestras transmisiones subterráneas, pero aún no había llegado a esa palabra en mis clases del colegio.

-Una flauta -repitió ella.

-¿Y para que sirve... una flauta? -inquirí de nuevo.

-Ya lo verás... -respondió misteriosamente.

Por aquel entonces, aún no se conocían en este planeta el significado de muchas palabras, aunque sí eran conocidos los vocablos. Acabábamos de salir de lo que ahora se conoce como la revolución tecnológica y habíamos descubierto la utilidad interplanetaria de la radio de partículas lumínicas para transmisiones a mayor velocidad que la de la luz hacía muy poco, porque creíamos que estábamos solos en la grandiosidad del espacio. Que tontería, ¿no?.

Uno de los significados que no conocíamos era el del vocablo "música", así que mucho menos íbamos a saber que era ni para que iba a servir aquello llamado "flauta", aunque ahora seamos conocidos en toda la galaxia por nuestras orquestas y por la perfección de las partituras que creamos. Es curioso, antes no conocíamos la música y actualmente vivimos por y para ella. Hum... Recuerda bien lo que acabo de decir: vivimos por y para la música.

Como te decía, la niña construyó el instrumento, en efecto, pero en los ratos en que no jugaba conmigo, cuando yo tenía que irme a descansar, o ella a comer o a dormir, por lo que yo no había vuelto a saber nada relacionado con "la flauta". De hecho, desde aquel día no volví a acordarme de aquello. Patty quería darme una sorpresa. Sin embargo, la sorpresa casi la doy yo: un par de días más tarde, cuando me encontraba con ella y con sus padres, viendo el extraño ritual que llamais comer, sentí que el suelo se abría bajo mis pies y me desmayé.

Al abrir los ojos me encontré echado en una camilla. Los padres de Patty se hallaban al fondo de la estancia hablando entre sí, sin haberse dado cuenta de que yo había recobrado la consciencia.

-Estos días de intenso juego con la niña han agotado sus reservas de energía -comentaba él.

-Es una lástima -respondió ella-. Me caía tan bien... Y a Patty le daremos un disgusto.

-Sí, pobre Creon -Sé que él me miró, pero yo estaba haciéndome el dormido-. Solo le quedan unas cuantas horas de vida...

Aquellas palabras me sobrecogieron. Pero, sin embargo, no me hicieron sentir tan mal como cuando oí a la niña gritar:

-¡No!

Evidentemente, había estado escuchando a escondidas. Pude oír como salía corriendo, y como su padre la perseguía. Me decidí a abrir los ojos.

-Hola -dije muy bajito. No tenía fuerzas para elevar más la voz.

-Hola, Creon -Eileen me cogió la mano- ¿Como te encuentras?

-Bien, aunque algo débil -contesté en un hilo de voz.

Una lágrima corrió por la mejilla de la mujer, aunque se apresuró a quitársela de un manotazo, para que yo no la viese.

-Te pondrás bien -me dijo.

-No -respondí-. He oído lo que decían. De todas maneras, lo prefiero así. He disfrutado mucho con Patty -Y cerré los ojos, muy cansado.

Y fue entonces cuando ocurrió. A lo lejos comenzó a sonar una tonada muy dulce, una melodía muy

suave pero muy bonita. Aunque yo no sabía lo que era aquel sonido, me emocionó, me conmovió como jamás lo había estado. El sonido fue acercándose a mí. Abrí los ojos. Allí, llorando, con la caña recortada y tallada estaba la niña. Estaba tocando una melodía que había aprendido en el colegio, allá en la Tierra, suavemente, muy suavemente. El solo de flauta de Patty continuaba, continuaba, y yo lo seguía encantado... Y sin darme cuenta, me senté en la camilla para verla mejor. Aquel movimiento sobresaltó a los padres de la niña: era del todo imposible que yo, sin fuerzas, pudiese hacer tal acto. Así que apremiaron a la niña:

-¡Sigue, Patty, no pares! -le dijo emocionado su padre mientras la mujer comenzaba un nuevo análisis con la cara llena de felicidad y yo no separaba la mirada de la cara de Patty que soplabla y soplabla, tocando y sonriendo, tocando y sonriendo... "

-Caramba, Creon, me dejas perplejo -le dije yo, interrumpiendo su relato-. ¿No habías dicho que estabas sin energías?

-Y así era, en efecto -contestó el ergonita, mientras a mí me carcomía la curiosidad-. El nuevo análisis que llevaron a cabo conmigo dió un resultado sorprendente: encontraron mi reserva energética intacta; estaba como la de un ergonita recién nacido. Cuando corrió la noticia, todo el mundo acudió para ver como se había obrado el milagro.

-Y, ¿cómo pasó? -Demonios, estaba sobre ascuas y el extraterrestre se resistía a soltar prenda.

-Aun fueron necesarias un par de semanas más para que al padre de Patty se le aclararan las ideas. El resultado fue sencillo: había tomado el único alimento que soportamos los ergonitas. Nuestra raza posee un órgano en el interior del cerebro que si es convenientemente excitado crea el material alimenticio que nuestro cuerpo requiere.

-¿Y cual es ese alimento? -inquirí- ¿Qué es lo que logra excitar ese órgano cerebral vuestro?

-¿Aún no lo has adivinado? -me respondió Creon sonriendo, y lo que añadió a continuación me dejó realmente perplejo- La melodía de la niña. Los ergonitas vivimos por y para la música. Pero en un sentido completamente literal: por y para la música. ¿No te lo dije antes?

Tengo 17 años, y trabajo en un taller reparando electrodomésticos de línea marrón y poniendo antenas. Alterno ese trabajo con mis clases del Instituto, rama electrónica. Me encanta la ciencia ficción, y acabo de ver ET de estreno, y como me ha encantado, he querido hacer un relato con un personaje tan bueno como el de Spielberg... ¿Que no os creéis esta biografía? Normal... es la que hubiese tenido que escribir hace 18 años, cuando escribí por vez primera este relato. Y las cosas han cambiado mucho desde entonces

El Anticrítico

Por Víctor Conde
Comentario de autor
Imágenes archivo PULSAR Fanzine

Hola a todos. Me llamo Víctor Conde y soy fan de la CF y el fantástico. Voy a hablaros en los siguientes párrafos de las últimas novedades en cine fantástico, dando exclusivamente mi opinión personal e intransferible, tan vana y absurda como la de cualquiera. ¿Preparados?

Intacto

Bueno, esta anticrítica es especial, ya que conozco en persona a sus responsables; a Fresnadillo por trabajar con él en su corto nominado al Óscar Esposados, durante el rodaje y vendiéndoselo a las televisiones de media Europa después, y a Andrés Koppel por su trabajo en la filmoteca canaria y por su corto La raya, en mi opinión tan bueno como el de su colega.

Yo siempre he admirado a Juan Carlos por su falta absoluta de pudor y trabas autoimpuestas, por su tenacidad a la hora de querer llegar “más allá”. Es una virtud que tienen pocas personas, y que se debe complementar siempre con un gran esfuerzo y talento para que el trabajo que uno presente merezca de verdad la pena, y no se quede todo en mera agua de borrajas e ilusiones grandilocuentes. Confieso que esperaba con entusiasmo el primer largometraje de este tinerfeño para comprobar si las esperanzas puestas en él eran merecidas, o si simplemente se trataba de alguien con suerte. Tras visionarlo pacientemente, se puede decir que ni lo uno ni lo otro.

Intacto es una película sobre la causalidad, entendida como motor de la casualidad. Es también una interesante muestra de cine fantástico encuadrado en un espacio filmico natural. En muchas ocasiones el departamento canario de Turismo y Transportes y el ICAA han tratado de vender las islas como escenario natural para el rodaje de películas, y así ha sido. Aquí hay rodajes a diario, vénganse los de la segunda unidad de Planeta Rojo a filmar unos exteriores con Val Kilmer, vénganse los del videoclip del Tarzán de Phil Collins a filmar unos cuantos paisajes selváticos. En todas las películas rodadas en Canarias por autores autóctonos (que las ha habido, créanme, aunque no todas han gozado de una amplia distribución), estos cineastas han sentido la necesidad de incluir bellísimas imágenes propagandísticas de su tierra, tal vez para que se les concedan esos jugosos millones que reparte el Cabildo, tal vez por explotar la sensación de irrealidad que transmiten unas postales de pesadilla.

Intacto no es una excepción: ahí tenemos unas sobrecogedoras imágenes de la montaña más alta de España y el paisaje lunar (se llama así de verdad) que la rodea, así como bosques y playas y acantilados de cuento de hadas. Pero Fresnadillo no ha querido quedarse ahí, en mero ejercicio propagandístico de su tierra. Ha querido contar una historia universal situando la acción en las islas. Eso fue lo que le ayudó tanto en su primer trabajo; la historia de Esposados era tan poco local, tan abierta al entendimiento por parte de culturas foráneas, que los americanos no tuvieron ninguna dificultad en reírse de los mismos chistes planificados para el público español. Todo un acierto, que deberían copiar otros artesanos empeñados en mirarse el ombligo.

También es loable el esfuerzo de estos jóvenes realizadores por encuadrarse dentro de un género, el



fantástico, que tan poco auge ha tenido en nuestro país hasta hace poco, y que ahora resulta el mayor filón de la historia del cine español: Amenabar, De la Iglesia, Luna... Es un Fantástico intimista, de autor, sin explosiones pero reentable. Fresnadillo tira también por estos lares, presentándonos la historia de unas personas dotadas con el don de “tener suerte”, y de robar la de los demás en su propio beneficio. Muy interesante a priori. Nos enteramos de que hay toda una red clandestina de apuestas al límite, jugando con personas normales como “tanques de suerte” que poder expoliar, y un gran desafío, vencer (se supone que a cambio de mucho dinero, aunque eso no queda muy claro) al supersuertado, el “Judío” (personaje interpretado por el mítico Max Von Sidow).

Hasta aquí bien. El problema de la película está en que no sabe crear expectación. Tras un comienzo muy potente, donde vemos a vista de pájaro el cubil del Judío, conocemos la existencia de los robasuertes y nos presentan al protagonista de la película, único superviviente de un accidente aéreo, la trama empieza a languidecer.

Para ilustrar mis siguientes palabras, les explicaré lo que los guionistas y escritores llaman el GPR. El GPR (Gran Problema a Resolver), es esa situación de, llamémoslo así, peligro o incertidumbre, que funciona como motor de la trama en tanto que su resolución es lo que persiguen las acciones de los personajes protagonistas. ¿Se quedará el chico con la chica? ¿Matará el pistolero al sheriff? ¿Logrará Luke salvar a Darth Vader del Lado Oscuro? Son los interrogantes que hacen que un filme sea interesante y que en última instancia, funcione. Si el GPR de nuestra película está poco definido, o no existe, es muy difícil que logremos implicar al espectador en la trama, dado que no sentirá esa acuciante necesidad de saber “qué pasará al final” que tienen todas las buenas historias. Para que nos entendamos: en una novela de Sherlock Holmes el GPR es averiguar quién cometió el crimen. En Star Wars, saber cómo los buenos lograrán derrotar en franca minoría al Imperio.

En Intacto, el GPR es un concepto demasiado difuso, mal explicado o presentado, como para que enganche. No da la impresión de que los personajes realmente estén avanzando hacia alguna parte en ningún momento. El protector es el único personaje que podría haber construido a su alrededor todo un universo motivacional con su imagen de ángel caído, expulsado del paraíso y que trata por todos los medios de regresar hasta él, aún a costa de matar a Dios. Esto no está en la película, es solo una suposición. Sí, el motivo general de ambos protagonistas es sobrevivir, hacerse ricos, pero eso por sí solo no es un GPR que se baste. Hace falta algo más que la necesidad de huir de la policía porque el muchacho hizo una llamada telefónica desde su nueva dirección (que, por cierto, la policía descubre analizando el número desde el que llama, tardando unos preciosos segundos que casi le dan tiempo a escapar. Eso es un cliché anticuado; con la actual tecnología digital el teléfono fijo que usted tiene en casa hace esa misma operación —bueno, la centralita—, y es un proceso instantáneo).

¿Saben qué creo que le hace falta a esta película? Un villano. El Judío no hace nada por perseguirles, por fastidiarles, no se esfuerza por resultar carismático. Simplemente está allí, como Odín en su montaña, esperando a que vengan. De ahí que se necesite al personaje de la detective para encauzar una mínima “persecución” en la trama. El resto se pierde en el supuesto morbo de las pruebas para averiguar quién tiene más suerte, carentes de verdadero interés de lo ingenuas que son. Especialmente larga y cargante es la secuencia (inacabada, encima), de la prueba de las fotos y los abrazos.

Otra cosa: el hecho de que el protagonista sea un delincuente es un detalle argumental que está ahí sólo para excusar la presencia del, a mi entender, único personaje que de verdad sobra en la historia: el de la detective. Ésta persigue al joven y por el camino descubre que ella misma también forma parte de ese club tan selecto que, como los Inmortales, debe permanecer en la sombra para sobrevivir. ¿Por qué? ¿Por qué la chica resulta ser una dotada (por llamarlo de alguna manera), si luego eso no sirve prácticamente para nada, ni logra un cambio fundamental en el personaje tras descubrirlo? ¿Por qué la organización de los suertudos está en la sombra y actúa clandestinamente, cuando un grupo de gente así hace tiempo que deberían haber dominado el mundo? [A propósito de esto último consultar la sobrecogedora novela de Dan Simmons Los vampiros de la mente (Carrion Confort, 1990), verdadero tour de force sobre temas similares].

La detective asume a ratos el protagonismo de la historia, centrándose ésta en las pesquisas que la llevan a averiguar todo lo que ocurre en ese misterioso casino de las montañas. No me quito de la cabeza que esta presunta investigación no es sino un relleno para justificar más de cien minutos de metraje, ya que la resolución al “enigma” —que por otro lado no resulta nada eficaz, ya que el espectador sabe en todo momento

cuál es la respuesta—, se le da (atención, SPOILER) gratuitamente: ella descubre, en un momento dado, un papel copiado que le sirve la respuesta en bandeja. Por todo ello, no hay una progresión real en la investigación, no hay escalamiento de pistas y un razonamiento lógico posterior en base a éstas (ay, Doyle, qué gran tipo eras); simplemente la chica da tumbos de un lado para otro durante toda la película para que al final el guionista le saque literalmente la solución de un archivador. ¡Para eso que se hubiese quedado sentada en una silla y hubiera gastado menos gasolina! ;)

Bromas aparte, aunque la investigación me parece superflua, no está carente de detalles originales, como cuando la detective descubre la culpabilidad del torero al darle la mano y clavarse una esquirra de la ventana rota. Confieso que cuando vi el plano en que el hombre la rompía de un puñetazo, me pregunté a qué venía eso, ya que nadie en su sano juicio que quiera romper un cristal lo hace con las manos, y menos si no quiere que se sepa que ha sido él. Más bien usaría un palo o un guante, ya que los cristales rotos tienen la desagradable costumbre de provocar cortes. Pero luego, cuando vi lo del detalle de la esquirra, dije: Aaahhh....

Al final tenemos un tiroteo y una serie de víctimas. Yo fui al cine con una amiga y a mitad de proyección, cuando el Judío mata al torero, le susurré: seguro que en el enfrentamiento final ambos revólveres golpean en vacío. Y así fue. La pobre se enfadó tanto que luego no me invitó al café que me había prometido... aunque confesó que también se lo esperaba. Eso no invalida el final de la película, claro, pero el ser tan previsible le quita expectación. ¿Es la mala suerte del Judío reflejo de la buena del chico, de la chica, o de una combinación de ambas?

Mención aparte merece la música del filme. En España tenemos muy buenos músicos, pero todos, a mi entender, pecan de un defecto sencillo pero increíblemente extendido: No saben colocar la música de forma que ayude a la acción, cosa que sí hacen muy bien los americanos. La música de *Intacto*, si bien tomada aparte funcionaría y resultaría hasta agradable de escuchar, sobre el celuloide no llega a cuajar. Falta música en los momentos de tensión. Sobra música en los largos intervalos con coches. La partitura suena siempre igual, como la de las series estilo *Expediente X*, y no se nos queda ninguna tonadilla que poder silbar cuando



salgamos del cine. Los músicos españoles deberían aprender de los grandes clásicos, como Newman o Williams, que componían un leit motiv sugestivo como arco principal del score, y derivaban a partir de ahí, con motivos propios para cada personaje. Cosa que, por cierto, inventó Wagner (y que Williams utiliza a la perfección: todos saben cuál es la tonadilla-de-Indiana-Jones, ¿verdad? ¿Serían capaces de silbarla?).

Un ejemplo de esto, para que vean que es fácil de mostrar: Cuando el prota de la película, al principio, llega al dilema del dedo. Tenemos ese momento en que el joven y su protector se miran a la cara y

deciden si se quieren jugar su dedo a la suerte, y el sonido queda en silencio. Luego cambiamos de plano y, seguimos en silencio, ojo, el chico se sienta a la mesa dispuesto a jugar, como los hombres.

Fíjense ahora:

Tenemos ese momento en que el joven y su protector se miran a la cara y deciden si se quieren jugar su dedo a la suerte, y se escucha un rumor de violines de fondo, un rasgado que sube en intensidad. Luego cambiamos de plano y, en mitad de un crescendo salvaje y repentino, el chico se sienta a la mesa dispuesto a jugar, como los hombres, y la música prosigue animosa con algo de percusión el resto de la partida.

Habría que mejorar en general el aspecto de la música en estas películas, aunque el sonido, presentado en Dolby especial, está muy bien logrado y los tiros acongojan de verdad.

Más cosas. Es curioso cómo cada vez que alguien se viene a filmar una película a Canarias, mezcla de manera absolutamente barroca y deslavazada todo tipo de paisajes posibles, como para ilustrar la asombrosa diversidad biológica y geológica de la isla que nos ocupa, Tenerife. Eso da pie a sensaciones curiosas para

el que conoce realmente el paisaje, y sabe que tras el plano de la costa y los acantilados, no debería venir el contraplano del Teide (que se encuentra a unos cuarenta kilómetros de esa costa, la mayoría en cuesta). Pero Fresnadillo los mezcla bien, y logra un mosaico de estilos geológicos totalmente desmadrado pero que funciona, y nos hace olvidar que en dos planos consecutivos de bosques, ambos son de tipos completamente diferentes e imposible que se den en las mismas latitudes, o que presupongamos que nos encontremos en algún lugar inconcreto de la Península, que podría ser en realidad cualquier país —salvo por el detalle del prefijo 91 que aparece en una llamada telefónica, o el letrero de Tenerife que se ve de pasada en un neón—. A ese respecto, el llamar al valle lunar “Ucanca”, concediéndole características de ente con personalidad propia, y la forma como se refieren a él en tercera persona, lo dota de un aire místico muy eficaz para el relato.

En fin, resumiendo: tenemos un arranque bastante potente y unos minutos finales predecibles pero entretenidos, con un cuerpo central aburrido donde no dejamos de preguntarnos dónde está el Gran Problema a Resolver, y si lo hay éste no es lo suficientemente atractivo como para causarnos ansiedad. Todos ansiamos el momento en que el prota va a aprender por fin a usar la fuerz... digo la suerte de una forma inesperada por el resto de los miembros de la curia, y va a agarrar al toro por los cuernos, pero ese momento nunca llega. Tenemos un personaje que sobra, el de la detective, que encarna una investigación policial que no existe (y que se resuelve gratuitamente unos minutos antes del final), y cuyo único fin parece ser el justificar ese desquiciado y tarantinesco tiroteo final Charles Bronson que no viene a cuento con el tono del resto de la trama. Hay un par de buenos giros de guión, como cuando el protagonista cae en la carrera del bosque porque usa la suerte de alguien a quien no ama, o que esta persona reciba un tiro accidental cuando su “reserva de suerte” es consumida.

Esta película me recuerda loables muestras del fantástico de los ochenta, como Scanners, cuando aún se escribían buenos guiones y el esfuerzo de producción no iba dirigido solo a los FX. Pero creo que Intacto adolece de una fuerte falta de ritmo interno, de problemas que verdaderamente nos hagan sentir preocupación por su resolución, y de una mirada sobre los personajes demasiado fría, cerebral, al estilo de la de Kubrick. Son personas que sufren, sí, pero lo vemos tan lejanamente, tan quirúrgicamente, que no lo sentimos por dentro.

Fresnadillo tiene un gran futuro como cineasta, y estoy seguro de que su trayectoria profesional nos depara sorpresas muy agradables. Pero en este caso creo que me hubiera gustado mucho más ver qué habría pasado con esa interesante idea de partida, el mercantilismo de la suerte, en manos de un autor consagrado del género, como Arthur C. Clarke o nuestro Juan Miguel Aguilera. Seguro que le habrían sacado muchísimo más partido.

Victor Conde es programador de sistemas y novelista. Su paso por el fandom ha incluido en el último año la publicación en revistas especializadas y fanzines (Artifex Segunda Época, Axxón on line, Ad Astra, el Sitio, Púlsar, Gigamesh...), en la antología Visiones 2001, y está a punto de publicar dos novelas casi consecutivas a mediados del próximo año en colecciones nacionales.

Reseñando, que es gerundio...

Comenzamos este mes una nueva sección con críticas y reseñas de diversas obras de cine o literatura. Esta sección está abierta a vuestras colaboraciones, que publicaremos gustosos si las remitís a la dirección de e-mail:

pulsar-editores@yahoogroups.com

PLANETA PROHIBIDO

Director: Fred McLeod Wilcox Guion: Caryl Hume Interpretes: Walter Pidgeon (Dr. Morbius), Leslie Nielsen (Comandante Jonh J. Adams), Anne Francis (Altaira Morbius), Warren Stevens (Teniente médico Ostrow), Jack Kelly (Teniente Jerry Farman), Richard Anderson (Quinn), Earl Holliman (cocinero), Geroge Wallace (Bosun), Frankie Carpenter y Frankie Darro (Robby el Robot).

No recuerdo cual fue la primera película de ciencia-ficción que vi. Desde luego, si no fue PLANETA PROHIBIDO poco le faltó. Esta es una de esas películas, junto a ULTIMATUM A LA TIERRA, LA INVASIÓN DE LOS LADRONES DE CUERPOS, CUANDO LOS MUNDOS CHOCAN, y otras tantas que se funden en la memoria, las que me incitaron, entre otras muchas cosas, a aficionarme al género. Lo cierto es que hacía mucho tiempo que no veía PLANETA PROHIBIDO, tanto, que mis recuerdos de ella eran en aquel buen blanco y negro en el que la vi por primera vez en la vieja televisión Vanguard de mis padres (con su asombroso filtro de tensión, el estabilizador, y una extravagancia tecnológica de la época ¡el sintonizador externo de UHF!) Una televisión perfecta para ver este clásico indiscutible del género. En cualquier caso, aquel asombrado recuerdo de increíbles naves espaciales, astronautas intrépidos, bellas mujeres, científicos locos, robots sorprendentes y monstruos intergalácticos se ha visto ciertamente perjudicado por el visionado, muchos años más tarde, en mi televisión en color, gracias a uno de mis dos vídeos y con bastantes más resabios que en aquel entonces.

Como historia resulta interesante, y pese a que el argumento es ciertamente sólido, habría mucho que hablar respecto a ciertas propuestas, y su desarrollo no deja de ser ingenuo, o cuando menos, con demasiadas concesiones hacia el público adolescente al que parecían ir dirigidas este tipo de películas.

La rapidez con la que los audaces expedicionarios seducen a la chica de la película, lo esquemático, a excepción del Doctor Morbius, de las emociones de los personajes, lo disparatado de algunos diálogos y, en definitiva, lo poco cuidada que está en cierto modo la parte artística de la película contrasta con otros elementos que la han convertido, sin embargo, en el clásico que es hoy.

En resumen, una nave es enviada desde la Tierra a uno de los planetas de Altair para investigar lo ocurrido con una expedición perdida algunos años atrás. Allí sólo encuentran como únicos supervivientes al Doctor Morbius y su hija Altaira. Al poco, empiezan a producirse extraños sucesos que culminarán con el ataque de Id, un terrible monstruo, invisible y de origen misterioso, de cuya amenaza ya había advertido el Doctor Morbius. Entre tanto los recién llegados son informados de la existencia de las ruinas de una antigua civilización, la de los krell, tecnológicamente muy refinados y de conocimientos extraordinariamente avanzados. El monstruo es uno de los mayores aciertos de la película; nunca mostrado, sugerido siempre, entrevisto a veces, es una presencia inquietante de principio a fin, y más terrorífica aún cuando no se sabe de él más que en los momentos en los que se manifiesta con mayor violencia. Y no es que no se recreara el monstruo por falta de presupuesto, los efectos especiales y decorados son magníficos para la época en la que está realizada la película, las razones van más allá, buscando que el

espectador se inquiete ante sus más íntimos miedos, que al cabo es lo que representa Id. Otro gran acierto es el Doctor Morbius, fascinado por la cultura krill no sólo se ha sacrificado él mismo, también ha condenado a su hija a una reclusión de la que ella no es consciente hasta que llega el equipo de rescate, seducida por el exotismo de los miembros del mismo (naturalmente es la plana mayor quien acude a investigar) no tarda en caer bajo las artes amorosas de los astronautas, tan desarrolladas como su entrenamiento militar. PLANETA PROHIBIDO es una película, muy de su tiempo, que se sigue viendo con agrado, aunque en ocasiones resulte demasiado ingenua para el cínico espectador del siglo XXI.
Por: Francisco José Súañer Iglesias [fjsi@lokekieras.es]

DIOSES DE MARTE

Edgar Rice Burroughs Título Original: The Gods Of Mars Año de Publicación: 1913 Editorial: Pulp Ediciones Colección: Omenan nº 1 Traducción: R. Goicoechea Edición: Enero de 2001 ISBN: --- Precio: 8,77 eur. (1.460 ptas.)

Aunque no es la primera edición en español de esta novela, si resultaba a estas alturas necesaria una revisión y reedición de este clásico de la literatura de aventuras (por la época en la que se publicó el término ciencia-ficción aún era desconocido) sobre todo por la necesidad de comprender los orígenes del género y conocer de primera mano las fuentes de la inspiración de los maestros de la edad de oro como Asimov, Farmer, Anderson, Harrison, Sturgeon, etc. Autores todos ellos nacidos a principios de los años veinte y que necesariamente tuvieron entre sus primeras lecturas las obras de Burroughs, absolutamente fascinantes y absorbentes y probablemente forjadoras de más de una vocación literaria.

Además, resulta necesario para vindicar la figura de Burroughs como autor de ciencia-ficción, aspecto este muy olvidado a causa del abrumador éxito de su personaje estrella; Tarzán de los Monos (o de los Alpes, dependiendo del traductor) En cuanto a DIOSES DE MARTE es puro Burroughs. Con un estilo en el que prima la sencillez se nos relata como John Carter vuelve a Marte tras algunos años de estancia en la Tierra. La primera novela de la serie es UNA PRINCESA DE MARTE, no editada por Pulp Ediciones en la creencia de que la última edición de Aguilar, en 1989, estaría aún disponible. Craso error como han demostrado las peticiones de los aficionados. El como viaja a Marte y de cómo vuelve a la Tierra son cuestiones que Burroughs no se digna a explicar por triviales, la cuestión es que Carter debe volver a Marte a arreglar los asuntos que dejó pendientes pero una vez allí se encuentra en un lugar ligeramente distinto al que debía llegar, y desde ese mismo instante se desata la acción, que no se detendrá ni siquiera cuando la palabra FIN aparezca tras decenas y decenas (literalmente) de visicitudes. Monstruos feroces, razas despiadadas, guerreros formidables, paisajes inhóspitos, intrigantes profesionales, cualquier elemento es bueno para enfrentar a John Carter y sus amigos a peligros sin fin de los que saldrán, naturalmente, a golpe de puño y espada. La lucha cuerpo a cuerpo es continua y no importa que, tras un somero calculo, John Carter hubiera debido desangrarse un par de veces sólo en las primeras treinta páginas. Como ya digo son consideraciones irrelevantes, Carter, ayudado por la enorme fortaleza que le da la diferencia de gravedad de Marte con respecto a la Tierra (mismo argumento que años más tarde utilizarían los creadores de Superman para explicar parte de sus poderes) sale con vida y la moral fortalecida de todos sus problemas, para, como en todo buen folletón, buscarse otros de un calado digno de tal personaje.

Que nadie dude pues de lo que se va a encontrar en este libro; aventuras, aventuras y aventuras, tan inverosímiles como desaforadas, pero con un grado de exotismo y emoción que ya raramente se encuentra.

Como última consideración, sería interesante que Pulp Ediciones (este libro está editado bajo el anterior sello Omean Ediciones) olvidara el formato VISIONES y ofreciera sus libros en un tamaño de letra algo más generoso. El aumento de costes al exigir mayor cantidad de papel se compensaría fácilmente con uno de menor calidad, cuestión esta que no suele molestar al lector, pero que si agradece al cabo de horas de lectura absorbente el que las letras no le bailen una polka marciana.

Por: Francisco José Súañer Iglesias [fjsi@lokekieras.es]

EL SOLDADO

Jerry Pournelle Título Original: Future History Año de Publicación: 1976 Editorial: Ultramar Colección: Ciencia-Ficción nº 78 Traducción: Luis Vigil Edición: Mayo de 1989 ISBN: 84-7386-527-8 Precio: 2,40 eur. (400 ptas.)

Al contrario de la anterior entrega de esta ¿saga? EL SOLDADO es una novela con entidad propia y la extensión suficiente como para desarrollarse sin problemas. Además, no se enreda con complicadas y forzadas explicaciones socio-políticas, que, debido a lo forzado de su inclusión, tan poco lustre daban a EL MERCENARIO. En ocasiones esta clase de preámbulos parecen ser necesarios para situar al lector en el Universo donde se desarrollarán posteriormente los hechos relatados, pero por lo general no suelen ser todo lo efectivos que debieran y normalmente están más cerca del comentario apresurado y poco elegante. Es más efectivo recurrir a los socorridos fragmentos de enciclopedias galácticas o citas de obras de sesudos eruditos que a esas introducciones.

En el caso de EL SOLDADO Pournelle lo resuelve todavía mejor; da las claves del complejo entramado político y económico de CoDominio intercaladas en la narración, en breves pero efectivas conversaciones entre los personajes y apuntes dispersos aquí y allá, aprovechando que la novela está narrada en primera persona y sin caer en la torpeza típica de hacer que los personajes se reciten los unos a los otros cuestiones que deberían saber ya de memoria.

No es ese el único acierto de Pournelle, no sólo sitúa la acción de la novela dentro de un escenario de una profundidad notable, además es capaz de mantener el interés de la narración página a página, sin que decaiga en ningún momento y resolviendo perfectamente todos los conflictos y situaciones desesperadas en las que mete a sus protagonistas.

Estos son el todavía capitán Falkenberg, el teniente Slater, de la Infantería de Marina del CoDominio y Kathryn Malcom, líder de las fuerzas de autodefensa organizadas por los granjeros de Arrarat, planeta sumido en una situación insostenible, en el que los originales colonos, fundamentalmente pertenecientes a una gran variedad de sectas y congregaciones religiosas, han visto como su mundo era convertido en un planeta prisión, al que el CoDominio envía miles de presos que acaban por organizarse en bandas que arrasan y aterrorizan a los primeros pobladores.

El batallón de Falkenberg llega a Arrarat con la misión de pacificarlo, pero se encuentra con unas circunstancias que convertirán su misión en algo más que una operación militar, y en la que cada triunfo y cada derrota suponen enormes cambios de poder entre las fuerzas económicas del CoDominio. Una vez que Falkenberg es consciente de esto hace lo único que sabe; su trabajo como Infante de Marina sin importarle las consecuencias posteriores. EL SOLDADO es pura space-opera; grandes batallas, traiciones, hábiles maniobras estratégicas, ruines maniobras políticas, muchos que se hacen hombres, hombres que matan y mueren, políticos corruptos y algún que otro romance, esta novela ofrece un poco de todo en un mosaico muy bien construido. El mayor pero que se puede poner a esta edición, independientemente de lo que hubiera ocurrido con la edición original, es que Ultramar publicara en primer lugar EL MERCENARIO, y posteriormente EL SOLDADO, en la que se cuentan sucesos anteriores, con la natural confusión que puede llegar a provocar. Otra cuestión de la que desconozco más detalles es si además de estos dos libros existen más pero da la impresión de que en la edición original se trataba de un único volumen titulado FUTURE HISTORY, editada aquí en estos dos.

Por: Francisco José Súañer Iglesias [fjsi@lokekieras.es]

TRILOGIA DE DURDANE

Jack Vance Título Original: The Faceless Man, Then Brave Free Man, Asutra Año de Publicación: 1971, 1972, 1973 Editorial: Ediciones B Colección: Libro Amigo nº 25, Libro Amigo nº 42, Libro Amigo nº 59 Traducción: M. Gimenez-Sales, José María Pomares, José María Pomares Edición: Septiembre de 1987, Noviembre de 1987, ISBN: 84-7735-274-7, 84-7735-420-0, 84-7735-692-0 Precio: ---

En esta trilogía podemos encontrar de nuevo a Jack Vance en estado puro; aventuras sin fin, pícaros

medrando aquí y allá, personajes de ideas claras, actitudes firmes y calculada ambigüedad, exotismo fascinante, diálogos de una precisión casi quirúrgica, y todo envuelto en una ambientación en la que las armas energéticas se mezclan con las espadas y la tecnología va desde el carro de bueyes hasta las naves espaciales. Hace mucho que leí por primera vez esta trilogía, que más bien habría de llamarse libro publicado en tres entregas, y creo que en aquella ocasión no lo disfruté tanto como ahora. A estas alturas tengo muy claro que es lo que me interesa y que no, y decididamente los experimentos narrativos y las composiciones alambicadas me resultan tan aburridas como pretenciosas. Enfrentado pues a una obra de una claridad narrativa del grado de esta me he encontrado puesquitándome horas de sueño y leyéndola en circunstancias sorprendentes. Y por el puro placer de la lectura.

Esto no quiere decir que con estas novelas Vance alcance el grado sumo de la perfección. En ocasiones la acción resulta estar tan simplificada que más que la propia narración parece el resumen de la misma, o la explicación final a todos los misterios y problemas planteados, que se resuelve en apenas tres páginas de apresuradas explicaciones al final de LOS ASUTRA, es muy poco satisfactoria.

Por lo demás son tres novelas que resultan muy recomendables. El esquema es muy similar a otras novelas de Vance, como LAMPARA DE NOCHE, el Ciclo de Tschai o Los Príncipes Demonio; el protagonista, (aunque en el caso del Ciclo de Tschai habríamos de hablar de Traz Onmale) generalmente un niño o adolescente, se ve obligado por las circunstancias a dejar su plácida existencia y embarcarse en empresas que, en apariencia, superan con mucho no sólo la capacidad del elegido, sino incluso la de cualquier ser humano. Sin embargo, a los personajes de Vance no les detienen esas consideraciones del todo ociosas, muy al contrario de otros héroes-niños nunca dudan, son de inteligencia despierta y voluntad férrea y tienen muy claro que quieren ser los dueños de su destino, y con la inconsciencia propia de la juventud se embarcan en aventuras asombrosas. Será más tarde, cuando hayan conseguido sus objetivos y en cierto modo su vida haya dejado de tener sentido, cuando se derrumben empiecen las dudas y los estados depresivos. A veces se acusa a los personajes de Vance de ser demasiado planos y sin una personalidad rica, en realidad de lo único que carecen es de esa ñoñería tan querida por otros autores, como O. S. Card. Un personaje como Ender no duraría mucho en los universos de Vance.

En cuanto al argumento de La Trilogía de Durdane poco hay que contar. Y digo poco porque hacer un breve resumen de todas las peripecias de Gastel Etzwane me llevaría una buena cantidad de espacio, baste decir que unos extraños bárbaros, los Roguskhoi asolan el país de procedencia de nuestro héroe; Shant, en el planeta Durdane, colonizado por humanos nueve mil años atrás. Antes la pasividad del Hombre sin Rostro, máxima autoridad del país, Gastel Etzwane decide intervenir, resuelve el problema, y esto le lleva a descubrir que los Roguskhoi son el aparente producto de unos alienígenas más extraños aún; los asutra, especie parasitaria que necesita de otras para desplazarse eficientemente y potenciar sus habilidades mecánicas. Etzwane es capturado por los asutra y llevado a su planeta del que escapa para volver a Durdane tras asombrosas y emocionantes peripecias. Aunque como finalmente se descubre, no todo es como parecía ser.

La gran objeción que se puede poner a esta edición es que se puso en manos de dos traductores; M. Gimenez-Sales, tradujo EL HOMBRE SIN ROSTRO y José María Pomares LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES y LOS ASUTRA. No se si por desconocimiento del trabajo de Gimenez-Sales o por desacuerdo con él, José María Pomares siguió una línea de traducción completamente distinta, lo que hace desconcertante acabar EL HOMBRE SIN ROSTRO y empezar LOS VALEROSOS HOMBRES LIBRES. Habrá que suponer que en posteriores reediciones se solucionará este problema, porque en esta edición da la sensación de gran chapuza editorial.

Por: Francisco José Súnier Iglesias [fjsi@lokekieras.es]

PULSAR

Fanzine de Ficción Especulativa

Este Fanzine se terminó de componer en La Llagosta el día 29 de Diciembre del 2001